

San Marcos

EL "PERSILES"

José JIMÉNEZ BORJA

TRES ALTAS NOTAS

Juana de IBARBOUROU

CARACTERISTICAS CRIMINOGENAS

Mario RUIZ-FUNES

DE LA ENFERMEDAD A LA SALUD

Antenor, ORREGO

PEDRO SALINAS

J. G. - T. BEJARANO

ANDRÉ MAUROIS

ROLANDO

CON LA LUPA EN LA MANO

Fortunato CARRANZA

POEMAS

J. GARRIDO MALAVER

NUESTRA NOVELA CHOLA

F. M. ARRIOLA GRANDE

EL PROBLEMA INDUSTRIAL

L. G. M.

JUEGOS FLORALES UNIVERSITARIOS
PÁGINAS IRREVERENTES — NOTAS DE REDACCIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS

Lima (PERÚ)

Setiembre - Octubre

1947

UNMSM-CEDOC

EL EXITO

del 1^{er}. número de SAN MARCOS superó nuestras esperanzas; profesores y estudiantes han reconocido nuestro esfuerzo en pro de la cultura; el público en general ha buscado y leído con interés la revista; en el periodismo nacional y extranjero (especialmente en el argentino) se nos han dedicado atención y elogios. A todos agradecemos el favorable eco, que, desde luego, nos obliga aún más para el futuro.

Insistimos, de paso, en que las páginas de SAN MARCOS están a disposición de todo el que tenga algo bueno y bello que decirles a los hombres.

~

Distribuidor exclusivo para la venta:

P. T. C. M.

Jirón Cuzco 364

Toda correspondencia a

SAN MARCOS

*Instituto de Periodismo
de la Facultad de Letras*

**UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS**

Lima

—

PERÚ



Revista de Cultura General
de la
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

Instituto de Periodismo

Lima
(PERÚ)

Año I

Setiembre - 1947 - Octubre

Núm. 2

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

FACULTAD DE LETRAS

Consejo de la Facultad

DECANO: Dr. José JIMENEZ BORJA.

SUBDECANO: Dr. Felipe COSSÍO DEL POMAR.

CATEDRÁTICOS: Drs. Mariano IBERICO RODRIGUEZ, José GALVEZ, Luis Alberto SÁNCHEZ, Roberto MAC LEAN y ESTENOS, Jorge BASADRE, Julio A. CHIRIBOGA, Luis E. VALCARCEL, Aurelio MIRÓ QUESADA, José M. VALEGA, Teodosio CABADA, Raúl PORRAS BARRENECHEA, Manuel BELTROY, Carlos CUETO FERNANDINI, Antero PERALTA VÁSQUEZ, Augusto TAMAYO VARGAS, Fernando TOLA MENDOZA.

SECRETARIO: Sr. Alejandro TORRES.

DELEGADOS ESTUDIANTILES: Sres. Enrique FARFAN SAENZ, Alberto RUBIO FATACCIOLI, Héctor CORDERO, César CAMINO, Raúl MONTESINOS, Rómulo CAFFERATA, Arturo SALAZAR LARRAIN, Jorge MORAL SILVA SANTISTEBAN, Gonzalo ALCEDO.

DELEGADOS AL CONSEJO UNIVERSITARIO: por los profesores, Dr. Luis E. VALCARCEL; por los estudiantes, Jesús VÉLIZ LIZARRAGA.

Institutos

ARQUEOLOGÍA: Cátedras de Arqueología Sudamericana General, Arqueología del Norte y Centro Andino, Arqueología del Sur Andino y Arqueología Incaica. Seminarios de Arqueología Peruana, Arte Antiguo Peruano y Antropología Física.

ETNOLOGÍA: Cátedras de Introducción a la Etnología, Etnología General, Etnología Americana e Historia de la Cultura Peruana. Investigaciones Etnológicas en el Perú.

FILOLOGÍA: Cátedras de Latín (3 cursos), Griego, Quechua (2 cursos), Introducción a la Lingüística Americana, Lingüística General, Fonética, Inglés, Francés, Alemán, Italiano.

FILOSOFÍA: Cátedras de Psicología General, Psicología Experimental, Lógica y Teoría del Conocimiento, Introducción a la Filosofía, Metafísica y Ética, Estética, Filosofía Antigua, Filosofía Moderna, Historia de la Psicología, Filósofos Contemporáneos, Lógica Superior, Investigaciones en Ética y en Metafísica. Seminario.

HISTORIA: Cátedras de Sociología, Introducción a la Historia Universal, Historia del Perú (4 cursos), Fuentes Históricas del Perú, Fuentes de la Historia Universal, Historia General del Arte (2 cursos), Geografía General, Metodología de la Investigación Geográfica, Historia de la Cultura, Historia del Arte Americano y del Perú, Filosofía de la Historia, Historia de América, Geografía y Geografía Humana del Perú.

LITERATURA: Cátedras de Literatura Universal, Literatura Peruana (General y Monográfica), Literatura Antigua (Orientales y Griega, y Latina), Literatura Medieval, Literatura Moderna, Literatura Contemporánea, Literatura Americana, Castellano Avanzado (2 cursos), Literatura Castellana (Monográfica y General), Teoría Literaria.

PERIODISMO: Cátedras de Historia Periodística, Organización Periodística, Técnica Periodística, Sociología y Ética Periodísticas, Castellano Avanzado (2 cursos), Literatura (2 cursos).

SEMINARIO DE LETRAS.

Lima

PERU

Sumario

Redacción

Págs.

HISTORIA DEL MUNDO. <i>Política:</i> El miedo a la vida — Advertencia a la democracia — ¿Existe realmente una América Latina? — Buena nutrición, buena sociedad — La lucha por el derecho — La otra hispanidad — Imprenta universitaria de San Marcos. <i>Educación:</i> Dr. José Matías Manzanilla — Centro Continental de Cultura — Escuela de Altos Estudios — Convención universitaria peruana — Maestros y alumnos de excursión — Requisitoria a América — Juventud de la universidad centenaria — Actividad cultural en el Cusco — Reforma universitaria en Venezuela — Resurgir universitario en Guatemala — Estudiantes americanos en San Marcos — Puerto Rico, anhelo permanente — Conferencias de cultura general	5-29
<i>Ciencia:</i> La muerte del físico Planck — La hazaña de la "Kontiki" — A la memoria de Daniel A. Carrión .	29-30
<i>Filosofía:</i> Próximo Congreso en Nueva York	30
<i>Artes:</i> viº Congreso Panamericano de Arquitectos — Arte Antiguo en San Francisco — Esperanza del Arte Americano — Primer Salón Nacional de Arte — Regeneración del cine y de la radio	31-34
<i>Letras:</i> Manuel Beingolea — Una vindicación de Pizarro — Gregorio Martínez Sierra — Una historia periodística — Para Diciembre, la Feria del Libro — Rebelliones Indígenas, de D. Valcárcel — Historia del Socialismo — "Revista Americana de Educación", "Revista de Guatemala"	34-40
<i>Teatro:</i> "Amor, Gran Laberinto" — Actuación de la Compañía de Comedias — Se ensaya el teatro polémico — El teatro en el atrio	40-42
<i>Religión:</i> Primer Congreso Catequístico Nacional — Procesiones habituales	43
<i>Música:</i> La cultura musical en Lima	44-45
<i>Costumbres.</i> Feria de Octubre — Deportes populares .	45-46

Colaboración

CELEBRACIÓN DEL 4º CENTENARIO CERVANTINO:	47-66
"Primor y esencia del Persiles", por José JIMÉNEZ BORJA	52-66

	Págs.
TRES ALTAS NOTAS DE JUANA DE IBARBOUROU: "Entresueño", "La Cita", "Un excepcional Canto de Amor"	67-76
CARACTERÍSTICAS CRIMINÓGENAS DE LA GUE- RRA 1939-1945, por <i>Mariano RUIZ-FUNES</i>	77-94
DE LA ENFERMEDAD A LA SALUD, por <i>Antenor ORREGO</i>	95-106
PEDRO SALINAS, ESPAÑOL DEL ÉXODO Y DEL LLANTO, por <i>J. G.</i>	107-113
"Alonso Quijano el Bueno, en Lima", por <i>Temistocles BEJARANO</i>	113-116
ANDRÉ MAUROIS NO QUIERE DEJAR DE SER ES- CRITOR, por <i>ROLANDO</i>	117-120
CON UNA LUPA EN LA MANO Y UN INTERÉS EN LA MENTE, por <i>Fortunato CARRANZA</i>	121-127
POEMAS: "Ejercicio en lo Imposible", "Armonía en la Luz", "Agonía sin Muerte", por <i>Julio GARRIDO MA- LAVER</i>	128-130
NUESTRA NOVELA CHOLA, por <i>F. M. ARRIOLA GRANDE</i>	131-135
EL PROBLEMA INDUSTRIAL, por <i>L. G. M.</i>	136-138
JUEGOS FLORALES UNIVERSITARIOS: Nota de Re- dacción — Dictamen del Jurado — Trabajos premiados: "Extensión y deleite de tortura", por <i>Gustavo VAL- CARCEL</i> , "Campos Marchitos", por <i>Porfirio MENE- SES L.</i> , "El Moby Dick de Herman Melville o Una Mitología Moderna", por <i>Manuel PAREJA BUENO</i> .	139-159
PÁGINAS IRREVERENTES: "Reflexiones sobre el mal gusto", por <i>Juan ZEGARRA RUSSO</i>	160-162

Historia del Mundo

POLITICA

SI quisiéramos caracterizar con una frase sustancial el mundo presente, quizás no hallásemos palabras más adecuadas que estas: "el miedo a la vida". Es lo que atezna hoy todas las cabezas y, más rígidamente aún, todos los corazones. Y la inestabilidad política es su causa principal. Se piensa en una guerra próxima, se ve encarecer por todas partes las subsistencias, escasean los alimentos, los vestidos y la vivienda; pero todo eso sólo contribuye a acrecentar la angustia, cuya causa reside en la inseguridad política. No parece firme en ningún lado, o en casi ninguno, la democracia, amenazada constantemente por ambiciones o por intereses personales o de grupo o de casta que no boyan en ella; todos temen un amanecer arbitrario y, como consecuencia, un mediodía incierto y un atardecer adverso. Nunca se habló más de democracia en el mundo; pero nunca tuvo esta forma de convivencia humana más enemigos en acecho. Forma de convivencia humana, decimos. Conviene subrayarlo. La democracia no es una mera forma de gobierno público, es una forma de convivir entre los hombres, es un estilo de vida, afirmáramos. De aquí la inquietud que origina el temor de perderla. El hombre moderno puede subsistir en sociedad bajo diferentes matices gobiernistas: bajo la monarquía el inglés, bajo la república unitaria el francés, bajo la república federal el yanqui, por ejemplo; pero ya no concibe otro estilo de vida que el democrático, y la prueba está en que, hasta para socavar los cimientos de la democracia, hay que invocarla, falsamente, por supuesto. Este estilo vital es lo que muchos hombres temen hoy perder. Millo-

nes y millones se acuestan todos los días con la incertidumbre de un despertar incivil, que eso es en nuestro tiempo toda tentativa antidemocrática: la incivilidad. Ya los hay que viven en dictaduras férreas: esos temen a todas horas la pérdida de la mínima libertad física que les queda. Otros, menos infortunados, ignoran si aun viven libres o si ya están sometidos, pero saben que podrían tener menos libertad y temen el albur. Y los dichosos que disfrutaban de un régimen liberal, no pueden ahuyentar el fantasma de la arbitrariedad súbita. Todos pues temen, unos por lo mucho y otros por lo poco que todavía poseen. Por ambiciones o por intereses de unos pocos, la mayoría puede perder de la noche a la mañana la dignidad de seres racionales, la libertad, la patria, la familia, las relaciones cotidianas, el trabajo, el techo, el pan. ¡Y tener que lanzarse al azar de la existencia, en peripecia de aventura, casi como si se volviese a empezar a vivir, pero sin las condiciones propicias de la infancia! El egoísmo desorbitado o la indiferencia, cunden pues entre los hombres, no se reserva nadie una parcela de optimismo, que puede ser suicida; y sin optimismo no puede haber alegría ni salud ni trabajo productivo en la agricultura, en la industria, en la artesanía, en las ciencias, en las letras, en las artes, en nada.

Hay que restituirles a los hombres la fe en sus destinos individuales y nacionales. Hay que hacer renacer el optimismo en el mundo. Sobran doctrinas redentoras, armas y sibaritismos. Son excesos patológicos. El mundo debe recuperar la salud: pan blanco, agua clara, vestido cómodo, casa comfortable, familia feliz. Hay que espantar el miedo a la vida en todas las cabezas y, principalmente, en todos los corazones. Hay que asentar y garantizar para todos el estilo democrático de vida, único compatible con la psicología y con la biología, diremos, del hombre moderno. Y esta obra redentora —esta, sí, redentora de veras— corresponde a gobiernos, a dirigentes políticos y profesionales. Los pueblos no quieren otra cosa. Aseguran algunos teorizadores que el pueblo siempre pide pan y palo. Es una calumnia gratuita. Ciertamente que el pueblo no necesita para nada la libertad de los alegadores ociosos. Pero la libertad de vivir es distinta. Sin libertad de vida no hay tampoco nutrición. El estómago depende de la dignidad más de lo que se supone. Ningún ser racional prospera en el cautiverio. ¡Ni muchos irracionales, como la llama andina, hecha a las alturas de Dios! Los pueblos no discuten cuestiones bizantinas, porque es condición popular precisamente el buen sentido. Si a veces siguen en un tramo de la ruta a un déspota, es porque lo

confunden con el azotador de los mercaderes del templo. Conforme lo reconocen en su extravío, lo abandonan. A esta altura de la historia, los pueblos sólo pueden vivir libres. Y la libertad ordenada y profícua la proporciona la democracia, sea bajo la monarquía británica, sea bajo el republicanismo americano indeclinable. Sólo arriba, en las esferas directivas del mundo, hay veleidades doctrinarias o intereses mezquinos. Déseles a los pueblos la seguridad de vivir en libertad (de vivir, esto es, de comer, de vestir, de guarecerse, de instruirse) y ellos la retribuirán con su optimismo, con su alegría, con su trabajo. El miedo a la vida es el mayor obstáculo del momento.

Advertencia a la democracia

ESTAMOS de nuevo como en 1938, ha dicho el mundo democrático al ver la constitución de la nueva internacional comunista, que significa una resurrección del Comintern recesado poco antes de comenzar la reciente guerra mundial. Cuando Moscú dió aquel decreto, los comunistas pudieron exhibirse en cada país como partido meramente nacional. Fué el argumento que esgrimieron con voz más fuerte. Algunos demócratas se sugestionaron; la mayoría no creyó abolido el "Vaticano" moscovita, sino simplemente en huelga forzosa, para fingir posiciones convenientes. Ni siquiera hubo un receso real del Comintern, pues es bien sabido que, mientras tanto, las representaciones diplomáticas rusas en el extranjero y otras no confesadas pero actuantes, continuaron distribuyendo consignas entre el comunismo mundial y coordinando su actuación. Una apariencia de libertad nacional para cada partido comunista en cuestiones marginales o que no rozasen los intereses de Rusia, sirvió de cortina para ocultar la coordinación total efectiva. De repente, se abandonan hasta los procedimientos de disimulo y resurge crudo, aunque con otro nombre todavía, el antiguo Comintern que, conviene recordarlo, ya no era la IIIª Internacional ni ninguna otra, sino la dirección rusa del comunismo mundial en interés, principalmente, de Rusia misma, no por cierto en interés de una determinada clase mundial, como anteriormente lo habían alegado todas las internacionales obreras y lo alegó después la frustrada IVª antimoscovita. Lo que esto significa ya lo sabemos: la reanudación de la pugna entre el totalitarismo ruso-asiático y la democracia europeo-americana, pugna ahora mucho más enconada por la guerra reciente y más peligrosa por el crecimiento del poderío ruso-asiático, con aliados europeos.

Naturalmente que esperábamos otro resultado de la guerra que asoló a medio mundo y lo estremeció todo. Aun no perdemos por completo la esperanza de que se hallen caminos que nos alejen del abismo. Con todo, si la fatalidad es irreprimible, podría aceptarse con serenidad esta agresión, que implica una definición clara de posiciones. No habrá ahora pretextos para dudar de las intenciones comunistas. Rusia, acrecentada, ha reagrupado todas sus fuerzas sobre la faz del mundo y se dispone a la lucha. No es objeto nuestro en este instante decidir si las democracias europeo-americanas tienen o no culpa en este pecado contra la humanidad. Quizás nos pareciese cándido y anacrónico seguir hablando, como en 1914 y como en 1939, de un bando de ángeles y un bando de demonios. El mundo actual no es eso. ¿Lo fué alguna vez? El actual no deslinda tan netamente los defectos. Pero hay un hecho ya indudable y apremiante: que el totalitarismo ruso-asiático se apronta para atacar en masa, con más de la sexta parte terrestre, con unos 400 millones de habitantes, con cuantiosas y terribles armas, al mundo que todavía se llama democrático y, siéndolo en mayor o en menor grado de autenticidad, se resiste, por lo menos, a ser declaradamente totalitario. He aquí el hecho descarnado. Ni siquiera puede decirse: la clase proletaria mundial se dispone a dar el asalto decisivo a la sociedad burguesa. Eso, de conveniencias muy dudosas por el momento, aparecería en todo caso dentro de una mecánica que parece venir trayendo la historia desde hace varios siglos. Lo que se prepara es un acontecer menos histórico, más esporádico, verdaderamente antihistórico, podríamos afirmar, pues tendería a violentar las fuerzas de la evolución y, con toda seguridad, a conducirlas a destinos catastróficos. Ningún imperio del mundo se ha metido en otro pueblo para ayudarlo a realizarse a sí mismo, sino para arrasarlo y asentarse sobre sus ruinas. La evolución económica y social del último siglo y el presente, pareciera, en efecto, llevar a la triple emancipación económica, política y espiritual de las masas. Pero esta agresión de un enorme pueblo sin historia aún y predemocrático con mucho retraso, puede precisamente desviar o paralizar o demorar esa evolución en cuyo falso espejismo se trata de conducir a las masas al ataque. He aquí la espantosa amenaza. Todos quedamos advertidos.

¿Existe realmente una América Latina?

PARA nosotros, europeos, el problema no se plantea siquiera. Nos parece natural que exista una América Latina, es decir un continen-

te sudamericano al cual la conquista y la colonización predominantemente latinas han dotado de una civilización y de una historia.

Pero con la unión de esos dos nombres demostramos olvidar o ignorar un dato esencial de hecho: que de los 130 millones, aproximadamente, de habitantes de Sud América,¹ los de procedencia latina no constituyen más que el 20 ó 25 %, mientras la gran mayoría está formada por indios y mestizos (unos 90 millones) a los que se añaden 13 millones de negros.

Esta situación que nosotros ignoramos u olvidamos, la notan muy bien, sin embargo, y aun la viven y la sufren, los sudamericanos; por eso el problema de la latinidad de su continente es para ellos un problema crucial, que en nuestros días se ha agudizado con la introducción de las teorías racistas, importadas de Europa y de Norte América.

Dos opuestas teorías dividen el campo de los estudios en este respecto: la de los racistas o iberistas, que sostiene la superioridad del blanco y la prevalencia de su civilización y su cultura; y la de los indigenistas, que considera la población indomestiza como el núcleo étnico fundamental de Sud América y en ella deposita sus esperanzas de una civilización autóctona.

El Profesor Luis Alberto Sánchez, rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, y eminente personalidad política peruana, pertenece a la segunda tendencia y la sostiene con vigor en un reciente volumen: *¿Existe América Latina?* (Pánuco, 63, México). El libro es importante, por su tesis central y también porque la defensa que hace de ella proporciona al autor la ocasión de estudiar críticamente las consecuencias, visiblemente tutoras, de la originaria conquista española.

La colonización de Norte América difiere sustancialmente de la del Sur. No sólo la relación entre la población indígena y la inmigración es muy distinta, no sólo el carácter de los anglosajones difiere mucho del de los iberolusitanos, sino que, debemos añadir, la población de Norte América deriva de una espontánea corriente migratoria, mientras en la América del Sur fué una conquista militar.

El racismo surgió con esta conquista, que sobreponía a las vastas capas de población indígena un reducido grupo de dominadores. De ahí resultó que el feudalismo, ya en declinación en Europa durante la conquista, encontrase aún tierra fértil en el nuevo continente, donde se reprodujeron las mismas condiciones que caracterizaron en Europa, mil años antes, a las invasiones bárbaras. La tierra fué repartida entre unas pocas familias, con la consecuencia de demorar todo progreso agrícola y favorecer un comercio expoliador y rapaz con las naciones europeas. Y aun le faltó en su origen al feudalismo americano la justificación que la institución semejante tuvo en Europa, a saber: la obligación de protección y defensa que constituía el reverso de los derechos de dominio. En vez de eso, se pro-

¹ Según costumbre europea, el autor llama Sud América a la hispano-portuguesa y Norte América a la anglosajona. (La Redacción).

dujo la superposición de un absolutismo europeo a un latifundismo indígena, que acumuló los males de uno y otro. Un ejército modernamente pertrechado, acampó entre una población inerme. Una legislación ya impregnada de espíritu capitalista, fué impuesta a un país dotado de una economía todavía primitiva. Fué importada una religión para vencer, no para convencer.

Sánchez demuestra con documentos y con estadísticas que todo eso gravita aún en la marcha de la llamada América Latina. Persiste el desdén de las ciudades —creadas en gran parte por la conquista— hacia la campaña, habitada generalmente por los indígenas. Persisten los sombríos nacionalismos, de tipo militarista y forastero, que impiden la unificación espiritual del continente, posible sobre sus sólidas bases geográfica y étnica. Una tacha de inferioridad perdura sobre los indios y los mestizos, que sin embargo constituyen el más puro y original tipo étnico sudamericano.

La estructura social del continente puede resumirse así: el blanco es el gran propietario y el alto funcionario; el mestizo es el artesano, el empleado, el pequeño propietario; el indio es el campesino y el obrero. De tal manera, que la separación de razas ha sido acentuada por la separación de clases.

Esta separación artificial no tiene para Sánchez ningún fundamento en una inferioridad natural del indio o del mestizo respecto del blanco. El autor dedica dos capítulos de su libro a refutar este prejuicio, un resabio más de la conquista. Y entre los argumentos que aduce a propósito, me ha impresionado particularmente uno: que, allí donde creemos ver a un blanco puro, encontramos realmente el indio o el mestizo. ¿Qué raza más blanca que la chilena? Sin embargo, responde Sánchez, "una reiterada observación durante nueve años, me hace pensar que, psicológicamente, uno de los pueblos inconfundiblemente indios es el chileno. Sus apariencias externas pueden despistar, pero las psíquicas y sociales no".

¿QUÉ conclusiones se pueden extraer de esta indagación? Nosotros, dice Sánchez, "nacimos a contrapelo: nos engendraron dos civilizaciones en su ocaso. Nuestra luz vino de dos crepúsculos; de dos agonías, nuestra vida", "Cuando en Europa decaía el régimen feudal, nacía el nuestro: hacia 1500. Fué el nuestro un feudalismo violento, ritualista, sin el enorme impulso religioso de la Edad Media europea, sin su sacro frenesí". Sin embargo, sólo un espíritu simplista podría deducir de estas consideraciones críticas un augurio de retorno a formas de convivencia preibéricas. "Un indigenismo o «americanismo» de tal laya, afirma exactamente Sánchez, apenas merece comentario: tan craso es el error de donde arranca... Cualesquiera que hayan sido y sean los vicios de la conquista y el coloniaje, ya están incorporados a nuestra personalidad".

"Pero así como también resulta pueril y estéril confundir nuestro ser esencial con el ibérico en un afán ridículo de unilateral «occidentalización», así también parece estéril y pueril rechazar la in-

fluencia de indios y negros, cuya acción en nuestro proceso evolutivo es un *hecho consumado*".

"Continente mestizo, de organización social mestiza, de topografía también mestiza, de cultura mestiza, tenemos ante nosotros el deber de orientar este hecho —o estos hechos, si acaso— en un sentido positivo, de integración y creación".

Tales conclusiones son dignas de atento examen por parte de un público europeo deseoso de entrar en relaciones cada vez más estrechas con el mundo sudamericano. Sería falso identificar la tesis indigenista con una tesis antieuropea, de sabor nacionalista. Al contrario, para Sánchez, la tesis opuesta es la que se halla infectada de nacionalismo y de racismo, en tanto que la revaloración del elemento étnico indomestizo, tendiendo a suprimir las barreras creadas por la conquista y por sus supervivencias, tiene por meta la unificación espiritual del continente. De consiguiente, en relación con la orientación política general, el indigenismo representa para Sud América lo que puede representar para los pueblos de Europa un europeísmo fundado en el sentimiento popular, contra el nacionalismo de los círculos privilegiados. Es una política de izquierda, en suma, la que profesan los indigenistas.

Dudo, empero, de que sea lícito llevar a sus últimas consecuencias la antítesis entre indigenismo e iberismo. O, más bien, la antítesis es válida en cuanto el iberismo significa el predominio de la raza blanca y el mantenimiento de los privilegios derivados de la conquista. Pero ¿se reduce a esto el aporte de Europa a la civilización sudamericana? Si fuese eso sólo, los indigenistas tendrían razón al rechazar una latinidad que les habría sido impuesta con la violencia y la exterioridad.

Pero Europa le ha dado a Sud América cosas mejores. Le ha comunicado, con la cultura, el sentido de la libertad, mediante el cual pudo romper sus cadenas. Le ha transferido, a continuación de los conquistadores, los campesinos, los obreros, que fecundaron con el propio trabajo el nuevo continente. Y la mayoría de estos emigrados no tuvieron nada que ver con la conquista, fueron libremente al encuentro de hombres libres, llevando consigo un europeísmo que no se oponía de hecho al indigenismo local.

Esta contribución, más civil y más humana, del blanco, del latino, debe ser tomada en debida cuenta para reducir a justos términos los alcances de la antítesis vivamente ilustrada por Sánchez. Entendida la latinidad en el sentido más amplio y comprensivo que puede serle asignado, quizás no apareciese incompatible con la tesis indigenista; al contrario, ambas podrían aportar valores distintos, pero complementarios, en beneficio de la unificación espiritual de Sud América. La latinidad entraría así en la síntesis, no ya como superposición racista renuente de la conquista, sino como universalidad cultural, que no oprime, despierta y ensalza, el elemento étnico de la tesis indigenista. — *Guido de RUGGIERO*. — (De "La Voce Republican", Roma, 10 de Agosto de 1947).

Buena nutrición, buena sociedad

TUVIMOS en la cátedra sanmarquina al Dr. José Giral, el ilustre republicano español y el afamado hombre de ciencia. Dió conferencias sobre su especialidad en química. También, para el público en general, habló de problemas sociales de la nutrición. En síntesis, nos dijo: "Los grupos sociales bien nutridos, han sido siempre los dirigentes; los grupos desnutridos, los sometidos". Había que concretar en toda la crudeza de una frase tajante, de corte vulgar, esta verdad permanente y terrible, que la cultura pareciera empeñada en escamotear. Los individuos y los pueblos que comen insuficientemente, no pueden desempeñar un papel protagónico en la historia. Hay héroes. No se trata de ellos. Se trata de la generalidad. Frente a ella, sólo puede reconocerse la necesidad de la buena nutrición para la salud, para la inteligencia, para la fuerza, para la superioridad en todo sentido. El Dr. Giral nos reseñó luego los esfuerzos científicos para la prolongación de la vida humana, como el de Metchnikov, cifrados en las ansias de la perfección física para el goce pleno de la vida espiritual. Pero hizo hincapié en la necesidad de la buena nutrición como factor de mejoramiento social.

La lucha por el derecho

DESPUÉS de una de sus resonantes conferencias en San Marcos, abordamos al famoso penalista español Mariano Ruiz-Funes, a quien le arrancamos (con poco trabajo, gracias a su generosidad) un trabajo de su especialidad para nuestras páginas, y a quien además queremos arrancar alguna declaración oportuna. Esto último no nos resulta tan fácil. Lo encontramos de buen humor y prefiere el giro bromístico de la conversación.

—¿No cree V. que los jóvenes deberían adoptar como libro de cabecera el de von Ihering, LA LUCHA POR EL DERECHO?

—Hombre — responde —, como libro de cabecera me parecería mejor una novela alegre.

—Tiene V. razón — agregamos —; pero comprenda que nuestra pregunta es insidiosa: queremos autorizar con su palabra un deseo nuestro.

—En ese caso, hay que ponerse serio. Naturalmente que creo que debería leerse ese libro de von Ihering y el otro célebre de él, EL FIN EN EL DERECHO.

Conque, jóvenes sanmarquinos, a leer bien.

La otra hispanidad

HA quedado instalado en Lima un Instituto Peruano de Cultura Hispánica. Contó con el auspicio cortés de algunas autoridades. Los intelectuales, los universitarios y el pueblo en general, le hicieron el vacío. La opinión pública alerta lo identificó con indeseables aspiraciones catequísticas de ciertos centros desconectados de nuestros afanes populares y democráticos. Algunos discursos de corte "virreinal" confirmaron la presunción general y justificaron el señalado despego. No es España, por supuesto, la repudiada; es, repetimos, cierto ambiente que despunta inequívocamente en actos ajenos a nuestro sentir republicano.

Imprenta universitaria de San Marcos

LA Universidad Nacional Mayor de San Marcos ha ratificado su resolución de establecer imprenta propia. La necesidad de ello se demuestra en la misma unanimidad con que la adoptó el Consejo Universitario. Nadie puede discutir la conveniencia de una imprenta propia en la Universidad, no sólo para realizar con mayor economía, mayor belleza y mayor prontitud todos sus muchos trabajos en la materia, sino también para servir de práctica en los estudios ya emprendidos en el Instituto de Periodismo de la Facultad de Letras. A mayor abundamiento puede alegarse la existencia ya antigua o reciente de imprentas en la mayoría de las universidades americanas, en la de Buenos Aires, en la de Tucumán (Argentina), en la de Santiago (Chile), en la de Caracas (Venezuela), en la de Guatemala, en otras más, en la propia peruana del Cusco, por no hablar de las estadounidenses, algunas de ellas riquísimamente dotadas.

Debe observarse, por otro lado, que la imprenta universitaria sanmarquina no entablará competencia alguna con las imprentas particulares ya establecidas en Lima. No puede el Estado, por supuesto, competir deslealmente con la industria privada, que paga impuestos y tiene comprometidos capitales y empleos. Pero en Lima, cualquiera que alguna vez haya tenido que ver con imprentas, sabe que el trabajo de impresión, tanto periodístico como libro y de obra, excede en tal forma a la capacidad de los impresores locales, que a menudo hay que esperarlo durante meses, cuando no hay que renunciar definitivamente a él. Demos este dato concreto: para imprimir SAN MARCOS recurrimos a trece impresores acreditados de Lima, y sólo obtuvimos cotización de tres. Los demás no po-

dian, por falta de máquinas, de personal o de papel, comprometerse con ningún trabajo nuevo. Y fuera de los elegidos (y aun dentro de ellos mismos), nuestros planes ya debieron reducirse de antemano a las posibilidades locales, que no son muchas: unas imprentas carecen de papel adecuado, otras no poseen una familia tipográfica completa (siéndoles desconocidas a todas los tipos más en uso, como el garamond o el elzevir), otras no encuadernan a la francesa por falta de telares, otras están tan escasas y atrasadas de caja, que sólo pueden usar titulares de máquina, etc. etc.

Con todo, la Sociedad de Impresores del Perú ha publicado en los periódicos un comunicado en que expresa su alarma ante la resolución de San Marcos, porque teme que el escaso personal especializado que hay en Lima (y en el Perú, en general) se vea más reducido aún con la creación de la imprenta sanmarquina. No es un argumento que desdeñemos, por cierto. Pero podemos responder que el temor expresado es el habitual de todas partes y de todas las épocas frente a las iniciativas de progreso. Siempre parece que el progreso nos aventura, nos va a perder; pero siempre se olvida que el progreso tiene la doble condición de crear su causa y sus fines: a mayores posibilidades de trabajo, mayor cantidad de trabajadores. Pide la Sociedad de Impresores que se establezca una escuela de artes gráficas. Es sorprendente en verdad que ella misma o el gremio de impresores peruanos, por conducto de cualquiera de sus otras organizaciones, no hayan establecido ya una escuela de ese carácter. Esperamos que la establezcan, como pueden hacerlo. Y si es preciso, la establecerá la Universidad Mayor de San Marcos en su instituto periodístico. En el país hay maestros que pueden crear los discípulos necesarios. Si no los hubiese, se traerían del exterior, como se ha hecho y se hace en tantas otras actividades de artesanía, de arte, de ciencia, etc.

El gremio de impresores locales no debe pues recelar nada de la creación de la imprenta sanmarquina. Al contrario, la Universidad está convencida de que contribuirá a mejorar y a difundir en el país la obra de imprenta y, por ende, el trabajo para todos.

EDUCACIÓN

Dr. José Matías Manzanilla

HA fallecido un hombre de intensa actuación pública en el Perú y especialmente en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos: el Dr. José Matías Manzanilla.

Fué el Dr. Manzanilla diputado nacional, cargo en el que se señaló por algunas de las primeras iniciativas peruanas de legislación obrera moderna. Luego, desempeñó el Ministerio de Relaciones Exteriores, cargo que, según lo oímos decir pocos días antes de su muerte, aceptó por imperativo patriótico en circunstancias ingratas. También fue catedrático de derecho de San Marcos, donde instruyó en su especialidad a varias generaciones, y por último rector de la vieja casa de estudios.

Vivía desde tiempo atrás retirado de la vida pública. En el presente año, con ocasión de la visita del Dr. Alfredo L. Palacios a Lima, reapareció en el estrado del General de San Marcos, junto al maestro argentino, y fué aplaudido por los estudiantes que, anticipándole la sanción histórica, premiaban generosos el aspecto favorable de su actuación universitaria.

Realizado el sepelio de sus restos mortales en medio de una general demostración de duelo, lo despidió en nombre de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos el Rector Dr. Luis Alberto Sánchez, en los siguientes términos:

Señores: Durante muchos años, durante todos los que abarca una vida de maestro, los claustros de la Universidad vieron pasar, mañana a mañana, rodeado siempre de jóvenes contertulios, al tope la sonrisa cordial, emblema de su bonhomía, a un profesor nunca viejo, cuyas clases por lo nutridas de concurrencia y cuajadas de saber y gracia, constituían preámbulo de academia. En ellas, al par que teorías económicas, informes numéricos y conflictos sociales, planteábanse temas de todo jaez, nunca resueltos finalmente, sino dejados en abierta interrogante para un después jamás cumplido. El profesor gozaba en suscitar inquietudes. No obstante lo recargado de su trabajo, no le faltaban fuerzas ni humor para acometer y soportar su alta misión docente. Compenetrado de ésta la llevaba por doquiera con prestancia. Si en el Parlamento, que ilustró con sus conocimientos y su ironía, se presentaba algún incidente o problema conexo con el alumnado, él, irremisiblemente, adoptaba la defensa de éste. Por eso, en 1911, a raíz de que un joven graduado sufriese inmerecido atropello policial a causa de un artículo crítico, cuyo eco fué una justificada y noble algarada estudiantil, Manzanilla, desde su escaño

de representante, se puso del lado de los universitarios, quienes le retribuyeron inscribiendo su nombre en conmemorativa placa de bronce, una de las tantas que jalonan y exaltan la gallarda batalla de los sanmarquinos, en defensa de las instituciones tutelares de la República.

No provenía el amable maestro de ninguna familia de rancio abolengo. Era hijo de sus obras, digo, de su talento. Provinciano de origen, había saboreado la dureza del llegar con esfuerzo, y la alegría de permanecer sin acrimonia. Su época estuvo lejos de ser propicia a ciertas inquietudes sociales: las sintió, empero, y quiso darles rumbo. Las limitaciones de su labor, deberán, pues, imputarse a los tiempos, no al promotor. En el Perú de entonces, los hombres y las cosas poseían un sentido de la vida más académico que militante. Se creía en la paz permanente y la caridad hacía las veces de la justicia.

Manzanilla, que rejuveneció la cátedra de Pradier Fodéré, ocupó el Decanato de la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas hasta que, en 1924, por renuncia del titular, fué exaltado accidentalmente a la Rectoría de San Marcos. Tres años después, la Asamblea General de Catedráticos lo designaba Rector titular. Interrumpido su desempeño en 1928, lo recuperó en Agosto de 1930, en duras circunstancias nacionales. Concluyó su período legal en el pórtico de una nueva Reforma de la Universidad, la del 31. Desde entonces, Rector y profesor jubilado, permaneció lejos de sus amados claustros, en donde la leyenda, con su generosa y justiciera aureola, impidió que se borrara el recuerdo de quien fuera amigo de los jóvenes y su maestro cordialísimo.

Sólo dieciséis años después, con ocasión de la visita a Lima de un eminente maestro argentino, el Rector Manzanilla retornó a la Casa de San Marcos. El tiempo, decantador impenitente, había borrado discutibles perfiles, dejando en pie tan sólo lo esencial y perdurable de una obra consagrada al trabajo y al estudio. Por eso, sin duda, la nueva generación sanmarquina, tan distante por otros conceptos del ilustre maestro, le recibió con una ovación cuyo eco debe haber resonado en los oídos de Manzanilla hasta su último instante. Tuve la fortuna de asistir a aquel reencuentro: confieso humildemente la indeleble y jubilosa impresión que de ello guardo.

Manzanilla se tenía bien ganados aquellos espontáneos aplausos. Hombres que se consagran a defender pobres y a enseñar jóvenes, son escasos entre nosotros. Era el suyo un modo socrático de impartir lecciones. Los ojillos traviesos y la sonrisa incisa endulzaban la sequedad de sus temas. Después de terminar la clase, dejábase discurrir por los patios, se detenía ante los grupos, alzaba una parvada de escuchas por la calle, y era el suyo un tránsito gozoso, a fuerza de amabilidad y tolerancia.

Tal vez esta misma tolerancia le hizo, a veces, exagerar con aquellos que estaban distantes de sus ideas y de su corazón. Sin quererlo, dejó que a la sombra de su aquiescencia fructificaran usos y

maneras que él, de juro, reprobaba. Pero, si esto fué excesivamente subrayado en horas de inevitable arrebato polémico, nadie olvidó, nadie olvidará, que Manzanilla enseñó también a los profesores de la Universidad la difícil y saludabilísima lección de ser amigo de sus discípulos, de huir del tono doctoral, de, por el contrario, sentar cátedra ambulante en su irrenunciable calidad de profesor peripatético, para quien la primera virtud del enseñante es la de enseñarse a sí mismo.

Estoy seguro de que, en su Rectorado lleno de nobles iniciativas y fecundos trabajos, hizo todo lo que pudo, pero no todo lo que quiso. Era hombre de inteligencia y solía condescender con las debilidades humanas, actitud que a veces, a los jóvenes, cuesta perdonar. Como llevaba por lema de su conducta el "perdono" porque comprendo" del escéptico francés, tuvo que perdonarlo todo, a fuerza de tratar de todo comprenderlo. Ahora, y desde antes, quienes se esfuerzan por comprender tantas contradicciones como abundan, no han tenido dificultad alguna en olvidar los veniales yerros del maestro, en aras de sus indiscutibles virtudes fundamentales.

Manzanilla fué un perenne discrepante, pero un terco discrepante dentro de la democracia. Poco antes de morir, le oí contar alguna de sus experiencias, de las que él formaba un libro que la Universidad de San Marcos deseaba y desea publicar. "Muchas veces, me dijo entonces, he apoyado actos con los que no estaba de acuerdo, porque así lo habían decidido los más, y es deber en toda democracia inclinarse ante la mayoría". Amaba, como todos, y él más que muchos, por la conciencia que tenía de su auténtico valer, amaba sus ideas e iniciativas, mas nunca las impuso ni pretendió detentar la hegemonía del acierto. Conocedor del alma humana, jamás tendió la mano para recibir dádivas ni la levantó para la amenaza. La tendió, sí, para la amistad y la mantuvo así tendida, hasta su último momento, ajeno a capillas y trincheras, esperanzado en la eficacia de la convicción sobre la pasión, de la inteligencia sobre el instinto, de la alta justicia sobre el bajo ardid leguleyo.

Desde 1931, en que Manzanilla dejó San Marcos, había en nuestra galería de rectores un lugar vacío: el del Rector de 1927. La nueva Universidad, respetuosa de la vieja tradición, tuvo el acierto, de que me enorgullezco, de resolver que la efígie de Manzanilla ocupase el lugar que le pertenece en nuestra sala del Consejo. Ahí la vió, como volviendo a mirar su propia juventud, el maestro. Allí permanecerá, para lección de los que vengan.

La Universidad Nacional Mayor de San Marcos acude ante la tumba de su Rector, por mi intermedio, a ratificar su fe en quienes contribuyeron a engrandecerla. José Matías Manzanilla fué uno de ellos. Aunque su figura mortal se hunda ya en el misterio de la muerte, allá, en nuestros arcaicos claustros, cargados de gloria, su recuerdo estimulante continúa deambulando, hecho sonrisa y palabra, comprensión y tolerancia, para ejemplo de quienes recojan su humanísima lección.

Centro Continental de Cultura

BAJO el título de "San Marcos: Centro Continental de Cultura", el diario "La Tribuna" de Lima, en su edición del 22 de Setiembre presente, publica el siguiente artículo:

"DESPUÉS de un largo paréntesis de rutina, en que se alternaban de vez en cuando la rápida visita de un intelectual de nota con la noticia débil y lejana del movimiento cultural del mundo, nuestro ambiente intelectual ha cobrado un nuevo impulso, teniendo como eje de cultura y de renovación, nuestra vieja Universidad de San Marcos, que gracias a la libertad reconquistada en el país y al triunfo del movimiento reformista ha recobrado su antigua prestantia y el alto sitio que le corresponde en la actividad creadora del continente.

"San Marcos es ahora una auténtica casa de estudios, dinámica y libre de tropiezos en su tarea nobilísima de capitana cultural de América. Los viejos laureles que conquistara en los tiempos en que Lima era una esquina histórica del mundo y en que el pulso de la cultura americana se tomaba en el ritmo que marcaban sus claustros, han vuelto a reverdecer alimentados con nueva savia y mejores ideales. Ha pasado aquella etapa, en la que muchas autoridades universitarias, generalmente *coludidas* con el deseo de los dictadores, se preocuparon únicamente por terminar sin inquietudes los días señalados en el calendario universitario de clases. Ha pasado ya aquella pesadilla cultural que pesó en el espíritu de la juventud universitaria como losa funeraria. Ha pasado aquel tiempo, en que algunos creyeron que pintando de nuevo las paredes de la Universidad se renovaba el espíritu de la misma. Confundían desgraciadamente el retoque, los afeites, con el rejuvenecimiento y con la renovación. Así, tuvimos en el Perú un grave delito de lesa cultura cometido por los que se auto-titulaban maestros, cuando todavía no habían dejado de ser alumnos o no tenían aptitudes para abandonar su minoría de edad intelectual. Felizmente las empolvadas cadenas que sujetaban el paso de la vida universitaria se han roto con la lima de la generosidad juvenil, que luchando con denuedo y gallardía, consiguió que las pesadas puertas de la Universidad se abrieran a la luz de la Reforma y con ella a la perspectiva fecunda de la cultura mundial.

"El valor se mide con la métrica de la realización en el campo de la cultura, y la Universidad de San Marcos está realizando cultura en el país, desempolvando la inquietud de los jóvenes peruanos por la creación y el estudio, fomentando así la reconstrucción moral de la Patria.

"La Universidad no sólo imparte hoy conocimientos para quienes están matriculados en sus diferentes Facultades, sino que ha conseguido que la cultura, movilizándose sobre nuevos cauces, llegue hasta la masa popular, a través de la radio y en conferencias con entrada libre en el gran Salón de Actos. A cargo de este plausible movimiento están los mejores intelectuales del mundo, que invitados por la Universidad han traído en sucesivas visitas el mensaje cultural de todos los pueblos. Así han dejado su rastro luminoso y edificante en nuestro medio, hombres de la talla intelectual del Maestro argentino Alfredo L. Palacios, quien acaba de declarar en Buenos Aires que actualmente Lima es uno de los focos intelectuales de mayor vigor en el continente, debido a la intensa actividad cultural de la Universidad de San Marcos. Nos han visitado hace poco maestros como el penalista español Luis Jiménez de Asúa, cuyas confe-

rencias deslumbraron a los auditores de nuestros centros de cultura. Asimismo han ocupado la tribuna de la Universidad profesores de vasta cultura como Silva Herzog y poetas geniales como León Felipe, cuya palabra hermosa y brillante tocó tiernamente la honda voz lírica de nuestra juventud. Muchos nombres llenarían este breve comentario que trata de rendirles un justificado homenaje a los hombres que hoy dirigen la vida de San Marcos. Nadie puede negar que estamos asistiendo a un bello despertar cultural y ni los interesados en darle al movimiento cultural un sesgo ajeno y depreciativo, pueden cerrarse los ojos ante esta verdad que no puede apagarse con simples manotadas de desesperación.

Los nombres están hablando con elocuencia. Actualmente San Marcos es un recodo fecundo de cultura. Está con nosotros la nata de la intelectualidad latina: dictan en la Universidad magníficas conferencias juristas de renombre mundial como Mariano Ruiz-Funes, poetas de relieve como Pedro Salinas, científicos de valía como Frank Tannenbaum y Jehan Vellard, Marc Pieyre, genios de la literatura mundial como André Maurois y periodistas de talla como José Gabriel, escritor de altísimos quilates y de renombre continental, hombres de ciencia tan ilustres por sus méritos en todos los campos, como don José Giral.

"Este es el mejor testimonio de los beneficios de la libertad y de la reforma, cuyas conquistas se las debemos en gran parte a la lucha heroica de nuestra juventud".

Escuela de Altos Estudios

HA sido instalada la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. La ceremonia se realizó en presencia de los cuatro rectores universitarios nacionales y de profesores extranjeros visitantes de San Marcos. Asistieron también profesores sanmarquinos. Todos los presentes intervinieron en un debate, presidido por el Dr. Luis Alberto Sánchez, acerca de la importancia de la nueva Escuela Superior, para cuya dirección propuso el Dr. Sánchez, y obtuvo la aprobación unánime del profesorado respectivo, el nombre del Dr. Carlos Monge M. El Supremo Gobierno de la Nación suscribió en seguida un decreto por el que se acuerdan toda clase de facilidades para el desarrollo de las actividades docentes de la Escuela en las dependencias públicas del país.

Convención universitaria peruana

LOS rectores de las cuatro universidades peruanas se reunieron durante los días 14 a 20 de Octubre, en Lima, y celebraron una convención llamada a tener gran trascendencia en la marcha de las cuatro instituciones nacionales de estudios superiores. Presidió las reuniones el rector de la Universidad de San Marcos, Dr. Luis Alberto Sánchez,

y debatieron y firmaron la convención los doctores Manuel G. Suárez Polar, rector de la Universidad de Arequipa; Antenor Orrego, rector de la Universidad de Trujillo, y Alfredo Yépez Miranda, rector de la Universidad del Cusco. Los principales puntos convenidos fueron los siguientes:

Fijar, en general, un máximo de 20 horas semanales de clase en las universidades; recomendar en todas las Facultades el sistema de créditos para la apreciación de los estudios; establecer que los alumnos que cursen estudios de magisterio los completen antes de seguir otros; reunir a fines de 1948 delegados de las cuatro universidades para que examinen los resultados de la aplicación del estatuto universitario y propongan las reformas necesarias; solicitar que se escuche a las universidades en la modificación o en el mantenimiento de los planes de enseñanza secundaria; coordinar en lo posible los reglamentos de las cuatro universidades, hasta obtener un instrumento que pueda ser el de la Universidad Peruana; aplicar en todo el país un plan de extensión universitaria, con el 66 % de los gastos a cargo de San Marcos y el 33 % a cargo proporcional de las demás universidades; gestionar recursos para establecer escuelas de medicina y educación y para completar en 16 millones de soles la renta anual de San Marcos; constituir la corporación de la Universidad Peruana para supervisar la edificación y la financiación de las Ciudades Universitarias en el país y la aplicación de sus recursos inmobiliarios; establecer los cursos básicos de los Colegios Universitarios y las condiciones de ingreso en las Facultades donde no haya esos colegios; aconsejar a las universidades de Arequipa y de Trujillo que creen la mutualidad estudiantil y los institutos de periodismo; crear becas para alumnos capaces y necesitados y pedir al Gobierno que amplíe las que acuerda para el extranjero y establezca la condición de prestar servicios a las universidades, por parte de los becados, a su regreso; fijar la contribución de cada universidad para la creación de una Editorial de la Universidad Peruana; recomendar la creación de Centros de Altos Estudios en las universidades de Arequipa, Cusco y Trujillo, relacionados con la Escuela de Altos Estudios de San Marcos; incrementar el intercambio de profesores y alumnos de las cuatro universidades; declarar urgente la creación de escuelas de agronomía en las universidades del Cusco y de Trujillo; pedir a los organismos técnicos de San Marcos que formulen un anteproyecto de seguro social para el alumno universitario; establecer comedores estudiantiles; celebrar anualmente y cada dos años competencias depor-

tivas entre las cuatro universidades; aclarar la aplicación del artículo 2º del estatuto en esta forma:

"Que se dé cumplimiento estricto, de acuerdo con lo establecido en el artículo 2º del Estatuto, en el sentido de que la Universidad no intervenga corporativamente en cuestiones de política contemporánea ni en actividades que comporten participación de la Universidad en organismos que tienen relación directa con los procesos electorales o partidaristas. Considera, asimismo, que en todo lo referente a actividades nacionales, al margen del juego de partidos y de las actividades electorales, la Universidad no puede negar su aporte en la orientación, consejo o asesoría técnicos para dilucidar problemas que comprometan el rumbo de la nacionalidad, ciñéndose en todo al artículo 2º del Estatuto.

"En cambio, creen los rectores de las Universidades Nacionales que en actividades como en la UNESCO y otras semejantes, las Universidades pueden elaborar el programa de proposiciones que el Perú debe presentar ante las Naciones del Mundo. La Universidad Peruana, representada por sus cuatro Universidades Nacionales, es el organismo adecuado para representar al Perú en todo lo que concierne a las actividades culturales o de amplia resonancia nacional, que no le comporte pronunciamientos de partido ni compromisos de esta índole".

Toda esta convención se halla sujeta a la aprobación de los respectivos consejos universitarios que no la hubiesen concedido por adelantado.

Anualmente, en el mes de Octubre, celebrarán los cuatro rectores reuniones semejantes, con sede rotatoria en cada universidad.

Maestros y alumnos de excursión

LAS excursiones de estudio de alumnos de la Universidad Mayor de San Marcos, bajo la dirección de sus profesores, continúan realizándose con profusión.

En Julio y Agosto, durante 21 días, 21 alumnos del 2º año de la Facultad de Educación, bajo la dirección del Profesor Emilio Barrantes y con la cooperación de los profesores Humberto Alvarez y Mario Rivera, visitaron principalmente al Cusco, luego a Arequipa, Puno, Ayacucho y Huancayo. El objetivo fué geográfico, arqueológico, histórico y artístico. Se adquirió una orientación sobre la labor educativa en el Perú, y se estableció vinculación con las universidades de Arequipa y Cusco. Alumnos y profesores realizaron misiones pedagógicas, conferencias

radiales y conversaciones de mesa redonda. De regreso, a los alumnos se les encomendaron trabajos de extensión cultural.

En los mismos días de Julio y Agosto, visitaron la región arqueológica del Sur 63 alumnos de 1º y 2º año del Colegio Universitario, dirigidos por el Dr. Carlos S. Velásquez, director del instituto, con la colaboración de los profesores Arturo Reátegui Page, de física, y Angel Max Leiva, de biología. Fueron por Huancayo y regresaron por Arequipa, visitando a Huancayo, Ayacucho, Abancay, Cusco, Puno y Arequipa. Realizaron conferencias de extensión cultural en las universidades cusqueña y arequipeña. Se impusieron de la realidad peruana y estudiaron las riquezas arqueológicas del Sur. Quedaron vinculados a las universidades del trayecto, donde también ofrecieron su colaboración para el mejor funcionamiento de los colegios universitarios. Por último, se les encomendó la redacción de una monografía sobre Machu-Picchu.

Durante la primera quincena de Agosto, 28 alumnos del segundo año de la Facultad de Educación, dirigidos por el Profesor Carlos Carrasco Ramírez y con la cooperación del Profesor Raúl Castro, fueron a Pucallpa, visitando además a Oroya, Huancayo, Ocopa, Jauja, Tarma, Junín, Cerro de Pasco, Huánuco, Tingo María y Canta. Examinaron los aspectos geográfico y educacional de la zona visitada, donde realizaron además clases prácticas, al aire libre, y vieron en función escuelas, talleres, centros industriales etc. Agrupados por equipos, los alumnos elaboraron luego breves monografías sobre lo estudiado.

La última decena de Setiembre fué destinada por 60 alumnos de la sección doctoral de las Facultades de Letras y de Educación (1º y 2º año del Colegio Universitario) a visitar a Pucallpa y al Río Ucayali. Los dirigió el Profesor Javier Pulgar Vidal, secundado por el Profesor Víctor Dávila. En Oroya, Cerro, Huánuco, Tingo María, Aguaytia y San Alejandro, estudiaron las ocho regiones naturales del Perú, comprobándose en la realidad la verdad científica de esta teoría. Cada alumno estudió un tema diferente de vegetación, flora, fauna, clima, productos, límites, paisaje, obra del hombre antiguo, obra del hombre actual, colonización, ganadería, industrias etc. Se sacaron 150 fotografías y se redactaron 20 informes. Dos de los alumnos, Abner Montalvo y Alfonso Trujillo, se quedaron por dos meses, en la selva Baja, a estudiar el conocimiento geográfico de los indígenas cashivos (Aguaytia) y conibos (Ucayali).

Bajo la dirección del catedrático y decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales, Dr. Guillermo

Ureta del Solar, y con la asesoría del profesor Dr. Juvenal Monge, 18 alumnos de dicha facultad realizaron durante los meses de Julio y Agosto últimos una jira de 45 días por el Sur del Continente, visitando a Santiago de Chile, Valparaíso, Viña del Mar, Buenos Aires, Mar del Plata, La Paz, Cusco, Arequipa. Su objeto principal fué completar estudios económicos y contables y establecer vínculos de solidaridad con universitarios americanos. Sufragaron los gastos de la excursión el Gobierno nacional, la Universidad de San Marcos y los propios excursionistas. A los alumnos se les encomendó, al regreso, la redacción de monografías sobre organización bancaria de los países visitados, sobre problemas del transporte, sobre organización tributaria, contable y estadística, y sobre hacienda pública.

Del 4 al 12 de Octubre, 28 alumnos del 4º año de la Facultad de Letras, bajo la dirección del Subdecano y Profesor Dr. Felipe Cossío del Pomar y con el Profesor Dr. Emilio Barrantes y el Secretario Sr. Alejandro Torres como auxiliares, viajaron a Trujillo, visitando Chanchán, Moche, Chiclin, Huacas del Sol y de la Luna, para realizar estudios artísticos y arqueológicos y acercamiento estudiantil. En los lugares mencionados, todos ellos de gran riqueza arqueológica, escucharon exposiciones de los profesores Cossío del Pomar y Barrantes, y en la Universidad de Trujillo tuvieron reuniones de mesa redonda con profesores y alumnos locales. Al regreso, se les encomendó a los estudiantes excursionistas la tarea de exposiciones orales y monográficas.

Requisitoria a América

EN los últimos meses levantó polvareda por América un artículo de Giovanni Papini, en el que el escritor florentino aseguraba que la América Latina lo había recibido todo de Europa pero ella no le había devuelto un solo genio de la religión, de la filosofía, de la ciencia, de las letras, de las artes, de nada, por lo que la consideraba en deuda con el Viejo Mundo. Le contestaron viejos y jóvenes americanos: Baldomero Sanín Cano, Guillermo Francovich, Alberto Hidalgo, Fernando Diez de Medina, José Gabriel, Tristán Maroff, muchos más, sólo muy pocos reconociéndole razón en parte, uno de ellos negándosela en absoluto pero echándoles la culpa a los propios americanos que no acertaban a precisar los auténticos valores geniales del Nuevo Mundo, como ya les ocurrió en la polémica del Pen Club en Buenos Aires, en 1936, y en la de

la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual en Santiago, en 1939.

No nos proponemos terciar en la discusión, pero quisiéramos aprovecharla para incitar a los estudiosos americanos a discernir entre sí, sin necesidad de ataques extraños, los valores americanos genuinos, en todos los órdenes y en todas las épocas y latitudes. La verdad es que, en general, muy obediente aún la mayoría al signo europeo bajo el que surgimos a la vida política independiente, cuando nos ponemos a concretar valores americanos no hacemos más que señalar remedos europeos más o menos felices, y, naturalmente, los estudiosos del Viejo Mundo, que conocen allá los modelos, no pueden conceder mucha importancia a nuestra selección. Un estudio provechoso al respecto debe partir de la distinción de lo español y lo europeo, y luego, dentro de lo español, distinguir entre lo que España aportó y lo que aportó América, sea en común, sea superponiéndose un aporte a otro. Hechos estos deslindes, se puede estar en condiciones de determinar qué ha creado América realmente y ofrecerlo a Europa, no con ánimo de ostentación, sino como obsequio continental por solidaridad humana.

Juventud de la universidad centenaria

CON una semana cultural celebró en Octubre su 123º aniversario la Universidad Nacional de Trujillo, que tanto ímpetu progresista muestra bajo la superior dirección del Dr. Antenor Orrego, rector, y del Ingº Manuel Carranza M., vicerrector. Clausuró la celebración con una conferencia en el Salón General, sobre "Cultura clásica y cultura popular", el Profesor de San Marcos Sr. José Gabriel, que además dió a alumnos y profesores de la casa dos conversaciones con preguntas y respuestas, para dilucidar problemas de la cultura universal, de la literatura americana y de la actitud del periodismo en la marcha de la democracia.

La Universidad de Trujillo, que acaba de obtener la posesión de las tierras que le permitirán construir su Ciudad Universitaria, se halla empeñada en el incremento de su enseñanza científica, en la formación de una escuela moderna de medicina, en el establecimiento de la cátedra de filosofía, en la intensificación de sus estudios económicos y arqueológicos, todo ello con vistas a la cultura general y a satisfacer las necesidades profesionales de su zona nacional de influencia. Es una casa joven, no obstante sus años, con un espíritu de empresa y una libertad ejemplares.

Actividad cultural en el Cusco

EN la Facultad de Letras de la Universidad del Cusco, bajo la activa e inteligente dirección del decano Dr. E. Tapia Olarte, está desarrollándose una viva acción cultural, especialmente concretada en la Cátedra de Periodismo, creada en el presente año.

Esta cátedra periodística ha iniciado la publicación de un "Boletín Universitario" quincenal, que ofrecemos como ejemplar en muchos aspectos a la afición periodística san-marquina. Su contenido es de una circunspección y, al mismo tiempo, de una libertad y una competencia admirables, y su presentación, la mejor, sin duda, que podía obtenerse en un medio donde, por desgracia, no abundan los elementos materiales modernos de impresión. Apenas comenzadas las funciones de la cátedra, la universidad resolvió dotarla de máquinas de imprenta.

Por este Boletín de los humanistas cusqueños nos enteramos también del concurso cervantista organizado por la Universidad del Cusco para conmemorar dignamente el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. A la vez, la Facultad de Letras celebró un "semestre jubilar de Cervantes", que comprendió conferencias cervantinas por los catedráticos locales, desde Abril hasta Octubre.

Leyendo este Boletín y sumando sus informaciones a las semejantes que cunden de las actividades de las demás universidades peruanas, no puede dudarse de que soplan vientos de renovación universitaria y de intensidad cultural en todos los ámbitos de la República.

En una rápida visita del decano de Letras del Cusco, Dr. Tapia Olarte, a Lima, conversamos con él y nos transmitió su entusiasmo por la obra que realiza la universidad cusqueña con la colaboración entusiasta de profesores y alumnos. La cátedra de periodismo se halla a su cargo y la atiende con especial amor, dictando las clases, dirigiendo el periódico que escriben los alumnos, buscando elementos materiales y humanos para cooperar en su actuación. Entre otros encargos para cumplir en la Capital, trae el de hacer ejecutar cincografías para su periódico, pregunta por los mejores talleres en fotograbado, trata de informarse de los elementos con que puede contar aquí, expone proyectos, encomia el apoyo que a toda nueva corriente cultural presta en el rectorado cusqueño el Dr. Alfredo Yépez Miranda, hombre joven y capaz. Nos da la impresión de un maestro y de un realizador.

Reforma universitaria en Venezuela

OTRA universidad americana activísima en estos momentos es la de Caracas, Venezuela, cuyo vicerrector, Dr. Luis Manuel Peñalver, diputado nacional al mismo tiempo, estuvo en Lima hace un mes. En reunión pública celebrada en el Salón de grados de la Facultad de Letras de San Marcos, el Dr. Peñalver expuso detallada y claramente el proceso reformista de la universidad caraqueña, muy semejante al sanmarquino y al de todas las otras universidades americanas en que se ha producido.

La nueva universidad de Caracas es revolucionaria, afirmó el Dr. Peñalver, y por eso, teniendo en cuenta que el gobierno nacional está a cargo de un equipo revolucionario, es el gobierno el que designa los rectores y vicerrectores, para acompañar a las restantes autoridades designadas por los claustros docentes y por los estudiantes.

Subrayó el Dr. Peñalver el hecho, también común a las restantes universidades reformistas americanas, de que el pasado había dejado en la de Caracas un residuo muy considerable de reaccionarismo, tanto entre los profesores como entre los estudiantes; pero que la dirección de la universidad pertenecía de hecho a los elementos revolucionarios, lo cual garantizaba la marcha progresista de la institución.

En el presente curso se ha puesto en función allí un Instituto de Periodismo, tan generosamente dotado, que hasta participan en él capitales americanos y la asesoría del Dr. Ackerman, decano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, N. Y.

Resurgir universitario en Guatemala

BAJO el signo de la democracia, la cultura superior está en marcha en el Continente. De Guatemala nos llegan muestras inequívocas de un despertar universitario magnífico. Hemos recibido en estos días la revista trimestral "Universidad de San Carlos", un verdadero alarde editorial y un regalo de literatura, filosofía, ciencias. También nos llega el N° 1 del "Boletín Universitario" guatemalteco, con detallada información sobre la acelerada marcha que ha emprendido la gran casa de estudios centroamericana.

"Puede afirmarse sin temor a equivocaciones —dice el editorial del Boletín— que la Universidad de San Carlos está viviendo los momentos de más intensa actividad cultural que registra su historia moderna y que se está

gestando en su seno la transformación de reforma que, en varias oportunidades, no ha pasado de ser una expresión literaria".

En la sección Vida Universitaria Internacional del mismo Boletín, se informa sobre las relaciones de San Carlos con las demás universidades americanas. Entresacamos de tal información el siguiente párrafo:

"Se firmaron convenios de intercambio profesoral y estudiantil con las Universidades de Bogotá y Lima, y se encuentra en estudio uno con la Universidad de Chile.... Con la Universidad de San Marcos de Lima se han realizado varios hechos de importancia: el rector Luis Alberto Sánchez visitó a Guatemala, y hace poco tiempo llegaron doce estudiantes del último año de la Facultad de Filosofía y Letras, iniciando una magnífica era de confraternidad americana".

También informa el Boletín de las actividades estudiantiles *ex cátedra*, entre ellas, en la Facultad de Humanidades, emisiones radiales de cultura, la publicación de una revista, la formación y estreno de un grupo de arte escénico, la creación de una Escuela de Verano, excursiones nacionales e internacionales de estudio, etc.

Se ha creado asimismo en la Universidad de San Carlos una Escuela de Periodismo, con tres años de estudios, cuyos programas están en examen de profesores y alumnos. Funciona una Imprenta de la Universidad, por lo que vemos con excelente material moderno y con criterio tipográfico nuevo. En fin, San Carlos ha proyectado su gran Ciudad Universitaria.

Estudiantes americanos en San Marcos

ENTRE los grupos estudiantiles americanos que siguen carrera en la Universidad Mayor de San Marcos, viene destacándose por su actividad el de los venezolanos, que han constituido un Centro Estudiantil Peruano-Venezolano, con inmediato reflejo en la práctica cultural. Este centro ha organizado un concurso literario, para los estudiantes universitarios peruanos, a fin de premiar con 500 y 200 soles y un diploma especial, los tres mejores estudios histórico-biográficos o críticos sobre una personalidad representativa de Venezuela, de preferencia relacionada con el Perú.

Puerto Rico, anhelo permanente

LOS alumnos portorriqueños de San Marcos han celebrado el aniversario de la emancipación de Puerto Rico,

dándole al acto, como es lógico, un carácter de afirmación de sus permanentes anhelos de que esa emancipación se cumpla totalmente cuanto más antes, como lo desea toda la América liberal y democrática.

Conferencias de cultura general

A lo largo del bimestre a que corresponde este número de SAN MARCOS, se ha desarrollado en Lima, en distintas instituciones culturales, una intensa serie de conferencias públicas, de las que mencionamos las siguientes, además de las que consignamos aparte:

—Dra. Ella Dunbar Temple, "La nobleza india del incanato", en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe.

—Dr. Felipe Cossio del Pomar, "El arte contemporáneo en México", en el Politécnico Principal.

—Dr. Carlos Alberto Seguín, "Problema sociológico del arte moderno", en Insula.

—Dr. Baltasar Caravedo, "Neurosis de guerra", en la Escuela Militar de Chorrillos.

—Dr. Humberto Barrera (profesor chileno), "La realidad del Continente antártico", en la Sociedad Geográfica de Lima.

—Dr. Carlos Bonhome (profesor brasileño), "Derecho del trabajo y justicia autónoma en el Brasil", en el Colegio de Abogados.

—Dr. J. V. Harrison, "La investigación geológica y el país", en el Centro Cultural Peruano-Británico.

—Dr. Alfredo Sánchez Bella (profesor español), "Caracteres esenciales de la cultura española contemporánea", en el Instituto Riva-Agüero.

—Dr. Jehan Vellard, "Las principales regiones biogeográficas de Sudamérica", en el General de San Marcos.

—Dr. Leo Pucher (profesor boliviano), "La metafísica y la cosmogonía de los sacerdotes de Tiahuanacu, Cusco etc.", en el Centro Cultural Peruano-Británico.

—Dr. Fernando della Rocca (profesor italiano), "El Estado y las clases sociales según la doctrina social cristiana", en la Pontificia Universidad Católica; y "La evolución jurídica en Italia", en la Facultad de Derecho de la Universidad de San Marcos.

—R. P. Chaillet (sacerdote francés), "La batalla actual por la paz y las posibilidades del federalismo", en el General de San Marcos.

—Dres. José M. Fernández (profesor argentino) y Nelson Souza Campos (profesor brasileño), sobre la lucha contra la lepra, en la Facultad de Medicina de San Marcos.

—Arq. Paul Linder, "Visión del arte contemporáneo"; Dr. Francisco Miró Quesada, "Panorama actual de la filosofía", y Arq. Luis

Miró Quesada G., "Sentido y esencia de la nueva arquitectura", en la Agrupación Espacio.

CIENCIA

AUN, por fortuna, queda Einstein. Se ha ido para siempre Planck. Cumplió vida y obra; no puede deplorarse un malogro; pero, al verlo partir en definitiva, se experimenta el desconcierto de saber que aun lo teníamos con nosotros sin que realmente nos diésemos cuenta. Era el autor de la teoría de los quanta, o sea el descubridor de la irradiación alternada de la energía de los cuerpos, que transformó toda la física de nuestro tiempo y fué decisiva para las tentativas de desintegración del átomo, realizadas catastróficamente por último (él no tuvo la culpa) en la bomba atómica. Completaba con Einstein el dúo de los supremos físicos contemporáneos. Se le tenía por uno de los más grandes científicos de la historia. ¿No era en verdad un privilegio de esta época su contemporaneidad? Pero tal vez vivimos muchos sin que su nombre nos suscitase la admiración, ni aun la curiosidad, de inúmeros espantapájaros. No era un dios, por cierto. Al contrario, cuando se conoce la entraña y la historia de su enorme descubrimiento científico, se tiene como una revelación de simplicidad. El profano siente deseos de exclamar: "Pero ¡si eso pude hacerlo yo!" Así es. La obra de los grandes sabios, es la que está más al alcance de cualquiera. No envía el Señor a su egregio Hijo para revelarla a los hombres. Basta un hombre del común. Sólo es preciso instalarse plenamente en la historia universal, entrar en la corriente humana, sumergirse hondamente, y salir ungido. Es apenas una leve rectificación de rumbos lo que trae el sabio, una chispa sacada del roce habitual. ¡Claro que pudo hacerlo cualquiera! Pero fué él, el ungido, el único que se sumergió. No caía del cielo, volvía de entre los hombres; no era un aerolito, era un ser; no traía una estrella, sino una rosa. ¡Claro que pudo haber sido cualquiera! Pero él fué el único creyente y paciente; el único inocente; el puro. Y de estos hay pocos en el haber histórico: Sócrates, Copérnico, Galileo, Newton, Pasteur... Son muchos menos que los espantapájaros. Por eso parece que al irse para siempre Max Planck, se nos va el milagro con que fuimos favorecidos sin saberlo y acaso sin merecerlo: el milagro de la pureza, el milagro de la sabiduría. Válganos a la generalidad de los contemporáneos la excusa de que tampoco los físicos reconocieron en él al enviado cuando apareció. Y redímanos aún, antes de su partida

eterna, la devoción de la presencia de Einstein, que además no cometió siquiera el pecado de la laxitud política.

La hazaña de la "Kontiki"

DEBE sustraerse la extraordinaria travesía de la balsa "Kontiki" a la mera condición de curiosidad periodística. Se trata de una balsa descubierta, por el estilo de las que usaban los antiguos peruanos, poco más que una "janga-da" de ríos, con elemental velamen. Tripulada por una comisión científica bajo la dirección del profesor noruego Thor Heyerdahl, zarpó del Callao en Mayo del corriente año, con dirección al Archipiélago Tuamotu. A los 101 días de navegación no sin peripecias, arribó a Raroia, después de un recorrido de 4.500 millas. El viaje tuvo por objeto probar que no es simplemente legendaria la antiquísima comunicación de América con la Polinesia, mantenida constantemente por los navegantes indígenas peruanos. Hubo en la hazaña mucho de deportismo y mucho de ciencia. Lo más importante fué convertir en posible una proeza casi fabulosa, achicar distancias a fuerza de ensanchar corazones, y tender rutas de familiaridad sobre regiones de misterio.

A la memoria de Daniel A. Carrión

AL cumplirse en Octubre el 62º aniversario del sacrificio del joven médico peruano Daniel A. Carrión, fué dignamente recordada por las instituciones científicas limeñas la memoria del héroe, verdadero héroe de la ciencia, a la cual obsequió una vida en flor, al inocularse voluntariamente un virus cuyo estudio verificaba y cuyos efectos trataba de combatir: el de la verruga de la sierra, tan peligroso aún en tierra peruana.

FILOSOFIA

DEBE celebrarse a fines del presente año, en la Universidad de Columbia de Nueva York, un Congreso Internacional de Filosofía. Entre los organizadores se halla el peruano Dr. Víctor A. Belaúnde; entre los invitados está el Dr. Carlos Cueto Fernandini, catedrático de la Universidad de San Marcos.

ARTES

EN la segunda quincena de Octubre se realizó en Lima el viº Congreso Panamericano de Arquitectos, con delegados de la mayoría de las naciones americanas, algunos de ellos profesionales afamados. Amables reuniones más bien que provechosas reflexiones para el progreso de la arquitectura significaron los actos del congreso. No se puede hablar en estas asambleas, diplomáticas más que técnicas, con la franqueza debida, que podría ser descortés. ¡Se nos hubieran derrumbado, como en un terremoto, las ciudades de quíncha y de adobe y los palacios de albañiles! Tampoco fué eficiente, aunque sí amena, la exposición de arquitectura y urbanismo realizada paralelamente en la Biblioteca Nacional, con la concurrencia de 16 países continentales: un torneo de fotografías admirables, no realmente de arquitectura. De todos modos, se vieron las caras unos cuantos colegas americanos, se conocieron la voz, y no faltó, es claro, la afirmación unánime sobre la necesidad de la arquitectura nueva, con aire, con luz, con comodidad, con higiene, con belleza. Más de uno salió convencido y tratará de realizar en su profesión los ideales proclamados. Confiamos en que poco a poco desaparecerán sin derrumbes catastróficos los adefesios arquitectónicos y las incomodidades de habitación que padecemos.

Arte antiguo en San Francisco

PARA la Feria de Octubre y el viº Congreso Panamericano de Arquitectura, el evocador Convento de San Francisco de Lima levantó provisionalmente su clausura y organizó en sus salones una exposición de arte antiguo. La visita al convento es de por sí un regalo artístico. La exposición, con cuadros y esculturas coloniales o europeos simultáneos o mestizos, constituyó un espectáculo de arte de primer orden. Las obras fueron reunidas por préstamo de templos, de monasterios y de residencias particulares. Había un Zurbarán. Había pinturas de una sugestión artística o religiosa profunda. Todo ofrecía una lección y un deleite.

Por los corredores decorados, entre los muros espesos, junto al jardín gritón de flores, conversamos con el lego que nos acompaña.

—No ha visitado la exposición mucha gente — nos dice, y explica: — Sin duda es mala época, en este tránsito del invierno a la primavera; hay mucha gripe.

—Mire, señor — observamos —: puede ser que esté V. en lo cierto; pero creemos más bien que el periodismo limeño, falto de sensibilidad pública, no presta a estos espectáculos la atención debida, y el público por sí mismo no llega a enterarse. Si el público oyese la campana y tuviese una orientación artística, vería V. cómo había menos gripe, en cualquier época del año, y una exposición estu-
penda como esta la visitaba un torrente.

Esperanza del arte americano

EL arquitecto argentino Angel Guido es uno de los más entusiastas estudiosos del arte americano. Estuvo en estos días en Lima, como delegado al viº Congreso Panamericano de Arquitectura. Su presencia fué aprovechada para unas conferencias en el General de San Marcos. En todas expuso su fe en el porvenir artístico americano frente a la notoria consunción contemporánea del arte europeo. La última de ellas puede considerarse un resumen de sus originales y documentados puntos de vista. Historió el arte europeo desde el romanticismo mitológico hasta el expresivismo, pasando por el impresionismo y el neo-impresionismo. Es la historia de una deshumanización artística. Tras ella, en los últimos años, lo mismo en la pintura que en la escultura, en la arquitectura y, podría decirse, en las letras, reaparece el afán realista. Pero en aquel desarrollo histórico, Europa perdió la artesanía y los mitos, y su reacción humanizante actual carece de calidad artística. Es América la que acude a la brecha con un arte como el de Rivera, en el que hay mitos y artesanía. Por este camino puede dar la nota de nuestro tiempo el arte americano.

Angel Guido ilustró sus conferencias con abundante material gráfico, exhibido en proyecciones luminosas. Nos dió lecciones de arte y de optimismo. Conversamos con él. No es un crítico acerbo de nada, pero señala la desorientación y el perjuicio de muchos "vanguardismos" que, después de actuaciones ruidosas, terminaron en esta indigencia de temas hondos y de maestría técnica. La revolución social, afirma, apresurará y concretará la expresión del arte americano.

Pareciera confirmar la opinión de Angel Guido el escritor guatemalteco Miguel Angel Asturias, de paso por Lima, en estos días, para Buenos Aires. Nos dice, en rápida conversación al pie del estribo, que el movimiento revolucionario del 20 de Octubre de 1944 en Guatemala, ya

ha producido un despertar artístico en el país, orientado precisamente en sentido social.

Primer Salón Nacional de Arte

POR Diciembre se celebrará en Lima el Primer Salón Nacional de Arte, que organiza en estos momentos el Sindicato de Artes Plásticas y Afines del Perú. No es, quizá, la mejor época la elegida, pero no por eso dejará de contar amplio y significativo concurso de expositores el certamen.

Regeneración del cine y de la radio

INGLATERRA está dando el ejemplo de una dignificación del cine. También ha tomado la iniciativa de la dignificación de la radio. Dos de los más hermosos y útiles inventos de nuestra época han caído en manos de mercaderes y parecen destinados a perecer de indignidad en ellas. No ignoramos, por cierto, que las proporciones materiales del cine y de la radio imponen cierta connivencia comercial. Pero se han excedido todos los límites de la discreción. Cine y radio parecen hoy, en su mayor parte, destinados a estragar el gusto artístico del mundo, más bien que a favorecerlo y a satisfacerlo. Inglaterra lo ha advertido y, en medio de sus tribulaciones materiales ocasionadas por la guerra, ha emprendido la ruta de la regeneración. Las películas inglesas están imponiendo un tono de dignidad en el cine mundial; y la radio inglesa sigue el camino. En la radio de Gran Bretaña se ha establecido lo que se llama "el tercer programa", para determinadas horas de la transmisión, durante las cuales se pasan piezas musicales de mérito íntegras y sin interrupción, sea la que sea su extensión (el *Mesías* de Hændel completo dura dos horas), y asimismo piezas literarias, especialmente dramáticas, en su integridad y en su total autenticidad, por ejemplo las obras más famosas de Shakespeare, sin la contaminación tediosa del aviso comercial, que no debe despreciarse, desde luego, pero que está fuera de lugar en transmisiones semejantes.

Pareciera que la actitud inglesa hubiese contagiado a algunos *broadcasters* norteamericanos, felizmente. En efecto, la poderosa National Broadcasting Company, con más de 150 emisoras afiliadas, ha resuelto por lo pronto que, a partir de comienzos de 1948, ninguna de sus estaciones transmita historias detectivescas o programas de crímenes

y misterios perniciosos. Ya es algo. Todo el mundo espera que los inmensos recursos materiales y espirituales de la radio norteamericana continúen la senda emprendida y pongan al fin este nuevo y maravilloso arte al servicio del progreso humano.

LETRAS

DADA la brevedad de este artículo, no pretendo hacer un ensayo crítico, ni establecer ningún criterio académico de valoración en la obra múltiple de Manuel Beingolea. Y dejando de lado todo aspecto técnico en el desarrollo de la trama en su cuento, y toda consideración estética sobre la belleza y propiedad del estilo, quiero precisar solamente la notable exactitud descriptiva y el pensamiento que vive en casi toda su obra, presentes también en uno de sus relatos mejor logrados — "Historia de un Tambor" — que es el tema con que abre aquel volumen interesante que editó allá por el año de 1933 con el título de CUENTOS PRETÉRITOS.

Si bien para mí este cuento no tiene prioridad por sí solo, sino que forma con otros —algunos de ellos insertados en el tomo al que me he referido— los pilares esenciales que distinguen lo medular de su obra ya esbozado en forma amena en *BAJO LAS LILAS*, lo he escogido porque en él pinta con gran propiedad tipos y ambientes muy nuestros y expresa sentimientos que, identificados en estos héroes de ficción, no son otros que los mismos que viven personajes diversos de la vida, vestidos con otros ropajes y adornados con varios atuendos.

En efecto, a Mauricio, el Tambor, podemos hallarlo a cada paso agobiado con su carga de ensueños inexpressados bajo la corteza ruda del uniforme, llevando cual fatigante peso la tragedia de su amor no correspondido, amor que esconde en lo más recóndito y que, sin tener la válvula de escape de las actitudes histéricas y de los gestos dolorosos y fabricados a propósito, se limita a rumiar su amargura bajo la serenidad atormentada de un rostro de rasgos estereotipados, impuestos por la disciplina, la timidez y la responsabilidad.

¿Acaso no han existido siempre esas Rosarios vivarachas, representantes genuinas de aquellos tipos inestables que son capaces de jugarse el porvenir con tal de verse halagadas por un gesto audaz, aunque sea equívoco, o por hacer realidad de lo que es para ellas la evolución de un ensueño?

Y ese Sanz con "el cabello artísticamente desordenado" y que tenía la seriedad de "esos chiflados por lo correcto, con refranes que trascendían de los tratados de jurisprudencia, que hablaba irónicamente de todo el mundo, descubriendo con regocijo policíaco, casi diabólico, las irregularidades de los hogares" ¿no es reflejo, por ventura, de muchos pedantes engominados de hoy?

Ellos, con doña Luciana y los otros comparsas, viven toda una humana aventura teniendo "el mar al frente extendiéndose como una muselina de oro" y mientras "atrás verdeaban las praderas hasta las colinas azules que se extendían como un mar de teatro".

Sus pasiones, que se identificaban con el pueblo en que vivían y con el tranquilo ambiente de una época en que todo tenía un tranquilo discurrir, se desenvuelven en la trama conforme van sucediéndose los acontecimientos —de una manera natural, sin artificio alguno—, para arribar, al fin, después de ver desfilar diversos aspectos y actos que revelan el carácter peculiar de cada uno de los personajes, a una solución feliz en la que parece que el destino colaborara en dar el premio merecido a la virtud, a la honradez y a la constancia, sin que ello quiera decir que se insinúa ni la moraleja ni la intención moralista.

Costumbrista de auténtico cuño, Beingolea ha hecho obra perdurable en nuestra literatura. Lejos de todo afán reclamista y con su innata modestia, él mismo en el prólogo de CUENTOS PRETÉRITOS nos presenta con toda claridad lo que entiende por genuino criollismo:

"Hay un criollismo espontáneo —dice— aquel en que uno no puede menos que expresarse, porque lo que va a narrar perdería en color o en fuerza gráfica al ponerlo en un marco distinto de aquel en que se produce o es verosímil que se produzca. Y hay el criollismo que se empeña en serlo y para ello, cualquier asunto lo convierte en criollo. En el primer caso es uno criollo sin quererlo y en el segundo se propone uno ser *criollo*".

Criollo sin proponérselo y observador de rara profundidad, su obra es la del pionero. Sin las exageraciones de los románticos, expuso escuetamente inquietudes sin eclosiones violentas y desenvolviéndose en parajes de laxa tranquilidad y agreste belleza. El Barranco antañón, ese Barranco-aldea que vivía engolosinado con la poesía lila de sus jacarandás, tiene en Beingolea al perfecto descriptor. Al descriptor que va apuntando los detalles en el instante preciso, sin perderse en comentarios extraños, y que, escuchando con propiedad el rumor de la tierra, sabe inyectar a sus personajes un ritmo igual.

Gran parte de su obra gira en torno a este panorama y a sus gentes, a los cuales Beingolea conoce a fondo. Por eso quizás más que nadie este balneario limeño le debe un homenaje de reconocimiento a su labor. Y que podría ser magnífico cuando Manuel Beingolea celebra sus Bodas de Oro como escritor. — *Augusto CHAVES COSTA.*

Una vindicación de Pizarro

SABIASE que el Dr. Raúl Porras Barrenechea llevaba años de estudio minucioso de la vida y la obra de Francisco Pizarro, el conquistador del Perú. Un adelanto del fruto de sus vastos estudios nos lo ofreció en Octubre el reputado profesor con sus conferencias del Instituto Riva-Agüero de Lima.

El Dr. Porras Barrenechea cree poder afirmar documentadamente, que, si bien Pizarro desempeñó en forma ocasional muy modestos oficios, no fué el plebeyo ni el analfabeto que desde antiguo viene consignando la historia.

Ninguna de las afirmaciones del ilustre investigador, por discutibles que sean, es caprichosa, aunque en general no carezcan tampoco de afecto personal. Puede pues entablarse debate acerca de ellas; pero sobre supuestos científicos dignos.

La historiografía americana espera con vivo interés el libro que, sin duda, ha de publicar ahora el Dr. Porras Barrenechea con el resultado de sus investigaciones sobre el tema.

Gregorio Martínez Sierra

NO es, sin duda, el momento más oportuno para examinar la obra de un hombre el momento de su muerte. Digamos pues de Gregorio Martínez Sierra que contribuyó en su medida al resurgimiento del teatro español en el primer vintenio del presente siglo y que luego contribuyó también, muy a pesar suyo, a cierto anquilosamiento observado en ese teatro hasta la aparición de Federico García Lorca, que habría de darle un nuevo sentido, el sentido lírico, nuevo solamente por haber estado excluido del teatro benaventino a que Martínez Sierra pertenece, pero tan viejo en España como lo es el teatro de Lope y de Tirso. CANCIÓN DE CUNA dió a Martínez Sierra un nombre en la escena española, donde venía ensayándose sin brillo junto a Benavente. Era una hermosa nota y quizá una

promesa. Luego, el profesionalismo se sobrepuso a la inspiración, y sobrevinieron obras de tan fácil éxito como de poca cala. Últimamente, había ampliado Martínez Sierra a la empresaría teatral su decadente labor de dramaturgo.

Una historia periodística

EN una edición muy defectuosa, que las imprentas conscientes de su responsabilidad profesional no deberían lanzar, se ha publicado una hermosa y útil historia periodística continental, titulada *EL PERIODISMO EN AMÉRICA* y debida al saber y a los desvelos del Sr. Gustavo Adolfo Otero, profesor de la asignatura en la Escuela de Periodismo de la Pontificia Universidad Católica de Lima. Como ocurre en casi todas las obras de esta naturaleza, los datos son perfectibles, por ejemplo: Castelli no era general ni militar siquiera, Monteagudo no era boliviano, Pazos Kanki era en realidad un periodista argentino, aunque nativo de Bolivia, Belgrano no fué el fundador de "La Gaceta de Buenos Aires", sino Moreno, "La Prensa" no es el decano periodístico argentino, sino "La Capital" de Rosario, en la relación del periodismo bonaerense no puede omitirse una referencia especialísima a "Crítica", que introdujo allí y en la América española el diarismo moderno, tipo norteamericano, faltan nombres, sobran otros, hay muchos, de persona y de cosas, escritos con ortografía irreconocible. Pero, en general, las líneas informativas son verídicas, y, lo más importante, el criterio propiamente periodístico y el social son irreprochables. Sirva de muestra este párrafo:

"Desde 1930 la República Dominicana se encuentra sometida a la dictadura del Presidente Trujillo. Hemos tenido oportunidad de consultar muchas publicaciones de este país, donde se exalta en términos muy elogiosos la obra constructiva de carácter material que realiza este presidente y también hemos podido comprobar la dedicación de su gobierno a la tarea de habilitar su país desde el punto de vista intelectual, pero, lo que no hemos visto en estas publicaciones ni en esos libros es una alusión a la libertad de prensa. La República Dominicana, vive sujeta a las más tremendas restricciones de carácter policial y en este país sigue siendo un camino del martirio el consagrarse al periodismo como en el siglo pasado. Los periódicos que hemos revisado también nos confirman que la única opinión que existe es la dirigida desde el Palacio de Gobierno por el Presidente Trujillo, que para hacer la felicidad de este noble país, se sirve de todos los métodos de

humillación a la ciudadanía como el de hacer coronel a su hijo, un niño de siete años". (p. 430).

Con generosidad de erudito, pero acaso con error didáctico, el autor ofrece una introducción sobre la historia general americana, cuya sola estructuración revela conocimiento y criterio. Un libro, en suma, muy provechoso.

Para Diciembre, la Feria del Libro

NO fué posible realizar en Octubre la Feria del Libro que proyectó para ese mes el Gobierno nacional. Los libreros que debían participar en ella, no hallaron compensatorias las condiciones que se les acordaron. Quedó aplazada para Diciembre. Además, se resolvió efectuarla en el patio colonial de la Biblioteca Nacional, lugar donde se podrán hacer primores, ciertamente, pero donde tememos que el acontecimiento se sustraiga a la atención pública, como ocurrió con la VIª Exposición Panamericana de Arquitectura y Urbanismo.

Rebeliones indígenas

LA pulcra Colección Inca Garcilaso de P.T.C.M. se enriquece con el volumen REBELIONES INDÍGENAS del Dr. Daniel Valcárcel, joven historiador de prestigio y catedrático de San Marcos.

Estuvo muy difundida hasta hace poco la creencia de que los indígenas americanos, durante el llamado periodo colonial, permanecieron demasiado sumisos a los conquistadores. La exhumación de documentos viene restando consistencia a tal parecer erróneo.

A esta reivindicación de la rebeldía indígena viene a servir en forma decisiva, con saber y con inteligencia, el libro del Dr. Valcárcel, que empieza por informar sobre los movimientos políticos y sociales de los indígenas en los siglos XVI, XVII y XVIII, para entrar luego en el detalle de los más famosos de esos movimientos, v. gr.: el de Torote, el de Juan Santos, el de Túpac Amaru, el de Túpac Inca Yupanqui.

Historia del Socialismo

POCOS líderes políticos americanos de más sólido prestigio que el Dr. Emilio Frugoni, creador y jefe del Partido Socialista en el Uruguay, representante parlamentario de su partido durante muchos años, director de los órga-

nos periodísticos partidarios, poeta de resonante estro cívico, y últimamente ministro uruguayo en la Rusia soviética. Este infatigable trabajador, al que el saneamiento político americano debe tanta obra, aprovechó su estancia de dos años en Rusia para observar la aplicación local de las doctrinas socialistas y para ordenar sus conocimientos del socialismo en un amplio libro. Este libro acaba de editarlo en Buenos Aires Americalee, en dos volúmenes de más de 400 páginas cada uno y bajo el título de GÉNESIS, ESENCIA Y FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO.

Hay muchas historias socialistas, producidas sobre todo a raíz del triunfo bolchevique después de la primera guerra mundial. Algunas de ellas, tienen merecida fama por su exposición documentada, clara y completa. La del Dr. Frugoni se sitúa entre las mejores por su documentación, por su claridad y por lo completo de sus datos, que no omiten zona alguna del mundo y, como es natural, conceden especial espacio a nuestra América.

En el primer tomo, define el Dr. Frugoni el socialismo y expone su origen y desarrollo en Europa, desde el socialismo utópico hasta la fórmula científica de Marx. En el segundo informa sobre la expansión socialista por el mundo, sobre las divergencias surgidas en su seno, sobre los movimientos colaterales o derivados, y finalmente sobre lo que llama "la síntesis americana", de la que el autor espera la salud política.

"Revista Americana de Educación"

RECIBIMOS los números 5 y 6, correspondientes a Julio-Agosto últimos, de la "Revista Americana de Educación" que se edita en La Plata, provincia de Buenos Aires, Argentina. Además de las notas editoriales de costumbre, trae esta entrega importantes estudios, debidos a firmas acreditadas, sobre temas educacionales relacionados con los problemas generales de la vida, es decir, trasponiendo en beneficio humano los límites de la especialización y de la técnica. Una información detallada sobre las actividades primarias, secundarias y universitarias en toda América, completa admirablemente el contenido.

"Revista de Guatemala"

NOS llega el número 2 de la "Revista de Guatemala", encabezado por un documentado estudio sobre los "Valores Universales del Arte Precolombino" guatemalteco, por Salvador Toscano. Se destacan en seguida, en este número excelentemente presentado, los estudios "Sobre el sentido de conciencia en la Celestina" por Juan David García Bacca, "José Enrique Rodó" por Arturo Torres-Rioseco,

"Realidad del cuento mexicano" por José Mancisidor, "El solitario de Batres" por Juan Rejano, y "Viejos Mitos del Nuevo Mundo" por Mariano Monteforte Toledo. Hay otros estudios interesantes, versos, comentarios bibliográficos y un panorama de la opinión mundial sobre los temas de post-guerra.

TEATRO

UNO de los primeros viernes de Octubre se estrenó en el Segura de la tradición y los ruidos, AMOR, GRAN LABERINTO de Sebastián Salazar Bondy. Personalmente, me interesa el *debut* de un autor teatral, me agrada imaginarme el desconcierto y el desaliento que, mientras yo *especto* la obra, cómodamente instalado en mi butaca, se apoderan en algún momento del autor. Esto es sadismo intelectual, desde luego; y esto es lo más importante: ver si el autor es asidero de promesas.

El público limeño no piensa así; no gusta del teatro, salvo una selecta minoría; no le interesa casi un estreno ni se angustia porque una pieza teatral haya sido suprimida de la cartelera. Los críticos pueden creer que se dirigen a una mayoría que espera ansiosa su palabra sagrada, pero ¿cuándo ha ocurrido eso? Nadie ha probado hasta ahora que Lima sea una ciudad con veleidades teatrales; las escasas decenas de espectadores que cierta noche, según feliz expresión, hicieron guardia a una obra de García Lorca en el gesto eximio de Margarita Xirgú, serán por mucho tiempo los fantasmas de un público que no ama, porque aun no siente el venero maravilloso que guarda el teatro, no en sus recónditas profundidades, sino en su más cercana superficie.

Pero dejemos ya las divagaciones. Nuestro intento fué llenar algunas líneas iniciales para abultar las carillas (es siempre más distinguida una crítica apretada de tinta y malevolencia) y quizá nos hemos extendido demasiado. A pesar del poco entusiasmo escénico que existe en Lima, merced a una disposición ministerial (de la que puede y debe felicitarse el autor) y a diversos factores, había un ambiente favorable para el estreno de AMOR, GRAN LABERINTO. Había despertado muchas expectativas, lo que para nuestra indolencia intelectual es mucho decir. El día del estreno hubo público; naturalmente, amigos del autor y de los actores; pero, con gran placer nuestro, muchos rostros desconocidos, y digo desconocidos, porque aquí se puede decir al paso de un transeúnte "ese es aficionado al teatro", lo que no será por muchos, perspicaz lector.

La obra salazarina, se estrenó con éxito, se obligó a salir varias veces al joven autor y se le aplaudió cariñosamente; y lo que es mejor, merecidamente. AMOR, GRAN LABERINTO augura mucho. Tiene instantes deliciosos por su humorismo y poesía. Salazar Bondy, como dije en otra parte, es una promesa en el teatro peruano, hecho que a muchos ha de fastidiar, pero que a muchos también hará reflexionar que, a pesar de tantas "promesas", no nos cae mal una promesa más.

AMOR, GRAN LABERINTO es una farsa; como tal, satiriza cierto caso, aludiendo a una situación política de raíces y planteamiento en el pasado y en el futuro, y en muchos lugares diferentes del nuestro. Los personajes son caricaturas de seres existentes y tienen sus dramas y tragedias: Doña Piña, Gil Tirita, la Condesa de Vientreameno, y el fantoche doloroso del teniente Gerónimez son absurdos pero verdaderos. No creo que AMOR, GRAN LABERINTO (y voy a emplear a despecho de malévolas frases de salón de muñecos intelectuales, una expresión contemporánea) sea una obra "reaccionaria". ¿Cómo puede ocurrirle a ciertas gentes —me olvidaba de que aquí todo puede ocurrir— que un autor con firme vocación artística, quiera comprometer su arte y su prestigio, en una obra tendenciosamente contemporánea y por ello pasajera y de dudosa supervivencia? Lo que sí puede, es explotar con talento —cosa que no todos pueden hacer— la actualidad de un ambiente que dé cauce al escándalo con que sueña todo escritor. Eso, por maldad y resonancia.

La Compañía Nacional de Comedias se esforzó por llevar acertadamente la obra. Laudable esfuerzo. Todo el reparto cumplió muy bien. Barbero, Juana Sujo, Elvira Travesí, Ureta, Arrieta y los que encarnaron papeles menores demostraron sus muchas condiciones para las tablas. Claro está que si quisiéramos sacarle cinco pies al gato, encontraríamos el restante en algún lugar del proscenio; pero ¿para qué detractar cuando hay mucho que alabar? —*Manuel SCORZA.*

Actuación de la Compañía de Comedias

DESPUÉS del estreno de la farsa de Salazar Bondy, la Compañía Nacional de Comedias puso en escena, con la maestría a que nos tiene acostumbrados, dos obras más: FUEGO SIN LLAMAS de Jean Jacques Bernard, y LA ANTORCHA ESCONDIDA de Gabriel d'Annunzio, dando con eso por terminada su actuación del año. Ha sido una actuación hermosa y provechosa, iniciada con EDDA GABLER de Ibsen, y VOLTONE EL ZORRO de Jonson, como consignamos

oportunamente. Quisiéramos notar, empero, que algunos detalles administrativos poco cuidados impiden que la labor de esta compañía oficial trascienda debidamente al público en general. Se efectuó una jira por el interior del país, que puso en contacto a la compañía con público más modesto que el que habitualmente asiste a sus representaciones en Lima; pero en Lima hemos experimentado la decepción de ver representaciones de la compañía con media docena de personas en la platea. La lógica y la lección que puede aprenderse de otros países, aconsejan que, pasada la noche del estreno, se cobren precios mínimos por las entradas, por ejemplo un sol la platea, y aun se entreguen gratuitamente a establecimientos de enseñanza y sindicatos obreros las de galerías. No tiene esta compañía fines de lucro. Su objeto, por consiguiente, debe ser llegar con su excelente obra a la mayor cantidad de público posible, para satisfacer sus propósitos de educación artística general.

Se ensaya el teatro polémico

INICIADO con éxito el teatro popular, en la Casa del Pueblo de Lima, se ensaya ahora el teatro polémico, ya acostumbrado desde años atrás en Europa y en la Argentina. Se representó para primera prueba *INTIMIDAD* de Juan Víctor Pellerín. El Dr. Alcides Spelucín dió a la concurrencia explicaciones sumarias sobre la estructura y el significado de la obra. Y luego, se inició la discusión con la intervención de los espectadores. Es un procedimiento que educa al público y les sugiere a autores y actores, con mayor eficacia que muchas críticas anodinas, las propias fallas.

El teatro en el atrio

LA Asociación de Artistas Aficionados, bajo la dirección eficaz de Edmundo Barbero, representó en el atrio del convento limeño de San Francisco, para el invitado oficial del palco, para el vecino del balcón frontero y para el transeúnte de la calzada, la fábula religiosa *SANTA ROSA DEL PERÚ*, de Agustín Moreto y Cabaña. Fué un espectáculo sumamente evocador. Acaso el criterio para las representaciones al aire libre sea otro. De todas maneras, el público numeroso vivió instantes de fuerte emoción artística. Retrocedimos con la imaginación cinco, seis, ocho siglos, cuando los atrios eclesiásticos eran en el mundo occidental el escenario del teatro divino y humano, luego de interrumpida la tradición griega y latina.

RELIGIÓN

EN los últimos días de Setiembre y comienzos de Octubre se cumplió en Lima el Primer Congreso Catequístico Nacional de la Iglesia Católica. Consistió en ceremonias multitudinarias, de gran espectáculo, con misas, comuniones etc., y en reuniones de estudio sobre temas religiosos. La Iglesia peruana desplegó intensa actividad en los días señalados. Clausuró sus actos públicos el Congreso con la representación popular del drama CREO EN DIOS, de calidad literaria y artística inferior a la jerarquía asumida por el resto de la celebración.

Procesiones habituales

OCTUBRE ha sido en Lima y alrededores el mes de las procesiones católicas que vienen realizándose tradicionalmente como signos de devoción popular.

La más importante, la del Señor de los Milagros, que cumplía exactamente sus 200 años de celebración. Todo el mes lucieron hombres, mujeres y niños los hábitos morados de esta devoción, originada, como es sabido, en la milagrosa salvación de una imagen del Señor en un terremoto limeño. En la semana y media del 19 al 29, la imagen venerada fué trasladada de templo en templo de Lima, en andas de plata, con cortejos inmensos, señalados por la casi unanimidad de los hábitos morados y por la preponderancia de las gentes de color.

Las otras tres procesiones importantes del mes fueron la de la Virgen de la Legua, del Callao a Bellavista, y la del Carmen y la del Señor del Mar, por el Callao, todas con numerosa congregación de fieles, la última, dedicada especialmente a rememorar al terremoto de 1746, de recuerdo imborrable en el puerto chalaco.

MÚSICA

EN Buenos Aires, hace algunos años, tuve ocasión de escuchar por radio las clases grabadas en castellano de la Escuela del Aire inglesa. Uno de los muchos cursos transmitidos fué el de difusión musical, con comentarios y ejemplos. Más tarde, asistí también, como alumna de Media, a varios conciertos sinfónicos propiciados por el gobierno chileno en pro de la cultura artística de su pueblo; y creo que no me equivoco al afirmar que el propósito de

aquellos conciertos se logró, al menos en gran parte: los entonces colegiales, aprendimos en forma práctica, sencilla y amena, los rudimentos de la técnica musical y los elementos de la orquesta moderna. Por eso vi con agrado, este año, en Lima, la noticia del ciclo de conciertos gratuitos para alumnos secundarios auspiciado por el Ministerio de Educación Pública. Recordando el provecho adquirido por mí en otro tiempo, y con algo de nostalgia en el recuerdo, asistí a la semana de conciertos escolares limeños.

La primera desilusión experimentada fué contemplar el austero Teatro Municipal semivacío. En las galerías, los pocos chiquillos asistentes no perdían el tiempo: sin una vigilancia discreta, unos se dedicaban con éxito al aeromodelismo, otros, menos laboriosos, paseaban su intranquilidad por los vacíos y chirriantes asientos. Distracción infantil lógica: no se despertó en los niños el interés necesario con una instrucción previa acerca de lo que iban a oír. Tampoco se le ocurrió a nadie hacerles conocer por separado los instrumentos. Ni siquiera iban al teatro acompañados por el maestro de música del colegio, sino por el de mejor voluntad que se ofreció graciosamente. Sólo se obtuvo pues atención del auditorio con la ejecución de la "Marcha del Toreador" de CARMEN, de colorido aparatoso, si bien de discutible profundidad. El resto del programa fué inadecuado para una educación desprovista de antecedentes al respecto.

A la salida del teatro, finalizado el concierto, pregunté a un grupo de niños, ante la maestra, si les había agrado el programa, y me respondieron que "habría sido más entretenido escuchar algunas marchas militares". Es natural: si de las marchas, polkas y vales vieneses que se ofrecen en las retretas dominicales de la plaza, se quiere saltar sin transición y sin preparativos a las cumbres de la música sinfónica, el novicio preferirá permanecer en lo primero. Esperemos que para otra vez se remedie el defecto y tenga mejores resultados la abnegada labor de la Orquesta Sinfónica Nacional.

No podemos desconocer que viene colaborando en ese mal efecto la fiebre tropical de nuestras emisoras radiales. Sin duda, tiene que haber horas del día dedicadas a la música ligera; pero eso de levantarse, a la mañana, y acostarse, a la noche, al son de una conga o a los quejidos de un melifluido cantor de boleros, es para torturar y para embrutecer. Son escasos los minutos que nuestras radiodifusoras dedican a la divulgación musical superior; y cuando transmiten una obra de calidad, si no la cortan a capricho para continuarla al día siguiente, le arriman tantos avisos

comerciales en las coyunturas, que la fisonomía del conjunto se borra a los oídos del oyente. Por lo demás, escasas veces se anuncian debidamente los nombres de la pieza y de los movimientos: en vez de un título musical, le queda a uno la receta de una sonrisa brillante o del mejoramiento súbito del hígado.

Especialmente la Radio Nacional, que es institución oficial, debería ofrecer programas orientados en la educación artística del pueblo. Todas las radios oficiales, en otros países, cumplen un fin superior de educación y de esparcimiento, empezando por no transmitir avisos comerciales. Entre nosotros, Radio Nacional transmite por lo menos tantos avisos como cualquier emisora particular, pasa diariamente menos música selecta que algunas estaciones privadas, y el domingo a la tarde no se priva de relatar el único partido de fútbol que se juega en Lima y que relata al mismo tiempo casi toda la red local: ¡no hay más remedio que escuchar el sempiterno partido... o apagar el radio! Alguna vez se le da al radioescucha la opción de sintonizar una carrera de caballos, con el *sport* más o menos magro de cada prueba.

Debo recordar a propósito, que en Santiago de Chile se decretó últimamente, para cada emisora radial, un mínimo diario de música selecta, de divulgación general y de música típica, y un máximo de avisos comerciales, de espectáculos públicos y de bailables. Podríamos seguir el ejemplo. Y al propiciarlo, queremos consignar la excepción local de Radio Selecta, cuyos buenos programas y moderadas tandas de avisos son el mejor remedio para las dolencias hepáticas. — N. S.

COSTUMBRES

EN coincidencia con la celebración del Señor de los Milagros, tuvo Lima su habitual Feria de Octubre, con hábitos religiosos, vivanderías callejeras, carreras de caballos, concursos de canciones criollas, toros etc. A estar al juicio de los entendidos, las corridas de toros proporcionaron a la afición emociones poco acostumbradas. Recordamos de los anuncios callejeros algunos nombres como Bienvenida, Rovira, Procuna, Armillita, de toreros, al parecer; y también algunos títulos de crónicas periodísticas: "Tarde de clamor", "Procuna y Rovira enloquecieron al público con faenas inmortales en la corrida de ayer"...

Deportes populares

EN Lima, como en otras capitales de América, el deporte más popular es por ahora el fútbol, aunque cuentan con crecida y creciente afición también el *volley-ball*, el *base-ball*, el *basket-ball* y el *box*. No es momentáneamente el fútbol peruano lo que fué en otros tiempos, cuando una trampa memorable le arrebató el triunfo olímpico en Berlín; pero aun es, después de los rioplatenses maestros, de los más calificados del Continente. En su campeonato bastante irregular del año se clasificó campeón el equipo del Club Atlético Chalaco, uno de los dos fuertes representantes de la afición del Callao.

Se apronta ahora el fútbol peruano para concurrir al próximo campeonato sudamericano de Guayaquil, donde seguramente hará un buen papel.

El atletismo nos brindará dentro de pocos días, con los Juegos Bolivarianos que se preparan, una gloriosa fiesta, brillantemente preludiada por la Olimpiada del Colegio Universitario, cumplida en el mes de Octubre.

Señalemos, para estímulo de los aficionados, dos proezas deportivas peruanas: la de Daniel Carpio al cruzar el Canal de la Mancha, y la de Santiago Ferrando al llegar segundo del uruguayo López Testa en la final de los 100 metros llanos, en Buenos Aires.

Colaboración

Celebración
del 4º Centenario Cervantino



*Miguel de Cervantes
Saavedra*

ESPAÑA y América han celebrado el cuarto centenario del nacimiento de Cervantes. Cada cual lo ha hecho a su gusto y según sus posibilidades. Ni posibilidades ni gusto han sido siempre favorables a la participación del pueblo en la celebración. Una vez más pues, en muchos años, Cervantes ha debido permanecer secuestrado en las academias. Pero "la vida es breve y el arte es largo" y alguna vez se impondrá el arte a la vida.

El Perú ha estado presente en la celebración y no podría reprochársele haber sido el más académico de la fiesta. Quizás, al contrario, pueda enorgullecerse el Perú de haberse acercado más que nadie al otro extremo, no por expresa decisión antiacadémica, sino por natural sentido popular.

Como es lógico todavía, la celebración peruana cervantina se concentró, sin exclusivizarse, en Lima. La Universidad del Cusco rindió homenaje a Cervantes en todo su curso lectivo del año; en las otras universidades nacionales hubo también significativos actos de reconocimiento a la memoria del insigne creador del QUIJOTE; los hubo asimismo en otras instituciones culturales del país. En Lima, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos centró una intensa serie de actuaciones colectivas o individuales.

Durante la semana del 6 al 11 de Octubre, en el General de la universidad sanmarquina se dieron conferencias sobre Cervantes a cargo de profesores de la Facultad de Letras, todas ellas escuchadas por multitudes de estudiantes, por maestros y por toda clase de gente interesada en la cultura, que ya tiene por hábito concurrir a las cátedras de San Marcos.

Inició la serie el profesor Dr. Augusto Tamayo Vargas, quien disertó con gran erudición sobre "Cervantes, síntesis de la cultura española". Un expresivo resumen de la historia de España, con el acento puesto en sus características culturales, sirvió de base a la disertación, dedicada luego a ubicar a Cervantes en la conjunción sintética de los mundos clásico y romántico.

El profesor Sr. José Gabriel disertó luego sobre "El amor a los niños en Cervantes", revelado en el QUIJOTE, en varias NOVELAS EJEMPLARES, en algunas comedias y entremeses, pero sobre todo en RINCONETE Y CORTADILLO, donde el autor juega a los ladrones con dos niños y se los lleva bajo la capa cuando le parece que pueden peligrar en una cofradía del hampa.

El Dr. José Jiménez Borja, profesor y decano de la Facultad de Letras, leyó un exquisito trabajo sobre "Pri-

mor y esencia del PERSILES", en el que la novela póstuma de Cervantes aparece como una representación artística de la Contrarreforma, que a su vez, según el disertante, es una síntesis del Medievo y del Renacimiento, con el hombre libre respecto de sí mismo, pero sometido a una entidad superior, y cuyos pecados se redimen en la visita a Roma eterna.

Cerró la serie el profesor Dr. Luis Alberto Sánchez, rector de la Universidad. Fué su conferencia una fina sátira a la erudición papelista que todavía ronda a Cervantes, y una vigorosa explicación del desdén que en el Perú colonial se observó para con el magnífico creador, anticortesano por excelencia, admirado más tarde por la intelectualidad peruana de la liberación.

Realizadas las conferencias (la última de ellas con la adición de un delicioso concierto musical en el mismo General de San Marcos), el Teatro Universitario sanmarquino puso en escena, en el Municipal, la tragedia NUMANCIA de Cervantes, realzada con la colaboración del cuerpo de baile, dependiente, como el teatro, del Departamento de Extensión Cultural.

La representación de la NUMANCIA constituyó una velada memorable. Con todos los defectos técnicos que pudieran notársele a una actuación de gente aficionada y primeriza, fué un espectáculo de altísima calidad artística, realizado aún por la oportuna presentación del profesor Dr. Manuel Beltroy, con palabras elocuentes sobre la significación del teatro cervantino y especialmente de la pieza escogida.

Fuera de San Marcos, hubo otros homenajes también calificados. Los inauguró la Asociación Nacional de Escritores y Artistas, que patrocinó la conferencia de José Gabriel sobre "Cervantes en Argel", conferencia en que el autor, por primera vez en el mundo, habló detenidamente de la cueva cervantina que aun se conserva en la ciudad mora del Mediterráneo, y dió al cautiverio argelino de Cervantes un sentido muy diferente del habitual, destinado a hermanarse con la ignorada España que pudo inspirarle al austero autor del QUIJOTE el primoroso libro LAS SEMANAS DEL JARDÍN, dos veces prometido por él y seguramente no escrito. También esta conferencia estuvo sazonada por un ameno concierto de música española de cámara, a cargo de los concertistas Bronislaw Mitman y Hans Lewitus, de la Orquesta Sinfónica Nacional.

La Casa del Pueblo ofreció con el entremés de Cervantes LA CUEVA DE SALAMANCA y el anónimo LOS HABLADORES, representados al aire libre, ante un concurso popular numerosísimo, un espectáculo extraordinario, que

hacía recordar gratamente los tiempos heroicos del teatro español, con las funciones en los "corrales" célebres, y seguramente habría sido de todo el agrado de aquel que no olvidaba nunca haber iniciado su educación teatral en las representaciones callejeras de pasos de Lope de Rueda. El profesor de San Marcos Dr. Alcides Spelucín pronunció una adecuada introducción al acto; el rector de la Universidad de Trujillo, Dr. Antenor Orrego, leyó un sustancial trabajo sobre el idioma del pueblo y el idioma académico, y uno de los actores de la compañía de la Casa del Pueblo recitó una inspirada oda del Dr. José Gálvez, Vicepresidente primero de la República, a Cervantes.

La Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua, en sesión solemne, después de un discurso del Ministro de Educación, Dr. C. Losada y Puga, escuchó un trabajo cervantino del académico Dr. Oscar Miró Quesada, leído por el secretario del cuerpo, Dr. José Jiménez Borja.

La Sociedad Amigos de Cervantes celebró ante el monumento público a Cervantes en Lima, un homenaje que contó con la prestigiosa presencia del Presidente de la República, Dr. José Luis Bustamante Rivero, ministros nacionales, diplomáticos, otros funcionarios, intelectuales y numerosa concurrencia popular.

La Pontificia Universidad Católica del Perú participó dignamente en los homenajes con una conferencia del Rvdo. P. Rubén Vargas Ugarte, una exposición cervantina y una celebradísima representación de los entremeses *EL VIEJO CELOSO* y *EL JUEZ DE LOS DIVORCIOS*, a cargo de la Escuela Nacional de Arte Escénico.

En el Instituto Peruano de Cultura Hispánica disertaron sobre Cervantes el director, Dr. Honorio Delgado, y el Dr. Pedro M. Benvenuto Murrieta; en la Sociedad de Neuro-Psiquiatría, el mismo Dr. Honorio Delgado y el Dr. Carlos Gutiérrez Noriega, este último sobre aspectos psiquiátricos del QUIJOTE; en la Asociación Cristiana de Jóvenes, el Dr. José M. Requena, sobre "El pueblo y lo popular en el QUIJOTE", el Dr. Vicente Alamo Ibarra, sobre "Profundidades del alma de Don Quijote", y José Gabriel, sobre "La juguetería de Cervantes"; en Insula, el Dr. Alberto Tauro, sobre "La imprenta en el QUIJOTE"; en todos los institutos nacionales de enseñanza hubo conferencias cervantinas.

El Ministerio de Educación Pública resolvió editar una antología cervantina destinada a libro de lectura en los Colegios y Escuelas de la República, y celebrar un concurso literario sobre Cervantes.

La Escuela Militar de Chorrillos también le tributó a Cervantes su homenaje, con una conferencia del Profesor Francisco Cadenillas.

En el periodismo limeño, donde han aparecido amplias notas sobre la vida y la obra de Cervantes, se destacaron dos trabajos medulares: el del profesor Dr. Raúl Porras Barrenechea, afamado historiador, sobre "El QUIJOTE, sátira contra la conquista de América", y el del joven periodista y estudiante universitario Manuel Scorza, sobre "Presencia y símbolo de Don Quijote de la Mancha". Publicado el primero de estos trabajos en el diario "El Comercio", con otras notas literarias y gráficas a propósito, sostiene que Cervantes quiso simbolizar en el fracaso quijotesco la onerosa empresa de la conquista americana, por lo cual, opina el autor, Cervantes, que tan presente tiene en otras obras suyas el Nuevo Mundo, lo omite enteramente en el QUIJOTE. El segundo trabajo apareció en el diario "La Tribuna" y está orientado en neto sentido popular, con la justa observación de que "Don Quijote sabía, como lo saben los héroes y los visionarios, que no estaba en los palacios ni en las mansiones su misión redentora".

La dirección de la Biblioteca Nacional organiza para el próximo mes de Diciembre una exposición de ediciones cervantinas, sobre cuyas vastas posibilidades, a pesar de la enorme merma que significa la destrucción del viejo caudal de la biblioteca, ha dado interesantes noticias periodísticas el director de la institución, Dr. Jorge Basadre.

En los festejos realizados en España por la Real Academia de la Lengua, representaron a la Academia Peruana Correspondiente los doctores Aurelio Miró Quesada Sosa y Guillermo Hoyos Osoreo.

Publicamos a continuación el discurso del Decano de la Facultad de Letras, Dr. José Jiménez Borja, en el General de San Marcos, sobre el PERSILES. Sucesivamente publicaremos el del Rector de la Universidad de San Marcos, Dr. Luis Alberto Sánchez, titulado "Preludio cervantino", el del catedrático Dr. Augusto Tamayo Vargas, "Cervantes, síntesis de la cultura española", el del Director del Instituto de Periodismo, Sr. José Gabriel, "El amor a los niños en Cervantes", etc.

Primor y Esencia del PERSILES

ENTRE las obras de Cervantes, la novela TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA. HISTORIA SEPTENTRIONAL no solamente es la última y póstuma, sino la cifra pura, exquisita y armónica de toda su vasta y compleja producción. Es la que, de un lado, sintetiza la calidad estética y, de otro, encierra la concepción del mundo y de la vida del genial escritor. Por eso mismo ha sido la más olvidada. En general Cervantes fué reconocido tardíamente en toda su luminosa significación, lo que Azorín ha expresado certeramente con la frase: "El QUIJOTE lo escribió la posteridad". Los coetáneos se mostraron consciente o inconscientemente desafectos o despectivos para este y sus demás libros cardinales. Espíritus tan selectos como Lope de Vega, Gracián y Suárez de Figueroa los fulminaron con incomprensivos juicios. Lope sostuvo que "entre los poetas no había ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabara DON QUIJOTE". Los que en algo estimaron su famosa creación, como sucedió con Quevedo, lo hicieron con aprecio del humorismo externo, sin ahondar su sentido profundo. En el PERSILES la valoración ha recorrido un camino mucho más lento y penoso, a través de tres siglos, sin que lo hayan percibido los románticos del siglo XIX alemanes y franceses que vibraron de entusiasmo frente al resto de los volúmenes, ni mucho menos la crítica realista. Ha sucedido con él lo que con la pintura del Greco o la segunda manera de la poesía de Góngora, que no encuentran aficionados por más de dos siglos y atraviesan un desierto de indiferencia hasta alcanzar la sensibilidad del siglo XX. Solamente desde hace pocos años ágiles inquisiciones y permeables estimativas están captando la trascendencia de su mensaje. A nuestro modo, podemos afirmar que se ha principiado a escribir el PERSILES.

El libro apareció publicado en 1617, un año después de la muerte de Cervantes, y constituye un documento patético de los últimos días de su autor. El esfuerzo de redactarlo y de pulirlo fué paralelo con el debilitamiento fi-

sico y la enfermedad del anciano. Las páginas finales, abreviadas y casi trucas, parecen sufrir el golpe acezante de la agonía. La Dedicatoria al Conde de Lemos está fechada el 19 de Abril de 1623, cinco días antes que expirase y cuando, recibida la extremaunción, esperaba serenamente el tránsito final sin que le abandonase aquel fino humorismo con que parafrasea un viejo romance:

Puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.

Ya en la Dedicatoria de la Segunda Parte del QUIJOTE, al mismo Conde de Lemos, fechada en Octubre de 1615, Cervantes anuncia que terminará el PERSILES dentro de cuatro meses o sea en Febrero siguiente. Está claro que la enfermedad que le sobrevino pronto y que lo obligó a tristes viajes en busca de mejor clima, debió de retardar la anunciada conclusión del libro "el cual ha de ser, añade, o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo* porque según la opinión de mis amigos ha de llegar al extremo de bondad posible". Fincaba pues, el autor gran esperanza en esta obra madurada por tanto tiempo y con tanta delectación creadora, y aunque al principio de su referencia la pone en el dilema de que sea la peor o la mejor, luego rectifica con plena consciencia de su mérito y la eleva a la categoría de suprema excelencia en que realmente la juzgaba.

La arquitectura de la narración pertenece al género de las novelas bizantinas —tan en boga en aquel tiempo— caracterizadas por la rapidez y la copiosidad de la acción, por el misterio y la sorpresa, por la sucesión portentosa de naufragios, incendios y otras catástrofes análogas, así como de matrimonios, muertes y nacimientos inesperados, en un ambiente de geografía y sociedad variables al infinito que sólo se podría comparar con la audacia del cine drama moderno. Las fuentes más próximas fueron las novelas de este tipo TEÓGENES Y CARICLEA de Heliodoro, y CLITOFONTE Y LEUCIPE de Aquiles Tacio —la primera, según propia confesión de Cervantes, y la

segunda según la crítica autorizada— ambas modelos de aquel torrente ingenioso y enigmático de sucesos que mantenía el espíritu del lector constantemente en suspenso, pues no terminaba de salir de una emoción subyugante cuando ya tenía que embarcarse en la próxima. De la novela de Aquiles Tacio, de conformidad con la versión española de Alonso Núñez de Reynoso bajo el nombre de *HISTORIA DE LOS AMORES DE CLAREO Y FLORISEA* extrae Cervantes, en la opinión de Menéndez y Pelayo, la idea de los amantes que hacen pacto de figurar y tratarse como hermanos, en tanto se cumple la ocasión oportuna para el matrimonio, idea que es fundamental en el nudo del *PERSILES*. Asimismo coincide la intervención del rival Menelao en un libro con la del Príncipe Arnaldo en otro, a más de otras semejanzas que es corriente encontrar cuando, tratándose de todas las grandes obras, se examinan bajo el lente de la erudición los remotos predecesores y las influencias y mixturas literarias.

La fábula cervantina está arquitecturada en cuatro libros, de los cuales son más latos y pausados en la acción los dos primeros; más breves y acelerados los segundos. Respectivamente, los libros primero y segundo, tienen veintitrés y veintidós capítulos; los libros tercero y cuarto, veintiuno y catorce. Es notoria la densidad de hechos que hay en estos últimos en contraste con su apretada concisión, particularmente en el libro final. No obstante, la estructura del conjunto es armónica y se subdivide en partes iguales, mitad a mitad, formando desde el primer golpe de vista un dualismo equilibrado. Los dos primeros libros tratan de aventuras en mares e islas del Septentrión —de aquí el subtítulo de la novela: *HISTORIA SEPTENTRIONAL*— en medio de contornos y hombres imaginarios que se pintan como bárbaros; los dos segundos, se concretan a acontecimientos en el medio conocido y realista de Europa a través de un viaje por Portugal, España, Francia e Italia. Ambas partes forman como dos columnas diversas pero simétricas que une un mismo arco de significación magna. El argumento es sencillo y a la vez complicado como el gran arte del Seiscientos que encierra dentro de sobrias líneas un mundo hirviente

y contorsionado de las más raras y contradictorias figuras. El asunto de fondo son los amores de Persiles y Sigismunda, amores que luchan por verse cumplidos en el matrimonio perfecto, a la luz de la virtud cristiana, contra los cuales se empeñan en una lucha que parece sin fin los hombres y los elementos. En torno a este designio, tan simple en su pureza, se van moviendo y enredando las hebras de un acontecer geológico y social en convulsión gradualmente patética. Veamos a la ligera cómo se desenvuelven tan peregrinos sucesos. Para ello tendremos que aclimatar el espíritu con el ambiente ingenuo de las ficciones legendarias y darle la agilidad de la adolescencia para que siga la trepidante carrera de las aventuras bizantinas.

Persiles es Príncipe segundón de Thule y Sigismunda Princesa de Frislanda y heredera del trono. Sigismunda debía casarse con Magsimino, hermano mayor de Persiles y a su vez heredero del trono, quien se enamoró de la joven sin ser correspondido, con tanto ímpetu que enfermó de gravedad. En cambio Persiles y Sigismunda están mutuamente enamorados. La Reina Eustaquia, madre de Persiles, convence a éste y a Sigismunda de que hagan una peregrinación a Roma. Estos parten para tan largo viaje y se prometen casarse, una vez cumplido el voto que envuelve la peregrinación. Mientras tanto formulan el convenio de aparecer como hermanos y vivir como tales en sus relaciones más íntimas. La peregrinación concluye felizmente después de una selva inextricable de peligros, y Persiles y Sigismunda se casan en Roma, poco después de que ha llegado a la Ciudad Eterna Magsimino en seguimiento de Sigismunda y fallece, no sin antes perdonarlos y bendecir la unión.

Pero todo esto se llega a saber sólo al final de la novela. De acuerdo con la técnica de Heliodoro y Aquiles Tacio, los lectores asisten al espectáculo de la pareja de hermanos misteriosos en quienes únicamente se adivinan algunos rasgos desconcertantes de idilio sexual. Sus nombres han sido trocados; no se llaman Persiles y Sigismunda, sino Periandro y Auristela y tampoco se sabe si son Príncipes y de qué naciones, aunque se presiente la gran-

deza de su origen por la prestancia innata que dignifica su aire. Al principiar el relato, Periandro sale del fondo de una mazmorra en que lo tienen encerrado los bárbaros de la isla, innominada como casi todas las de este nebuloso confin. Surge así a la luz solar la belleza del mancebo que compite y no tiene nada que envidiar a aquella belleza varonil, sobrerreal, que se exalta más tarde con relieves de escultura semidivina durante el desarrollo de unos juegos atléticos y que es la del mundo idealizado del Renacimiento en su último trance, el de LAS SOLEDADES de Góngora, aparecidas en 1610. Aquellos bárbaros que aunque nórdicos tienen mucho de americanos —Cervantes vivía entonces la influencia de los relatos de Indias— son crueles y primigenios, pero en el fondo leales a los instintos más nobles. Custodiado por varios de ellos, conducen al cautivo a una balsa y se hacen mar afuera, pero la tempestad quiebra la balsa y Periandro queda sólo y se salva en un fragmento de ella. Lo recoge el barco del Príncipe Arnaldo. El Príncipe Arnaldo es el heredero del Reino de Noruega y, lejos de su corte, vaga por el mundo en busca de Auristela, Sigismunda. Esta vino a poder de Arnaldo, como esclava, en virtud de extraños acontecimientos, y Arnaldo se prendó sin remedio de su hermosura que no tenía igual en el mundo y que era tanta como su discreción y sus desdichas. Pretendía hacerla reina, pero un día, mientras paseaba por la playa, la robaron unos corsarios que andaban por esos mares. Arnaldo y Periandro se conciertan en la búsqueda de Auristela. Desde entonces la pareja de falsos hermanos, Persiles y Sigismunda o Periandro y Auristela, va a asociarse con el pretendiente comedido, honesto y respetuoso, viéndolo de tiempo en tiempo alejarse y aproximarse a su imposible ideal, hasta el necesario apartamiento del epílogo, llamado a Noruega por sus deberes de Príncipe, en una jerarquía de honor y amor, como en el teatro calderoniano. Periandro y Auristela se reúnen en una nueva isla, donde un español ha formado una familia bárbara y cristiana, familia que los acoge como huéspedes y luego los salva del general incendio y de la guerra que se desatan en la isla por ambición política de unos indígenas contra otros. Salen de la

isla, ya en grupo nutrido de europeos y bárbaros occidentalizados, y se hunden de peripecia en peripecia, haciendo descansos cortos pero suficientes para que cada uno cuente a los demás su particular historia, lo que abre una serie de medallones particulares en el friso de los trabajos comunes, como en el QUIJOTE, pero con más ensambladura y relación con el asunto principal. Surgen así muy nítidas las personalidades de los miembros del grupo, cada uno en su talladura psicológica. Conocemos al español Antonio que tuvo que huir de su país por cuestiones de honra dirimidas con la espada; ira y soberbia de un momento que determinan la suerte de la vida. Nos familiarizamos con Rutilio, italiano, maestro de danzar que lo fué de la hija de un rico caballero florentino y sucedió —dicho sea con su propia retorcida delgadez— que “entré a enseñarla los movimientos del cuerpo; pero movila los del alma, pues como no discreta rindió su alma a la mía”; escapóse de casa de sus padres; la justicia los detuvo y encontrando al galán culpable lo condenó a muerte; huyó de la cárcel por el aire llevado sobre el manto volador de una hechicera y ahora está en el torrente devorador de la aventura. La tentación de la lascivia fué la causa. Nos acercamos a Rosamunda, “aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impúdicas costumbres hay largas historias” y que conquistó el poder a trueque de la sensualidad. Llegando tan alto cayó tan bajo que fué extrañada del Reino. Nos informamos de Clodio, el cortesano también inglés que es el espíritu de la suspicacia y la censura sin normas, y que ha sido igualmente deportado, quien de sí mismo decía: “tengo un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre; deléitanme las maliciosas agudezas y por decir una perderé yo, no sólo un amigo, pero cien mil vidas”. Nos adentramos en el alma de esta y aquella personalidad que llega y se incorpora al grupo aventurero, con un carácter fantasmagórico al principio, pero que luego pule su perfil y asienta su apostura. Al principiar el libro tercero que abre la segunda parte, como dejamos dicho, los viajeros desembarcan en Lisboa. El grupo se ha reducido y es más homogéneo. El ambiente es

amistoso y noble: la civilización sucede a la barbarie, lo acostumbrado a lo exótico; pero el realismo es sólo en el escenario de la naturaleza y la cultura. El capítulo II lleva por título: "Empiezan los peregrinos su viaje por España: sucedenles nuevos y extraños casos". Y el capítulo XII: "En que se refiere un extraño suceso". El fondo es realista pero la acción, como puede colegirse de estos títulos y de otros análogos en abundancia, es superrealista, sobrepasa mediante una dinámica milagrosa el concatenamiento ordinario de la vida. Aquí la vida está llena de extraños casos y extraordinarios sucesos. Es el mismo doble plano del QUIJOTE, la visión realista de Sancho y la idealista del hidalgo, que a su vez era síntesis relativa de los géneros opuestos picaresco y pastoril. En el PERSILES ambas visiones se conjugan en la síntesis absoluta: todos ven normalmente el mundo, sin alucinaciones ni delirios, pero todos se ven impelidos por una máquina de epopeya, por un torbellino de magia. Los cometidos humanos, unos tras otros, pasan en ferviente cascada sobre el cauce conocido de la Europa del siglo XVI. Lo funambulesco danza sin oposición sobre la tierra verdadera pero dócil a la maravilla. Es como si los molinos de viento, sin convertirse en gigantes, se hubiesen dejado vencer por DON QUIJOTE —puesto de lado aquel terco viento que movió sus aspas en el campo de Montiel— y el universo le hubiese ofrecido una masa plástica para el moldeamiento de sus sueños. Sancho habría dejado de ser la antítesis de su amo, desaparecida la contemplación bipolar de las cosas que reina en la famosa novela. El PERSILES hubiese sido el mundo ideal de Don Quijote. Los peregrinos llegan finalmente a Roma. Llegan también Magsimino y Arnaldo y otro pretendiente, el Duque de Nemurs, quien ha conocido a Auristela por retrato. El Duque es pretendiente débil porque no es el enamorado de la mujer sino el enamorado del amor. Ha encendido sus sentimientos frente a la imagen, frente a la entelequia, y se elimina a sí mismo fácilmente. Quedan Magsimino y Arnaldo. Magsimino está moribundo. Arnaldo —como vimos— se plantea el conflicto honor-amor y cede —por ahora— al cumplimiento de sus deberes de Estado, marchándose a Noruega. El voto está cum-

plido con la oración ofrecida en la Basílica de San Pedro, junto al Romano Pontífice, y parece que, allanados todos los inconvenientes, el matrimonio de Persiles y Sigismunda, ya vueltos a los nombres que les son propios, va a realizarse de inmediato. Pero surge un problema de conciencia. La espiritualidad de Sigismunda se ha ido ahondando y afinando. Procede de un país donde no se practica el cristianismo en toda su integridad y su pureza. La peregrinación ha sido también un proceso de catequesis y ascensión mística. El coloquio entre fraterno y amoroso con Persiles resultó a menudo un cambio de ideas e inquietudes celestes. Ya en Roma, recurrieron a los penitenciaros como a la voz oficial de la Iglesia, con quienes Sigismunda hizo confesión entera y "quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciaros, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los misterios de nuestra santa fe" para lo cual principiaron "por la envidia y soberbia de Lucifer y de su caída con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos" hasta terminar en el poder del Sumo Pontífice "visorrey de Dios en la tierra y llavero del cielo". "Estas lecciones así alegraron sus almas que las sacó de sí mismas y se las llevó a que paseasen los cielos, porque sólo en ellos pusieron sus pensamientos". En estas circunstancias, Sigismunda cree que la perfección está en la vida monacal con renuncia del mundo y solicita de Persiles que le devuelva su palabra de matrimonio. Hay entonces un drama sentimental, expuesto con muy finos matices, entre los amantes, que se resuelve con la decisión final de matrimonio. Antes, Persiles ha caído herido y está a punto de expirar. Parece, por un momento, que todo acabará sombríamente con la muerte del gentil caballero, como en el QUIJOTE. Pero Cervantes tiene en su agonía benevolencia y optimismo, una como dulce reconciliación con la vida. Persiles y Sigismunda pasan *trabajos*, pero no son inútiles ni sarcásticos como los del hidalgo manchego. Persiles pudo morir y Sigismunda pudo no ser venturosa. Mas, son las palabras finales del libro, "sosegóse su espíritu, cumplió su voto y vivió en compañía de su esposo

Persiles hasta que biznietos le alargaron los días, pues los vió en su larga y feliz posteridad".

En el PERSILES hay que distinguir su primor y su esencia. El primor está en la fuerza y delicadeza de un arte que rinde su floración última, con la sabiduría y la suavidad del crepúsculo; su esencia está en el mensaje doctrinario, en la tercera dimensión, la inesperada, de figuras que Valbuena Prat estima como de tabla, suntuosas y brillantes, pero erguidas sobre una superficie sin segundo plano.

El estilo con que Cervantes escribe este libro tiene las calidades del señorío estético que él era capaz de poner —al fin de sus días— en una obra dilecta, después de haber dominado todos los recursos del idioma y de los géneros de imaginación. La prosa cervantina tiene en general las notas del Renacimiento. Está construida mediante oraciones amplias y tensas, equilibradas y claras, con la luz vibrante de Italia que captó en su juventud como de los grandes cuadros de un Veronés o de un Ticiano. En el PERSILES la prosa, sobre estas notas, adquiere, aunque con discreción, la angustia de llama del estilo cespó. La oración se retuerce gentilmente como una guía de fuego y se mezcla en acordes secretos con las oraciones sucesivas. No es ya el sereno frontispicio o diorama. El escritor no ha sido insensible al surgimiento de un gran arte poético y escribe un libro poético, de intuiciones trascendentales. Está presentando historia y paisaje con espíritu objetivo, pero el temblor de una belleza nueva sacude historia y paisaje. Ardientia nueva le infunde también la pasión de una verdad superior que ha llegado para él a la síntesis. Los materiales literarios incorporados en la novela, dentro de un argumento que se prestaba a todas las recolecciones, forman en realidad un mosaico de la obra cervantina, pequeña antología y recuento de las más diversas andanzas, lo que hace variar el estilo, aproximándose o alejándose de aquel artificio a la moda que le da, no obstante, unidad al libro. Como obra de poesía propiamente dicha hay dos elegantes sonetos de forma levemente encarrujada. Uno —en la primera parte— es el que canta

en medio del mar el Manuel de Sosa Coutiño, portugués enamorado que va a morir de amor:

Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
camino aunque no usado alegre y cierto
al hermoso, al seguro, al capaz puerto
llevan la nave vuestra única y rara.

Soneto que es dichoso no de la propia sino de la ajena ventura, ya que su mal de amores es irremediable y por él perdió la vida Manuel de Sosa Coutiño, pues luego del canto del poema y de contar su desolada historia, "dando un gran suspiro se le salió el alma y dió consigo en el suelo". Otro es el soneto que —en la segunda parte— canta un peregrino anónimo con lágrimas en los ojos al contemplar de lejos la ciudad de Roma:

Tu vista, que a tu fama se adelanta,
al ingenio suspende, aunque divino,
de aquel que a verte y adorarte vino
con tierno afecto y con desnuda planta.

Pero la poesía más extensa y doctrinal son las doce estancias que —en la segunda parte también— canta Feliciano de la Voz, así llamada —casi como en un auto de Calderón— por su lindo acento y porque era la voz de la estirpe que cumple el instinto de la procreación y lo santifica después con el sacramento del matrimonio, la voz, en suma, de la humanidad que asciende del Instinto a la Gracia. Las estancias cantan a la Virgen María como la más noble concepción de la inteligencia divina, ideada en primer término dentro del plano de la creación:

Antes que de la mente eterna fuera
saliesen los espíritus alados,
y antes que la veloz o tarda esfera
tuviese movimientos señalados
y antes que aquella oscuridad primera
los cabellos del sol viese dorados....

La Virgen es ensalzada como un alcázar de altos y fortísimos cimientos de humildad, adornados de perennales fuentes y huertos recludos:

Están a la siniestra y diestra mano
cipreses altos, palmas eminentes,
altos cedros, clarísimos espejos
que dan lumbre de gracia cerca y lejos.

Lumbre de gracia porque es lo que necesita Feliciano de la Voz, la encarnación de la palabra, que dice el discurso de la nueva esperanza: "hoy que comenzó a romperse la cadena, del hierro antiguo. . . ."

Cervantes había fracasado como poeta y en el VIAJE DEL PARNASO cuenta irónicamente de sí mismo que ante la gran asamblea convocada por Apolo se encontró sin asiento y tuvo que sentarse sobre su capa en el suelo. Pero la poesía fué su afán nunca olvidado, desde el principio hasta el fin de su carrera literaria, la cultivó siempre con distinción, a ratos inspirada y finamente, y en este caso del PERSILES con entraña alegórica y clave mística. De su vocación teatral hay en el libro un retablo sutilísimo y ameno, apenas entrados los peregrinos en España, cuando en Badajoz se alojaron en el mismo mesón que "una compañía de famosos recitantes" y el poeta que "de propósito con los recitantes venía así para enmendar y remendar comedias como para hacerlas de nuevo" quedó maravillado de su historia y quiso llevarla a la escena; pero tropezó ante el problema de darle acabamiento, pues sin saber qué fin les depararía el destino no atinaba si llamarla comedia, tragedia o tragicomedia a causa de que "si sabía el principio, ignoraba el medio y el fin", indecisión que encierra el duelo de la razón y la vida, tan desenvuelto en el teatro moderno. De la novela pastoril hay varias reminiscencias: aquel rústico idilio del español Antonio con la muchacha bárbara de hasta edad de quince años que "por entre las peñas, riscos y escollos de la marina pintadas conchas y apetitosos mariscos andaba buscando", idilio de donde sale la familia bárbaro-cristiana; los esponsales de las dos parejas de pescadores en aquella comarca deleitosa "de verdes y hojosos árboles a quienes servían de cristalinos espejos sus transparentes aguas"; aquellos paisajes de la isla de las Ermitas y de la cueva de Soldino con su rumorosa evocación de Arcadia; aquella idealización de la mujer, particularmente de Sigismunda, cuya belleza se elogia como arquetipo platónico, dechado de todas las gracias y armonías, envuelta en un halo resplandeciente que pasmaba a las muchedumbres, nueva Galatea por las ciudades y los caminos del siglo XVI. De las

novelas cortas se puede decir que todo el *PERSILES* es un brillante entretejido de ellas, hilvanadas con oportunidad y acierto, sin que nunca se las sienta como intrusas dentro de la narración. Las hay de corte italianizante como la historia de la condesa Ruperta que queriendo vengar la muerte de su marido en la persona del hijo del homicida, descubrió el rostro de éste mientras dormía y ya a punto de herirlo con el cuchillo, "¡ay, dijo dentro de sí, apuesto mancebo, cuán mejor eres para ser mi esposo que para ser el objeto de mi venganza!"; y de corte picaresco, como la de Luisa y Alonso que recorre los bajos fondos sociales con regocijo satírico y objetividad luminosa. No falta entre las novelas el recuerdo de Argel en el cuadro de los falsos cautivos y en la fuga de los moriscos. Elementos tan disímiles se amalgaman con discreción y recabando cada cual sus variantes de estilo, éste mantiene siempre su elegancia y frescura, su verbosidad jugosa y fácil, su leve amaneramiento ensortijado, rico de escorzos, fugas y matices.

El trasfondo intelectual del *PERSILES* está en su naturaleza de creación barroca, producto de un momento histórico, síntoma de una angustia colectiva, norte de una creencia recién nacida, voz centradora como la del poema en estancias de la novela. El barroco es el arte esencialmente religioso de la Contrarreforma que nace con el Concilio de Trento. El arte del Renacimiento no es original como el arte de la Edad Media y como el barroco. Es sobre todo, una resurrección esplendorosa y juvenil de una belleza dormida en mármoles y piedras grecorromanos. El gótico y el barroco, en cambio, aunque utilizando en parte las formas precedentes, como sucede siempre en la evolución cultural, son la nervadura propia de una época. La Edad Media había sido espiritualista, con aspiración a lo divino y menosprecio de lo espacial y corpóreo. Su arte representativo, por eso, fuga hacia lo alto dinamizado por un ansia patética. Si contemplamos una catedral gótica, dice Worringer, "veremos un movimiento vertical petrificado, en el cual la ley de la gravedad parece anulada. Veremos un movimiento de inaudita fuerza dirigido hacia arriba, opuesto a la natural dirección de la gravedad

pétreo. No hay muros, no hay masas que nos den la impresión de realidad firme y material. Mil fuerzas particulares nos hablan, sin dejar que nos demos cuenta de su materialidad, actuando como heraldos de una expresión inmaterial, de un movimiento irreprimido de ascensión". El Renacimiento, en cambio, con una nueva concepción científico-filosófica del mundo, de raíz laica, retorna a lo material, reviviendo las leyes clásicas del equilibrio y la proporción dentro del espacio limitado. Es un arte sereno y contenido, arraigado a la tierra, cuyo sentido natural interpreta. Dentro de él predomina el palacio sobre la iglesia, el refinamiento sensible sobre la evasión metafísica. La Contrarreforma católica no desautorizó el Renacimiento en lo que tenía de humanismo legítimo, como el interés por el hombre en todas sus manifestaciones y hasta la alegría de vivir —aquel naturalismo fresco que resplandece en la luz de los cuadros del "Cinquecento"— en cuanto no perjudica los fines supremos. Pero condenó lo que Jacques Maritain llama el "humanismo antropocéntrico". Este hace del hombre una divinidad excluyente y le infunde el convencimiento "de poder abarcar la totalidad de sí mismo y de la vida, sin pasar por el camino del desprendimiento interior; de adquirir el goce sin la ascesis, la fructificación sin la poda, y sin la vivificación por la savia de aquel cuya gracia y cuyos dones pueden, únicamente, divinizar al hombre". La Contrarreforma resolvió el dualismo de Edad Media y Renacimiento fijando un "humanismo integral" en que el hombre es libre y señor de las cosas, pero el hombre y las cosas, a su vez, se refieren a un orden sobrenatural que rige y concierta todas las esferas. De aquí que la Contrarreforma originase un arte representativo, como todas las grandes estancias de la cultura. Ese arte fué el barroco, alarde prodigioso de síntesis en que se funden elementos góticos y renacentistas. Datán de entonces las catedrales que se esparcen por Europa y América y que ofrecen en su arquitectura el dinamismo y la pasión medioevales, llenando los frontispicios de una selva flamígera de imágenes, pero que lejos de desbordarse en un torrente caótico se retienen en los arcos y se reparten con ritmo severo en los distintos

cuerpos de la fachada. En la literatura son barrocos Góngora, Calderón, Quevedo, Gracián. Cervantes —considerado el más laico de todos los escritores del Siglo de Oro— es barroco en el *PERSILES*. La intensidad barroca del *PERSILES* ha sido minuciosamente estudiada, como quien analiza hasta los últimos detalles del imponente de una catedral, por el moderno crítico español Joaquín Casaldueiro en su hermoso libro *SENTIDO Y FORMA DE LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA*, aparecido este año en homenaje al cuatricentenario. El *PERSILES*, para Casaldueiro, es una joya de arte derivada del espíritu tridentino, de la nueva fe abierta como una brecha de luz para la España vencida del siglo XVII, del aprestamiento para una batalla distinta de la del imperio material y político. Don Quijote es símbolo de la derrota reciente; Persiles, de la cruzada por venir, en defensa del Reino de Cristo, tal como acaba de caracterizarlo el Concilio de Trento. El tema es nada menos que la historia de la humanidad y del hombre, acumulada barrocamente en el presente. La sucesión majestuosa de los siglos puede reducirse a un minuto dentro de la estimativa barroca del tiempo, porque siglo y minuto son iguales ante la eternidad. La primera parte del libro discurre en el mundo bárbaro; la segunda en el civilizado, oposición entre el bosque y el palacio, entre la barbarie y la cultura que el barroco resuelve en la unidad espiritual del hombre. Del fondo de una mazmorra en la isla bárbara —símbolo del mundo natural— surge Persiles en el primer capítulo del libro, con las manos atadas: es la humanidad que va a liberarse y a hacer un largo camino por el mundo hasta terminar en Roma —símbolo del mundo sobrenatural. La sociedad está representada por Antonio, Rutilio, Rosamunda, Clodio y los demás componentes del grupo, cada uno de los cuales tiene un distinto pecado: la soberbia de Antonio y la lascivia de Rutilio inauguran la marcha de los sucesos como en las entrañas de la historia. Pero el pecado se supera con el arrepentimiento y la gracia y así se resuelven la sombra y la luz, una vez más, dentro de la voluntad compendiadora del barroco, como se resuelven la muerte y la vida, el dolor y la alegría, el cuerpo y el espíritu, el

fuego y la nieve, lo inmaterial y lo corpóreo, lo varonil y lo femenino, el dualismo de todos los opuestos en la reconciliación de un designio superior a cada uno de ellos. El final de la novela es la reconciliación entre lo religioso y lo laico. Sigismunda resuelve dedicarse a la vida monacal y renunciar al matrimonio porque juzga que aquel es el único camino que conduce a la perfección. Pero reacciona y, mujer, se decide por la compañía del hombre, completando la pareja humana en el matrimonio cristiano, dentro de cuyo estado también es posible la santidad. Bajo el aliento poético que le dió siempre vibración juvenil, Cervantes murió, así, cantando a la existencia futura.

José JIMÉNEZ BORJA

Al Montevideo, Sep, 1947.

Sr.

Luis Albert. Sanchez
Lima.

Adm. de la revista de la poesía y de la literatura pura. Le mando tres cosas para que elija. El poeta uruguayo sobre quien está escrito el ditirambo, uno de los mejores y mas discutidos actualmente, debe haberle enviado ya su poema. Reciba muy atentos saludos de su amiga afma.

Mi ilustrado amigo: sorpresa de honor, ha sido para mi su carta. Donde quiera

alta sitio
llama para
participación.
ficio lo que
valores. Yo,

de segura,
sin, literatura
tres cosas,
puesto unguay
escrito el di.

res y mas de
le haberte enviado ya su poema.

Reciba muy atentos saludos de su amiga.

- 1947 - Juana de Ibarbouro.



Montevideo, Sep, 1947.

Sr. Luis Alberto Sanchez.
Lima.

Mi ilustrado amigo: sorpresa de honor, ha sido para mi su carta. Donde quiera que usted esté es un alto sitio y a quienes usted llama para acompañarlo, de él participarán. Tiene que ser magnifica la revista y de profundos valores. Yo, en lo único que ando segura, es en mi oficio: poesia, literatura pura. Le mando tres cosas para que elija. El poeta uruguayo sobre quien está escrito el ditirambo, uno de los mejores y mas discutidos actualmente, debe haberle enviado ya su poema. Reciba muy atentos saludos de su amiga afma.

Juana de IBARBOUROU

(Quedará usted asombrado del chaparrón que le cae. Prescindo de lo correcto y prefiero que usted espigue y tome para su revista lo que le parezca mas conveniente.)

Tres Altas Notas de Juana de Ibarbourou

A nuestro requerimiento, Juana de Ibarbourou, genial y generosa, nos envía sin demora, como un florilegio, tres excelentes ejemplares de su triple condición de poeta en verso, de narradora en prosa y de crítico. Nos envía por partida triple para elegir. Pero, tratándose de tan egregia personalidad ¿cómo elegir, disponiendo de todo? Aunque con cierta alevosía, pero seguros del agradecimiento de todos los lectores de SAN MARCOS, nos galardonomos pues con los tres gentiles y hermosos envíos de nuestra insigne amiga, de la amiga de toda empresa buena y bella del mundo.

Entresueño

Ola en el pecho, fría rosa de agua.
Y tu mirada sobre ella, alerta,
Oh ángel de la muerte cuya huella
Se afirma cada día entre mi llama.

Yo tu verdoso espejo desafío,
Mar que anda en mi sueño y mi vigilia,
Porque está con mi sangre confundido
Y en su reflejo me amanece el día.

Conozco sus furiosos paraísos,
En su vellón de espumas he dormido.
Cuando descienda a su honda cavadura
Entre el tumulto grave de los himnos,
En andas llevarán sus criaturas
A quien su parque azul ha preferido.

Yo sé el lívido azúcar de sus frutos
Y la desvanecencia de sus rosas.
Yo sé la luz de selva y luto
Y el vértigo desnudo
De su gran geografía zumbadora.

Iré a espigar en sus corales ciegos
Y en sus duras madreporas cerradas.
Iré a buscar los peces de metales
Y la espiral brumosa de las fábulas.

Ácida es ya la miel, cansado el ritmo
De este anhelante andar sobre la tierra.
Seco está el llanto, huída la sonrisa
Y borradas las mágicas presencias.

La Cita

VIVIERON allí una hora de amor, regalo del destino. Deslumbrados y humildes, casi no creían en aquella dicha, pobres eternos que sólo tenían la felicidad innombrada de esos minutos que de vez en cuando los dioses les arrojaban como migajas del festín de los elegidos. Él trajo una botella de champagne añejo, un lujo secreto en esos tremendos días de racionamiento que desencadenaba la guerra. Ella llegó con un brazado de flores silvestres que los dos distribuyeron en los jarrones del estudio poniéndoles agua fresca que les devolvió en seguida la gracia que la marchitez del viaje en ferrocarril les quitara por un instante. Charlaban, bebían a pequeños sorbos el vino de oro, reían como niños. Se les ocurrían las pequeñas cosas más delicadas. Ella se levantó, tomó una flor de un vaso de cristal antiguo y, besándole levemente en los labios su viril fragancia a cigarrillo, le dijo dulcemente:

—Dios me dió esta estrella para el ojal de tu saco.

Y después, él:

—Oprime bien los labios aquí, en el ángulo de mi pañuelo. Déjame, con el rojo, ahí, tatuado tu beso.

La entrega, una locura. Todos los huracanes desatados, el cielo en un minuto supremo. Dios, en los seres mínimos y enormes, cuyo suspiro debió subir hasta los pies divinos como un jadeo de la vida, que Él mismo crea, ordena y determina. Y luego, otra vez, entre grandes risas y pequeñas lágrimas, lo cotidiano y eterno en aquel hombre y aquella mujer casi fuera de la tierra porque se querían por encima de todas las filosas leyes humanas. Bebían a sorbos lentos ese vino de Francia que sólo sa-

ben beber bien los enamorados secretos. Enlazados los brazos, era como si en el champagne absorbieran su propia felicidad contada. El gran salón casi oscuro — alrededor de ellos una mínima claridad como de sueño — y los dos seres resplandecientes, palpitantes, en un mundo de sombras invisibles, curiosas y tal vez ávidas. Ella, que sintió lo extraordinario del momento único, propuso con voz que sólo debía sentir él, casi junto a su oído:

—Rompamos las copas ¿quieres? Nadie, ya, debe beber en ellas.

Asintió, conmovido. Tomó las dos copas, las unió en el hueco de su mano y la de ella, superpuestas, e impulsando los dos brazos en un mismo movimiento de arco, las dejó caer, estremecido, sobre el parquet de roble. El sonido rítmico, gemido del cristal trizado, los hizo mirarse en silencio durante un extraño minuto. Los dos creían estar en los límites de la vida. Tomó luego ella el lindo sombrero de tules primaverales, púsose él su liviano abrigo y muy juntos, cortando las sombras del gran salón al que ya no llegaba la última luz del día, abrieron la puerta y con el último beso, se separaron llenos de desolación y de dicha. Los tomó en seguida el tumulto de la multitud rumorosa del domingo, la luz de los focos eléctricos que se encendieron de pronto, las bocinas de los automóviles, la fulgente lanza de la luna, el tedio, el recuerdo, la eterna hambre del uno por el otro, el vacío del resto del tiempo, su vida de condenados. Ella suspiró:

—¿He soñado, acaso?

Y murmuró él:

—Te pierdo de nuevo. ¿Cuándo volveré a verte? ¡Qué lejos estás siempre! ¡Qué lejos y qué inalcanzable! ¡Parece esto un sueño!

Ella partió para su destino, él quedó en el borde de la vereda viéndola perderse entre la muchedumbre, triste como si supiera exactamente que no había de verla nunca más.

Pero allá arriba, en la casa, con el único resplandor de una pasión que allí se había refugiado sólo una hora entre los miles de horas de la existencia — era como si hubiesen encendido una lámpara con pantalla de seda

azul —, empezó, a una leve e inusitada luz fosforescente, a desarrollarse una escena inaudita. Las copas rotas aparecieron intactas sobre la mesa. La botella de champagne volvió a estar llena del hermoso vino burbujeante y dorado. Formas nebulosas, cabezas de niebla, se inclinaban apiñadas, empujándose alrededor de la mesa, y brazos como de un humo ligero, apenas condensado en formas que fueron humanas, alargábanse hacia las copas. Un susurro venía desde el fondo del salón, hinchándose, cobrando aliento, ritmo y sílabas:

— ¡Juan!

— Elena.

— Andrés.

— ¡Marta!

— Blanca.

— ¡Romeo!

— ¡Enzo!

— ¡Alma!

Se extendía la luz irreal y el irreal murmullo empezaba a crecer como una marea entremezclada de sollozos y de súplicas de voces sumisas y de acentos implorantes. Todos los fantasmas querían beber en aquellos fantasmas de copas. Hubiera sido otra vez el amor en la tierra, la redención o el nuevo nacimiento para un nuevo destino desolado. Pero, ¿acaso ni a los que están en la vida o más allá de ella, les importa sufrir si pueden quererse con el hombre o la mujer cuyo corazón les da lo incognoscible?

Aquellos restos de un festín de amor — el vino, los trozos de cristal, los pequeños dulces abandonados sobre la bandeja de plata, el perfume y el calor de los cuerpos tibios que quedaron, imperceptiblemente, flotando en el aire, las palabras dichas por dos bocas vivas, el arrullo en la garganta de la mujer, el latido de las sienes del hombre — todo formaba como un conjuro, y las presencias invisibles, hasta que llegara la luz del día habrían de condensarse y agruparse, seguras de que si una sola gota del vino que llenó aquellas copas, salpicase sus vagos velos, el milagro del amor y de la vida volvería a cumplirse para ellas en esa noche, única hasta entonces entre todas las noches.

EN su casa lejana, casi hasta el alba, ella estuvo llorando, desesperada e irredimiblemente insomne. A muchos kilómetros de allí, él trasnochó también hasta muy tarde, sentado en el banco de una plaza solitaria. Fumando cigarrillo tras cigarrillo, se fué luego a su laboratorio y allí permaneció casi hasta el alba, pretendiendo trabajar sin lograrlo, como si necesitase estar despierto para no morir en el sueño. Parecía como si no hubiera pasado casi nada. Es tremendamente simple, en el drama de un amor secreto, una despedida así, que siempre puede ser la eterna. Pero aquella vez tuvo un sabor misterioso, un especial sello sorprendente. Aquel hombre y aquella mujer, sentían que *esa noche* habría de esperarlos intacta en la muerte. Los pequeños fantasmas de las copas en que bebieron juntos el vino del amor, en esa hora que ellos sintieron excepcional, han de esperarlos, para el brindis sin término, en los dominios ultraterrenos.

CUANDO al otro día la mujer encargada de la limpieza del apartamento recogió los trozos de cristal, murmuró entre despectiva e indignada:

—¡Vaya una orgía! ¡Qué tiempos!

Pero guardó los dos discos de cristal del pie de las copas, que no se habían roto. Servirían para que sus nietos jugaran al tejuelo. No importa. Eran el material perecedero, mísero polvo al fin. Lo enorme es lo otro, lo que no pueden romper dientes ni garras y que escapa a toda traición y a toda muerte.

Y en la muerte, aquel hombre y aquella mujer volverán a brindar por su dicha sin tiempo. ¡Guárdales su champagne y sus copas, Dios Omnipotente!

Un excepcional CANTO DE AMOR

ES el desierto. Nada más que cielo y arena, cielo y arena, cielo y arena. El viento no puede rugir, porque no hay rocas, no puede cantar, porque no hay árboles. Nada más que el infinito limpio, puro, al servicio del canto. En su centro, nada más que el poeta con su canto, como

con una columna centelleante, ex-voto sobre la mano abierta, y ofrecida *"a la criatura más clara y de más altas transparencias que le ha sido dado hallar sobre la tierra"*. Para eso, todo ha sido cuidado y cernido, en una forja apasionada que eliminó todo elemento espurio o línea impura, a través de afanes y vigiliias cuyo aliento de fuego quemó lo innecesario y le dió esa gracia ceñida que tiene la arista y que es la perfección de la pirámide. Son octavas reales, porque no podía ser otro el molde; la octava real es el octágono castellano, y esa exacta geometría poética es la que corresponde a la actitud, la intención y la realización de la serena espiral del canto. El poeta ha labrado con rigor su poema, midiéndose voz y ademán, atrayendo a su órbita las palabras justas, buscándolas a veces en las remotas fuentes del idioma, donde se conservan más sonoras y limpias, como estalactitas, como cuarzos apenas revelados. En el vaso de Boscán, *"la sangre antigua"* hierve con la *"voluntad de canto"*, y esa voluntad socava *"en ruda entraña, el aposento de su antigua llama"*. Pero socavar es golpear, abrir, labrar, y he aquí por qué CANTO DE AMOR, entregado al oficio de Juan de la Cruz, tiene la elevada perfección de su batalla contra la imperfección.

Sobre el desierto está el poeta con su alta pirámide, morada de la luz. Y acaso el desierto esté poblado de calladas y reverentes presencias invisibles, capitaneadas por Bembo, el mismo Boscán y los clásicos españoles que amaron la octava real como la más digna joya de su nobleza.

Hay una refinada contención en cada verso del gran poema de Carlos Rodríguez-Pintos, mi egregio paisano. El ardor y la pureza se trenzan en su CANTO DE AMOR en forma tan ceñida, que la pasión humana toma contornos de mística, tal como ocurrió en el último Renacimiento:

Esta, mi voz secreta, soterrada
Bajo sigilo de apacible techo,
Y aquella, mi voz alta y sin morada,
De adormecidas huellas al acecho,
Parten la luz desnuda de su espada
En la doble paloma de tu pecho:
Al socaire se esconde de tus venas
Un delicioso miedo de azucenas.

La voz "alta y sin morada" alaba al "pecho de paloma". Es el amor humano que conquista, para su alabanza, el acento sólo empleado hasta entonces en las antífonas o en los más elevados salmos.

Contra el deseo, de gallarda lanza,
Rompe la frente su escondido nardo....

Con un pleno dominio de las finezas del idioma, el poeta, como Góngora, lleva a tan sutil extremo su soledad artística, que ya la imagen no es en él un medio de comunicación para más fácil comercio de entendimiento, sino una fascinación del propio concepto de la belleza, que no puede ir más allá del monólogo. Y así, libra al lector su obra sin cuidarse de su destino, como el espejo da el drama, como el río su tumulto de cantos. De este modo, la realización artística, por afinamiento muy sutil, llega a la posición universal de la naturaleza: la propia fidelidad libre.

Carlos Rodríguez-Pintos ofrece la música de su pecho y de su alma a su mujer y para ella "clama en el desierto". Nosotros encontramos su voz en las ondas de nuestro aire y nos aproximamos atraídos por la hermosura que ha transpuesto los límites de su dominio, como el himno que traspasa los muros del templo, se expande, y golpea el pecho del extranjero o del pagano. Ahora, en todas las "tierras de pan llevar" se puede gozar su mismo sueño. Él lo está presintiendo oscuramente:

Un agua nueva sin nivel ni dueño....

La invocación expuesta en primera persona, se hace universal, porque vamos hacia ella. El rayo de sol es directo y hacia él van los que aman su caliente claridad. Es así como también se hace universal.

Un prodigioso sentido melódico da a los vocablos, en este poema, una sonoridad especial. La imagen, de medio expresivo, se vuelve medio sensible. El castellano es labrado como un marfil. Como una torre centelleante se alza el conjunto. La "dulce luna de Francia" recibe una ofrenda digna de una infanta de España.

II

Esta vuelta a las consagradas formas del verso, sucesos que está tomando contornos de actualidad renovada y sostenida, es como la disciplina a la que se somete el creyente, luego de los desbordes de que le acusa su despierta conciencia.

Todos los "ismos", todas las formas trapezistas del verso, que han hecho de la producción de dos generaciones desorientadas por el afán de innovar, un montón de desechos de circo, como lógica vuelta a la cordura traen el retorno a la disciplina y a la medida. Así es como el soneto ha recobrado una desbordante actualidad y así es que se juega con el romance, como con el antiguo juego

del "diávolo" o las brillantes e inconsistentes pompas de jabón, tras la pajuela hueca.

Rodríguez-Pintos ha copado la octava real, disciplina de monje, y en ese ejercicio, su "levantado canto" nos entrega la riqueza de uno de los mayores poemas de nuestro tiempo. Consume "en sed futura su quebranto", y, sereno, firme, en método ascético, cuidando cada intención y cada palabra, su voz "alta y sin morada".

Su CANTO DE AMOR marca cenitalmente un momento de la poesía americana, como EL CEMENTERIO MARINO de Paul Valéry, tan incomprendido en su primera época, lo señaló en la poesía francesa de su tiempo:

La fiera voluntad guarda la puerta
Y andando en apetito de tormento....

Ese apetito de tormento que lleva a la purificación de lo íntimo y externo, al suprimir, entre el ser humano y lo divino, el tremendo río de lodo que separa de la perfección, es el triunfo.

Carlos Rodríguez-Pintos, con su CANTO DE AMOR ha llegado a "la amorosa cumbre".

Juana de IBARBOUROU

Características Criminógenas de la Guerra de 1939 - 1945¹

1. Los frentes

TODA lucha bélica tiene varios frentes, como consecuencia del frente militar. Tres de esos frentes interesan para un diagnóstico criminológico: el frente moral, el frente político y el frente económico. Los tres dejan sentir, como una dura carga, su peso específico sobre el frente criminal.

En la guerra, en toda guerra, puede afirmarse el principio general, también triple, de que la delincuencia disminuye, se desplaza o es ignorada por la justicia. Esto ocurre con una visión limitada del hecho actual de la guerra, pero si se la observa en su proyección hacia el futuro no es difícil comprobar que está sembrando, para que proliferen en él, terribles gérmenes criminógenos. Muchos de esos gérmenes se tornan infecundos, de momento, por un fenómeno de simbiosis.

Ya dijo Erasmo que "de todos los flagelos, la guerra es el peor, porque ejerce sobre las costumbres de los hombres una influencia más dañosa que sobre su persona". El legado criminal de la guerra no gravita principalmente sobre las conductas individuales, sino sobre la moral colectiva. No se traduce sólo en el aumento de la esta-

¹ Capítulo de la obra *Criminología de la guerra* que ha obtenido el premio Abramo Peixoto instituido con ocasión de la 1ª Conferencia Panamericana de Criminología. La obra se publicará próximamente en portugués en São Paulo, por la Editorial Zaráivar.

distica de los delitos, sino también en una crisis social, cuyas consecuencias pueden ser otra guerra.

El mundo de entre las dos guerras, la de 1914 y la de 1939, guarda en su interior las semillas de una guerra futura. Cuantos diagnósticos se han hecho de él y cuantas profecías han tratado de adivinar su futuro inmediato, coinciden más o menos en la idea esencial de que la primera de esas guerras despertó y vigorizó los elementos instintivos, que antes estaban reprimidos y eran inofensivos, pero que ahora, como dice Keyserling, amenazan la vida y se han constituido "en un ser independiente que desde su oscura profundidad hostiliza la parte clara y luminosa de la vida, cosa que ocasiona, tanto al alma individual como a las colectividades, graves perturbaciones de equilibrio". De la guerra de 1914 salió, según la feliz expresión del propio Keyserling, "un mundo de bronce".

En ese mundo duro coexistía con la violencia lo que Huizinga ha llamado el puerilismo, también herencia de la guerra.

Ya Barbusse, en *EL FUEGO*, había formulado la sagaz observación de que los soldados en lucha tienen para todas las cosas "una filosofía de niño"; "no miran nunca — agregaba — ni a los lados, ni alrededor, ni ante sí. Piensan al día. Hoy por hoy todos están seguros de vivir poco tiempo. Por eso, a pesar de la fatiga que los abruma, y de la carnicería reciente que los ha salpicado, y de sus hermanos, arrancados de su alrededor, a pesar de todo, a pesar de ellos mismos, viven con el goce de sobrevivir, paladean la gloria infinita de estar de pie".

Este mundo de bronce y esta mentalidad infantil asociados al pensamiento visceral, de que ha hablado Norman Angell, otorgaron unas verdaderas vacaciones a la inteligencia, según la feliz expresión de Thomas Mann. Los que se habían batido no querían repetir la dura empresa catastrófica. Los que aspiraban a batirse de nuevo contaban con este obstáculo afectivo para desarrollar con opulencia las fértiles artes del *chantage*. El mundo que nació de la guerra de 1914-1919 era un mundo paradójico en el que podían fructificar todas las formas del absurdo.

Huizinga, al diagnosticar la enfermedad cultural de ese tiempo, en su bello libro *ENTRE LAS SOMBRAS DEL MAÑANA*, reconocía que si bien nuestro horizonte de *espectáculos*, como lo llamó Carlos Mannheim, se había dilatado mucho, la elevación de una cultura no era determinada por el criterio intelectual o por el estético, sino por el ético-espiritual y la que pródigamente producía técnica y plástica no podía llamarse alta "si carecía de misericordia". La cultura que aspiraba a preponderar en ese universo decadente, con extensos islotes de espiritualidad, que eran su honor y su grandeza, provenía predominantemente de ciertos países, asistidos del máximo crédito intelectual, y era una cultura racial, inspiradora de una política orientada por un mismo signo biológico y zoológico. Este signo fomentaba la idea de que la cultura debe ser un dominio de la naturaleza, con cuya afirmación perdía su consistencia. Todo tendía a debilitar el juicio crítico y a crear mentalidades metalógicas, es decir, infantiles. Por eso Huizinga destaca como característica de ese tiempo el hecho de que muchos hombres no habían alcanzado a superar las representaciones de la pubertad. La confusión y la mezcla de lo intelectual con lo afectivo no permitían lograr victoria alguna a la primera de esas direcciones de la conciencia. Todo ello ha engendrado una crisis del conocimiento. Y el abandono del conocer, implica también "el de la norma de juzgar y con ella la del deber, pues todo juicio moral es al fin y al cabo un acto de conocimiento".

2. El mito

DE esa inteligencia infantil, metalógica y mágica brotó el mito. El mito se adapta a una fantasía cualquiera, como nota Huizinga, en la cual se incluyen conscientemente elementos del deseo y de la imaginación y se la proclama realidad pretérita, elevándola a norma de vida. Este mundo de entre dos guerras confundía desesperadamente, según el maestro holandés, el conocer con el querer. Y por otra parte, el puerilismo, que prestaba el vigor de su creencia desenfrenada a todos los mitos, es susceptible de apa-

recer en cualquier edad de la vida; lo mismo ataca a los viejos que a los jóvenes.

En este período, observa Cassirer, el mito goza de todos los favores. "La guerra, aun en las naciones victoriosas, no había tenido una solución auténtica en ningún terreno", agrega. Aunque la observación es demasiado pesimista, vale desde luego para las naciones vencidas o insatisfechas, de las que vinieron los gérmenes de la infección. Fué en el suelo de Alemania donde crecieron y se nutrieron abundantemente los mitos políticos, como observa Cassirer con su doble autoridad de filósofo y de alemán. Las situaciones insólitas y peligrosas favorecieron su germinación en las sociedades primitivas y la estimulaban ahora. "Siempre que hay una empresa peligrosa — afirma Cassirer — y de resultados inciertos, surge una magia elaborada y una mitología conectada con ella". Cuando falla la razón, quedan el misterio y el milagro.

Cassirer continúa observando las notas características de las crisis espirituales en el hombre y en la sociedad, en las que comienzan por fracasar las fuerzas racionales. "En estos momentos, escribe, se presenta de nuevo la ocasión del mito. Pues el mito no ha sido realmente derrotado y subyugado. Sigue siempre ahí, acechando en las tinieblas, esperando su hora y su oportunidad".

A ese deseo colectivo personalizado, que es el mito, según la definición de Douffé, se enlaza el "anhelo de caudillaje". Su clima psicológico, es un deseo colectivo, para el que se ha desvanecido toda esperanza de encontrar adecuado cumplimiento por el camino ordinario. La intensidad de ese deseo colectivo alcanza su expresión plástica en el caudillo. "Se declara — agrega Cassirer — que los vínculos sociales anteriores, la ley, la justicia, las constituciones carecen de todo valor. Lo único que queda es el poder mítico, y la autoridad del caudillo es la suprema ley". Todo ello constituye el triunfo de la magia, "porque si bien el hombre moderno no cree en la magia natural, no ha abandonado en modo alguno la creencia en una especie de magia social".

Por ese triunfo colectivo del pensamiento mágico el político moderno ha tenido que actuar a la vez como *homo*

mágicus y como *homo fáber*, según el diagnóstico de Cassirer; como "sacerdote de una religión nueva, enteramente irracional y misteriosa". Pero, además, estos políticos de los Estados totalitarios han debido asumir las funciones que en las sociedades primitivas correspondían al mago, adoptando una tercera personalidad, la del *homo divins*, que predice el futuro.

Nuestro tiempo ha conocido a este propósito un renacimiento de la astrología, forma de evasión que en las inciertas horas del comienzo de la guerra vimos florecer en aquellos países europeos que de ninguna manera querían volver a batirse. Cassirer observa a este respecto que ha encontrado una íntima analogía entre LA DECADENCIA DE OCCIDENTE de Spengler, que tanta boga tuvo en los tiempos decisivos de entre las dos guerras, y algunos tratados de astrología, y considera esa obra como una astrología de la historia.

Todas estas circunstancias irracionales, afectivas y por eso mismo criminógenas, son ciertas en relación con Alemania, y su poder de contagio es notorio, porque éste sólo encuentra un obstáculo invencible en el uso de la razón. Lo es asimismo que una verdadera vuelta al atavismo ha servido para estimular la acción de los factores irracionales. De su triunfo ha nacido el Estado totalitario, fecundo progenitor no sólo de la guerra de 1939, sino también de su insólita cohorte de catástrofes. En ese Estado, como diagnostica Cassirer, el ritual de la acción política se basa en la supresión de la vida privada y en la intervención oficial en todas las manifestaciones de la existencia. Sus ritos "son tan rigurosos, regulares e inexorables como aquellos que encontramos en las sociedades primitivas. Cada sexo, cada clase y cada edad tienen el suyo propio". El descuido en la práctica de los mismos supone también la desgracia y la muerte. Es la resurrección del crimen *de maiestatis*, que en la antigüedad protegía al emperador y al Imperio, y ahora al caudillo y al Estado. De hecho, insiste Cassirer, en todas las sociedades primitivas, que se rigen y gobiernan por ritos, es desconocida la responsabilidad individual. Sólo hay en ellas una responsabilidad colectiva. Lo mismo ocurre en los Estados de

caudillaje, donde se teme la infección del crimen sobre el grupo y la cobardía deja oír las voces angustiadas del miedo.

Cassirer señala como un hecho interesante el nacimiento en estos climas políticos místicos de ciertas doctrinas filosóficas, que de un modo paradójico favorecen lo irracional. Y cita el existencialismo, tan de moda actualmente en la cuarta República francesa. Su paternidad a cargo de Heidegger, que la ha compartido con la participación directa en la empresa bélica, se funda en el hecho de que el hombre es echado a la corriente del tiempo, de la que no le es posible librarse, sin alterar su curso. Por esta sinrazón, que juega el papel de una razón, es forzoso que aceptemos, como fatales, las condiciones históricas de nuestra existencia, que no nos es posible cambiar y que debemos limitarnos a comprender e interpretar. Esta posición inexorable tiene aplicaciones criminológicas interesantísimas, que van desde un nuevo concepto negativo de la responsabilidad hasta la solución teórica de un problema de tan patética urdimbre como el de la fatalidad del crimen. Los que son arrojados al delito no pueden detener el curso de su corriente. Del crimen no se vuelve. Doctrina es ésta que debe abandonar todo propósito de penetración en la etiología de la criminalidad y que sólo puede atribuirle a la obra invencible de unas Euménides desenfrenadas, que marcan con el hierro candente del crimen las frentes de los hombres predeterminados, los cuales deberán limitarse, como Prometeo, a soportar el dolor que los roe, con escepticismo o con desesperación, en cuanto víctimas ciegas de un destino fatal. En este caos del espíritu es lógico que la mística guerrera encuentre una multitud de creyentes heterogénea y sugestiva dispuesta a todas las empresas criminales.

Esa mística ha tenido en Alemania una filosofía y una política y desde el Tratado de Versalles la opinión favorable de una enorme masa de creyentes. El caudillo no sugestionó a las masas, infiltrándoles un pensamiento determinado. No fué su conductor. Coincidió con las masas. Con esos afanes de revancha, la mística tuvo diversas expresiones y buscó en los filósofos y militares del pa-

sado la autoridad de la tradición. Tal empresa era simple en Alemania. Una antología bélica es fácil de componer tratándose de ese país. En la ocasión a que nos referimos se aspiraba a encontrar los fundamentos ideológicos de una guerra total y totalitaria. Para aniquilar o someter a esclavitud a los oponentes o a los vencidos era bastante aquella tipología humana de Nietzsche, que divide a nuestra especie en tres categorías: el tipo decadente, que obedece a la moral del resentimiento, integrado por los cristianos y los judíos; el tipo gregario creyente y practicante de una moral optimista, que se inspira en la norma de la conservación, y el tipo aristocrático, dominado por la voluntad de poder. El último asume la empresa de destruir o domesticar a los otros. Eran los señores disponiendo de los esclavos. El *Herrenvolk*, conquistando por la fuerza o por la astucia a los pueblos inferiores. La bestia aria y rubia, desencadenando una lucha zoológica contra los débiles y los siervos. Medina Echavarría tiene razón cuando observa, con pasión y con justicia, que si "unos hombres se empeñan en creer que son espléndidos animales de presa, fieles a la ley eterna de la selva, ¡qué se le va a hacer!, obligarán a cazarlos como tales y quizá luego recuerden que sobre ellos pesan centurias y centurias de civilización". La empresa cinegética se ha consumado; pero en esta lucha de los instintos, que libera todos los mecanismos de agresión, no sólo hay que lamentar las víctimas, sino también la grave distorsión de la moral que ha sembrado por todas partes, además de un factor imitativo, generador de las peores empresas criminales, un triunfo del inconsciente que habrá de desatar las más terribles aventuras de ofensa y depredación.

3. Propaganda bélica

PARA hacer muelle y desdeñable la paz y brindar al espíritu de aventura o de desesperación empresas liberadoras de destrucción y de guerra, bastan algunos conceptos de MEIN KAMPF, evangelio de una Alemania sádica. "En la paz la humanidad debe extinguirse, es la contienda constante lo que la engrandece". O aquellos textos es-

colares alemanes que infectaban para siempre las mentes infantiles, en uno de los cuales se leía: "La guerra es una actividad augusta y sagrada de la humanidad. La guerra es hermosa. Cuando en la tierra es ganada una batalla por los ejércitos germanos, los hombres que en ella perecen van al cielo; una guardia de lanceros de Potsdam está a la puerta y el viejo Fritz, al verlos, desciende de su trono de oro y ordena que le presenten armas... Ese cielo es el que espera a los jóvenes germanos, y debe existir en lo más profundo del corazón de cada alemán el amor a la guerra y soportar con orgullo todos los padecimientos que de ella derivan". Por ganar ese homenaje celestial y póstumo, ¡cuántos jóvenes alemanes han perecido en la contienda! Los movía un impulso espiritual. Y para satisfacerlo han sacrificado un número estremecedor de víctimas. Este tributo a su barbarie es el que debe merecer la piedad de los hombres.

En el periódico del Dr. Ley se había predicado a los trabajadores a sus órdenes, a los del lema irónico "la fuerza por la alegría", que "la guerra es la mejor y la más noble de las expresiones de la humanidad, que no es un castigo, sino una bendición del Todopoderoso". Y los antepasados eminentes en las artes de la batalla, los viejos generales del Imperio, habían dejado su herencia espiritual a los nuevos hombres del ejército, en la que pueden aprender desde el carácter divino de la guerra: "la guerra es una parte del mandato eterno, instituido por Dios" (Moltke), hasta su condición de imperativo elemental: "la guerra es una necesidad biológica, que no debe ser desechada, y la fuerza un mandato supremo" (von Bernhardi).

Hay que penetrar en lo más profundo de estas propagandas no sólo bélicas, sino criminológicas, y podrá sorprenderse en ellas el triunfo de una moral que es asimismo la moral del crimen.

Belot ha establecido un acertado paralelo entre la moral de Kant y la moral de Nietzsche, o sea la de la autonomía y la heteronomía de la voluntad. En Kant predomina el carácter universal de la autonomía. En Nietzsche la voluntad es liberación de toda regla. Es cierto que, co-

mo observa Belot, el sentimiento de la autonomía implica unos supuestos previos, a saber: a) una personalidad muy desarrollada, y b) la absorción completa de la voluntad en fines impersonales. Y en cambio, la otra moral prescinde de la personalidad y de los fines impersonales. De ella deriva un concepto del Estado que ha sido una de las circunstancias que han favorecido el clima criminógeno de la pasada guerra, en que se ha desenvuelto el principal agresor. Un tratadista de derecho público como Schmitt, cuyas doctrinas han sido dura realidad en la política alemana de guerra, ha sostenido que "la distinción propiamente política es la de amigo y enemigo. Esta distinción es la que da a los actos y motivos humanos un sentido político; a ella conducen a la postre todos los actos y motivos políticos. Por cuanto no se puede derivar de otros caracteres, corresponde en lo político a otras antítesis: bueno y malo en lo moral; bello y feo en lo estético; útil y perjudicial en lo económico". Otro tratadista, Freyer, ha sostenido que para que realmente viva un Estado entre otros Estados, "necesita una esfera de conquista a su alrededor... tiene que conquistar para existir". De acuerdo con este principio, llega Freyer a la siguiente conclusión: "Durante la tregua que llamamos paz, el Estado debe tender en todo hacia el regreso de la situación normal: guerra". El Estado nacional-socialista, con depurada inspiración patriótica, ha hecho honor a las doctrinas de sus hombres de ciencia.

Ha creado, además, ese súbdito con que soñaba Spengler en sus delirios de intérprete de la historia. "La historia humana es la edad de las culturas superiores, es la historia de los poderes políticos. La forma de esta historia es la guerra. También la paz pertenece a ella. La paz es la continuación de la guerra con otros medios". Tal es la historia para Spengler; pero ¿cómo es el hombre spengleriano? Es "un animal de rapiña". Ese animal de rapiña "cuya vida consiste en matar" constituye la forma suprema de la existencia dinámica. Por su parte, la vida universal la concibe Spengler como un avanzar de catástrofe en catástrofe. Es la *mutación* de Vries, "cambio interior, que súbitamente hace presa en todos los ejemplares

de una especie, sin causa, naturalmente". En toda empresa humana hay, según Spengler, "hombres nacidos para el mando y otros nacidos para la obediencia, sujetos y objetos de la práctica política o económica".

El animal rapaz humano tiene un alma, "que es insaciable", y una voluntad, "que no puede nunca satisfacerse". Tal es la maldición que pesa sobre este tipo de vida; pero también la grandeza de su destino".

Los sentimientos universales e históricos de la humanidad, organizada en Estados y clases son, según Spengler, el desprecio, que mira desde la altura, y la envidia, que atisba de abajo arriba. No hay más cultura que la de "la mano armada", de largo aliento y que ha hecho presa en toda la especie humana. "Todas las grandes invenciones y empresas proceden del deleite que el hombre fuerte paladea en la victoria, son expresión de la personalidad y no del pensamiento utilitario de las masas, que se limitan a presenciar y han de aceptar las consecuencias tal y como son". "Toda gran cultura es una tragedia. La historia del hombre, en conjunto, es trágica".

4. La presión criminógena

CON una mística de guerra inspiradora de una lucha que se propone como objetivos la destrucción y la esclavitud, es lógico que el crimen se convierta en una función de Estado, como ha ocurrido en Alemania. Por otra parte, el ejemplo de la agresión se difunde, consciente o inconscientemente, y hace prosélitos incluso en aquellos climas políticos más respetuosos de los derechos del hombre. Además, toda agresión despierta vivencias elementales de defensa y de venganza y aproxima a los agredidos a la esperanza rudimentaria del talión. La represalia y el *vim vi repellere licet* son la consecuencia de hecho y el principio jurídico que puede ordenar esas conductas, no siempre obedientes a los imperativos de alteridad de la justicia.

Una moral de la obediencia y del ataque es la fuente de todos los crímenes. Se delinque por obedecer y se cumplen todas las órdenes sin discriminar su contenido de li-

cidad y humanidad. Es asimismo difícil fijar los límites de un ataque cuando se ha convertido en hábito, ni obtener la proporcionalidad cuando justificadamente se repele.

El Estado que declaró la guerra la hacía con fines de conquista, respondiendo a su naturaleza íntima y a su organización externa. Ese Estado, según la precisa observación de Medina Echavarría, aspiraba a la autarquía, es decir, a la dominación mundial; era un Estado con mecanismos de dominación carismática, en que la relación de mando tenía una base irracional y lo cotidiano de la vida de los países civilizados necesitaba ser estrangulado por lo heroico para evitar lo que ha llamado Max Weber la rutinización del carisma. Era también un Estado de masas que había convertido la sociedad y sus variedades en un enorme grupo humano, inerte e inconsciente, que actuaba bajo la orden investida con la gracia del caudillo y que admitía todas las conductas irracionales. Para el súbdito, animal de rapiña, un Estado que le evitara el pensamiento y la acción política y le permitiera e impulsara el libre juego de los instintos, era un Estado ideal. Los dos sentimientos fundamentales de la historia, el desprecio y la envidia, fueron fértilmente explotados mediante ingeniosos métodos de corrupción, que tenían como factor accesorio y de garantía el empleo supernumerario del terror. Alemania, con tenacidad y con inteligencia propagó la cultura de la mano armada, e hizo vivir a los hombres la tragedia con una grandeza en el crimen desconocida hasta entonces. Ese crimen procedía del Estado mismo, del caudillo carismático, de sus colaboradores inmediatos, de los miembros todos de la jerarquía de que eran cabeza e inspiración, de la vanguardia de los ejércitos y de la retaguardia de las ciudades. Su cosecha ha sido fecunda, su infección se ha propagado difusamente. Contenerlos será una difícil victoria.

5. Caracteres de la guerra de 1939-1945

TAMBIÉN Medina Echavarría ha destacado el carácter histórico-cultural de la guerra, observando que entre el término final de destrucción y muerte, idéntico en to-

das, y el impulso originario de agresión, se interpone una serie complicada de creaciones humanas, que difieren en el tiempo y en el espacio. Cada guerra tiene, pues, modalidades diferentes. Para comprender o aspirar a comprender la influencia que esta guerra puede ejercer en la criminalidad es necesario conocer sus características, que una vez depuestas las armas son relativamente fáciles de diagnosticar. Nos ayudará en esta tarea la comparación con la guerra de 1914, que fué una lucha entre naciones. Dentro de cada nación beligerante existía lo que llamaron los franceses la unión sagrada. Todas las clases sociales, formando un bloque de resistencia y de ataque, participaron en la empresa. Las abstenciones fueron limitadísimas y el término despectivo de "emboscado" sirvió para designar a los que por medios fraudulentos eludieron la obligación de esgrimir las armas: la situación de ellos fué de tal modo difícil que dió lugar a patéticos conflictos, de los que queda una huella en el magnífico drama de Lenormand, *LE LÂCHE*. Las actividades de traición estuvieron limitadísimas. El ambiente heroico dejó sentir sus influencias por todas partes. Apenas hubo pacifistas dentro de los países beligerantes. Las críticas de la guerra vinieron con la paz. Durante la lucha, los tímidos y los escépticos se sancionaron como delincuentes. Fué necesaria la derrota para que ciertos países beligerantes se sintieran agitados por convulsiones revolucionarias, expresión huracanada del desaliento y del fraude.

La guerra de 1939 ha tenido, entre otras, las siguientes características, que sagazmente destaca Medina Echavarría: ha sido civil e ideológica; hegemónica e imperial; con estrategia seccional y con técnicas de traición y engaño. El sociólogo español, con buena copia de las mejores contribuciones inglesas y norteamericanas al tema apasionante y absorbente de esta guerra, ha abordado el problema de la sistemática de las guerras, resuelto por algunos de sus colegas, de modo aproximado y provisional, como únicamente lo permiten las enseñanzas de la historia. La empresa merece todos los respetos, aun cuando el éxito no la corone.

Speier, con su evidente autoridad, ha intentado triunfar en la difícil tarea de construir una tipología de la guerra y ha hablado de guerras agonistas, inspiradas en un afán de lucha por la justicia o por la gloria; de guerras instrumentales, que son un medio para alcanzar ciertas ventajas, especialmente la riqueza; y de guerras absolutas, que se proponen el aniquilamiento del adversario. Aceptando como hipótesis de trabajo dicha división, Medina Echavarría considera que predomina en la última catástrofe universal ese carácter agonista o agónico, porque ha sido preferentemente una lucha de ideologías. Así lo creíamos todos hasta que el representante de una potencia aliada afirmó lo contrario. Por eso ha sido una lucha civil, además de internacional. En ella las ideas han separado a los hombres dentro de sus patrias. Pugnas de intereses han pospuesto el concepto de nación al de privilegio o afán de mejora social. El factor religioso o el factor económico han tenido más fuerza que el sentimiento de nacionalidad. No han existido naciones beligerantes; los nacionales se han dividido en enemigos del invasor y colaboradores complacientes. Dentro de las naciones en lucha ha habido ciudadanos neutrales que han antepuesto una ideología de abstención al deber de participar en el conflicto. Las actividades de traición han asumido una rica morfología y se han practicado con una claridad emanada sin duda de la convicción de que no eran el peor de los crímenes, sino un deber, que a veces llegaba a los límites del heroísmo. En síntesis, la crisis moral que esta guerra ha puesto de relieve ha sido aterradora.

Los agresores tenían el designio de emprender una lucha de conquista para dejar sentir su *imperium* y su *dominium* sobre el mundo entero. Para ello han desencadenado, por etapas, una guerra sistemática, hecha a base de la división del trabajo, por secciones y con una preparación psicológica tan inteligente y formidable como la material.

Apenas tiene importancia la guerra psicológica en 1914; es fundamental en 1939. Mannheim ha definido el nazismo como la conversión de la inseguridad inorganizada en la inseguridad organizada. Esta explotación de la inseguridad se ha convertido en la última guerra en una verda-

dera obra maestra. La guerra psicológica se ha dirigido con las mejores técnicas al individuo y al grupo. Al individuo, por medio de la inteligencia, del sentimiento y de la afectividad; al grupo, convirtiendo las sectas en empresas de crimen o de ataque, y cultivando cuidadosamente todas las formas heterogéneas múltiples, de modo tan hábil que lo colectivo era descendido a la categoría de masa inorgánica, convulsiva e inconsciente. He aquí el término exacto con que designar esta propaganda: la tarea de lo irracional. Un psicólogo criminalista sorprende en ella expresiones y matices del máximo interés, a condición de que prescinda para su examen de todos los valores nobles. Madame de Staël lanzaba a Napoleón el dictorio de que encanallaba a los hombres. Ahora se les ha vuelto los peores delincuentes. No ha habido fracaso personal que no se convirtiera en irreparable, desaliento que no fuera conducido al crimen, destino biológico que no se ligara de modo inexorable a las empresas más monstruosas, fallo que no se utilizara para el pillaje, instinto de agresión que no desembocara en el asesinato, afanes de lucro que no se convirtieran en depredación ávida e implacable; agitaciones de la libido que no fueran hábilmente desviadas hacia los fondos más bajos y oscuros de la perversión humana. Con razón dice Medina Echavarría que esta guerra, en su condicionamiento moral, ha sido una lucha de engaño, de perfidia y de terror, que ha manejado para sus fines con igual frialdad las emociones y pasiones del hombre, pobres o elevadas, lo mismo que ha utilizado las energías de la materia. Las técnicas psicológicas empleadas las clasifica con acierto Medina Echavarría en técnicas de perfidia y penetración, para corromper, sobornar, engañar y desintegrar; y técnicas psicológicas propiamente dichas, cuyos instrumentos personales han sido, entre otros, los espías, los miembros de las minorías nacionales, los comerciantes e industriales, los deportistas, los turistas, los militares y marinos, los quintacolumnistas. Fácil es diferenciar entre esos agentes de la traición los especialistas y los que han aprovechado funciones o actividades lícitas, para insertar insidiosamente en ellas las propagandas de la corrupción y de la agresión.

Los alemanes inventores de todo este complejo subhumano de la guerra psicológica diferenciaron ya la guerra científica y la psicológica propiamente dicha. Entre las técnicas de esos dos dramáticos capítulos del desajuste y del nihilismo, no sólo capaces de asegurar una victoria, sino también de deshacer el mundo para varias generaciones, Kimbal Young ha distinguido las siguientes, en un esfuerzo de sistematización, que merece ser conocido:

- 1) juego alternativo de esperanzas de paz y amenazas de guerra;
- 2) insistencia en la tesis de ser invencibles y poderosos;
- 3) sugestión a través de la velocidad y de la sorpresa;
- 4) utilización de las facilidades ofrecidas por la estructura democrática del país enemigo, para desorientar la acción (*sonambulismo de masas*);
- 5) fomento y aprovechamiento de las tensiones internas.

Todas estas tácticas deben considerarse de índole política, y para alcanzarlas como complemento de las directamente encaminadas al dominio del individuo y del grupo, se han puesto en práctica los métodos más sagaces y sutiles. En una palabra, la más refinada racionalidad humana se ha entregado al servicio de los impulsos irracionales, de acuerdo con el justo y afortunado diagnóstico de Medina Echavarría.

La consecuencia inmediata de la guerra psicológica, según el mismo autor, es la intensificación del sentimiento de inseguridad, "la angustia de sentirse balanceado por fuerzas impalpables, el temor indomitable a las armas invisibles. Todo miedo puede ser dominado, más o menos, si se localiza su fuente, pero ¿cómo y dónde fijar el origen de las agresiones psíquicas al equilibrio e integridad de nuestra persona? Un escape a esa inseguridad y angustia es la agresión, la guerra misma; por eso la introducción de esas técnicas ha producido un círculo trágico, cuya ruptura es una exigencia indispensable de la paz colectiva e individual".

Steinmetz, el más agudo sociólogo de la guerra, ha señalado el efecto producido por estas agresiones psicológicas de tipo bélico, que despiertan la capacidad de lucha, inerte como un residuo ancestral en las zonas inferiores de nuestro psiquismo, en los más bajos estratos del carácter, como diría Sergi, sumergidas en el ello freudiano. Por otra parte, considera la guerra como un fenómeno de difícil sustitución. "Nada ha podido estimular las capacidades del hombre como la lucha, y no con los animales, sino con sus semejantes: la formación de grupos, la competencia, el fortalecimiento del sentir común, la división del trabajo, la agudización de la inteligencia, la afirmación de sí mismo, la creación del Estado y todas las ventajas que se derivan de la disciplina colectiva y de la peculiaridad nacional, así como muchas otras virtudes sociales". Por eso parece muy problemático, agrega, "que pueda hallarse para los pueblos superiores un sustituto de la guerra, capaz de equiparársele en su valor como fuerza cultural". Tal es la psicología normal de la guerra. Los alemanes la han utilizado y junto a ella la psicología patológica, la del hombre fiera de Spengler, con la reserva ingeniosa del autor: "al llamar al hombre fiera, ¿a quién ofendo, al hombre o al animal? Pues las grandes fieras son nobles criaturas de índole más perfecta y sin el carácter de la moral humana, que es mendaz por debilidad". Esta *boutade* ha recibido en la última lucha una comprobación *de facto*.

En todo ese prólogo psicológico de la guerra, el heroísmo político ha sido lo contrario del que definió Huizinga. Para él ese heroísmo se halla determinado por la pureza del fin y por la práctica de la conducta. Debe ser el antípoda de todo lo que pueda llamarse exaltación histérica, fanfarronería, orgullo bárbaro, habilidad, ostentación, vanidad, alarde, ilusión, exageración consciente, mentira, engaño. Estas notas psicológicas ofrecen la mejor descripción de la política de la preguerra de 1939 y en ellas, como en los rasgos característicos de la guerra de nervios y de emociones que ha precedido a la contienda de las armas, se ofrece el complejo causal de los crímenes más elementales.

6. Psicología de la ocupación

DE la psicología de la ocupación se desprenden para el observador más superficial un verdadero cúmulo de factores criminógenos. Un escritor de máxima boga en estos tiempos turbados, que a la vez es profesor de psicología, Jean-Paul Sartre, ha hecho de esa psicología la descripción más justa. Los pueblos ocupados vivieron en la desesperación y la vergüenza. Se vieron forzados a coexistir con el invasor, con una especie de solidaridad artificial sin ninguna conexión mantenida por la simpatía, que comenzó por ser una protesta airada y el hábito transformó en una "costumbre biológica".

Como Sartre observa agudamente, el concepto de enemigo sólo es firme y claro cuando ese enemigo se halla separado de nosotros por una barrera de fuego. Hablando concretamente de París ocupado, Sartre advierte que esta ciudad trabajadora y colérica no era ya sino un símbolo. "Nos mirábamos entre nosotros y nos preguntábamos si también nosotros habíamos llegado a convertirnos en símbolos". "Durante cuatro años nos han robado el porvenir". "Y para los demás sólo éramos un objetivo".

Todas estas situaciones de opresión despersonalizan porque "un hombre vivo es ante todo un proyecto, una empresa; pero la ocupación ha despojado a los hombres de su futuro".

La derrota, sigue observando Sartre, exasperó el conflicto de las generaciones. "Durante cuatro años los combatientes de 1914 reprocharon a los de 1940 el haber perdido la guerra, y los de 1940, a su vez, acusaron a sus mayores de haber perdido la paz".

Dos consecuencias se han obtenido de esa ocupación: una deprimente, derivada de no tener con otros pueblos victoriosos y no ocupados un destino común, porque ellos vivieron en el orgullo y los oprimidos en la desesperación y la vergüenza; y otra gloriosa, la de esa minoría que, como dice Sartre, "se ha ofrecido al martirio deliberadamente y sin esperanzas", que "basta y sobra para rescatar nuestras debilidades". En efecto, por las ciudades ocupadas desfilaban a diario, conviviendo con el invasor.

"multitudes sin gritos, cual máscaras de piedra", según el bello verso de Dolec, en las que se iba infiltrando el resentimiento, que ha tenido sus lógicas expresiones criminales.

En los que se ofrecieron al martirio y soportaron los suplicios sin sucumbir a ellos, resonaba aquel eco, recogido en otros versos de Destaing:

La voix qui monte des fers
Parle pour les lendemains.

Esas voces pedían justicia. ¡Error grave ha sido sustraérsela en ocasiones! Entonces la ha reemplazado la venganza.

Mariano RUIZ-FUNES.

De la Enfermedad a la Salud

I. Contemporaneidad universal

ENTRE la ciencia y el arte hay relaciones características que es necesario discriminar con precisión para situar nuestra vida intelectual en su cabal medida dentro del discurrir global del Universo. En la vida contemporánea, de modo especial, con su laberíntica interdependencia, es urgente que establezcamos la concordia y la discordia de ambas esferas. Pensamiento y acción, especulación y vida no podrán dar en nosotros todo su rendimiento si no somos capaces de comprenderlas en su ubicación total, y también en su característica singular. El hombre culto de hoy no puede vivir dando la espalda o dejando suspensa sobre su cabeza, como una nube vagarosa, la gravitación de ciertos problemas o de ciertas interrogaciones. Desde su realidad personal o desde su ángulo peculiar es fuerza que se formule a sí mismo una respuesta. Cualquiera que sea, pero necesita una respuesta que imprima a su vida unidad panorámica y le imparta fecundidad creadora. El mundo es hoy más universal que jamás lo fuera en ninguna época de la historia. En su totalidad reclama íntegramente al hombre que tiene que conectarse a las múltiples incitaciones que le salen al paso. Ese áureo aislamiento de otras épocas no es sino una fábula lejana, cuyo sentido o valía íntima hemos dejado de comprender y, desde luego, de sentir, para siempre. Las Murallas de la China y las insulas medioevales, no existen ya, ni pueden existir más. Las aldeas ya no son círculos cerrados o aislados, sino pequeños focos en que repercute, intensamente, la vida del mundo. Mas, en América hay la

paradoja de que los pueblos continúan viviendo dentro de formas colectivas feudales, pero sumergidos, por sus cuatro costados, en la dinámica vibración de la vida universal. El hombre contemporáneo es un todo que vive intensamente en el Todo y a esta exigencia fundamental de su ser tiene que responder con su inteligencia, con su corazón, con su voluntad, con su vida.

Del cúmulo de problemas que reclaman su atención inmediata, ciertamente el de las relaciones entre la ciencia y el arte o, mejor, el del sentido de la ciencia y el arte para nuestra existencia personal, se destaca con perentorio reclamo, sin que podamos eludirlo por una fuga mental, porque a cada paso se nos plantea. Muchas de las desviaciones patológicas del alma moderna arrancan con certeza de hechos problemáticos que se positan ante nuestra conciencia y que luego son evadidos, tirados al desván del inconsciente, pero no como trastos yertos, sino como fuerzas vivas que refluyen hacia afuera en formas siniestras o morbosas. No hay otra alternativa: o el hombre de hoy se condena a ser un enfermo psíquico por falta de voluntad heroica, o llega a la salud y a la armonía por la comprensión y realización de todo su ser.

II. El caso de América

EL hombre que no ha llegado a su armonía interior es psíquicamente un enfermo. Lo mismo ocurre con los pueblos. Si a consecuencia de las nuevas tensiones espirituales, materiales y sentimentales de la época, Europa y Asia han quebrado su equilibrio interior, la vida de América que emerge de una catástrofe mucho más angustiosa todavía; que brota, puede decirse, de una liquidación cósmica y que no ha conocido históricamente ningún equilibrio interno, es problemática y trágica en su totalidad. De aquí que la vida toda alcance entre nosotros un grado pavoroso de exasperación dolorosa. Si en los viejos Continentes la báscula ha roto su equilibrio, para nosotros, los americanos, la faena es doble porque necesitamos crear esa báscula y, luego, alcanzar un equilibrio. En realidad, báscula y equilibrio van creándose a la vez, reaccionando la

una sobre el otro o a la inversa, a la manera como el árbol sostiene a las ramas y éstas crean el árbol dentro de un mismo proceso biológico. Para nadie es más urgente que para el americano de hoy un conjunto de respuestas vitales, porque ellas a la vez deben crear su armonía psíquica, que será el cuerpo plástico de una cultura y de un espíritu nuevos.

La salud no se alcanza sino tras prolongado y oneroso esfuerzo. No es un don espontáneo de la naturaleza, como generalmente se cree, sino que detrás de una armonía física, psíquica y espiritual se arrastra una larga cauda de trabajo, de iniciativa, de voluntad victoriosa, aunque gran parte de este esfuerzo no suela llegar a nuestra conciencia vigilante. En los pueblos, menos todavía, porque la conciencia colectiva sólo llega a su claridad y reverberación plenas en determinados individuos particularmente dotados para alumbrarla, a través de los cuales ejerce su influencia creadora en todos los demás.

El americano en general es un hombre psíquicamente enfermo, porque su alma es la encrucijada psíquica del mundo, el nudo pugnaticio y discordante de fuerzas diferentes y antinómicas. Ya lo hemos apuntado en otras ocasiones. El alma americana se dispersa en múltiples y extrañas constelaciones sin haber constituido desde la Conquista un todo orgánico completo. Con la invasión europea se rompieron todos los equilibrios anteriores y se plantearon nuevas ecuaciones vitales, cuyas incógnitas estamos todavía despejando.

Empero, nosotros, los americanos, debemos promover, por un esfuerzo heroico si es necesario, nuestra salud y nuestra armonía internas. De nuestra vida contemporánea surge este imperativo con obstinada compulsión. Es el grito de salvación, el S. O. S. angustioso que nuestro mundo continental lanza a cada uno de nosotros, a cada uno de los hombres que constituimos este mundo. Debemos concentrarnos en nosotros mismos y ponernos a la tarea, por dura y fatigosa que sea. Se trata nada menos que de nuestra salud y de nuestra vida totales.

Nuestra inteligencia y nuestra voluntad, nuestro instinto, nuestro sentimiento y nuestra intuición deberán po-

nerse en concurso para responder a este llamado. Necesitamos nuestras propias respuestas que asistan y ayuden a la vida universal a eclosionar victoriosamente en nosotros.

Las fuerzas históricas representativas que buscan una expresión adecuada en nuestro ser están íntimamente conectadas y relacionadas con las fuerzas históricas representativas del mundo contemporáneo. Por más que estemos en la infancia, nuestra infancia comienza en el mundo actual. El niño, sin dejar de serlo, comienza a vivir, comienza a construir su propia personalidad dentro de la atmósfera histórica que respiran sus padres. Por más que seamos distintos de los otros Continentes, no debemos olvidar que estamos sumergidos en las mismas fuerzas históricas vivientes. Ya hemos dicho otra vez que la infancia del niño primitivo y salvaje, no es la misma que la infancia del niño civilizado, que recibe la ingente herencia histórica anterior. El hombre americano tiene que ser, para construir su propia vida, un hombre de su época, la cual vibra en su ser a la manera como las marejadas del mar repercuten a lo largo del canal que desemboca en él.

III. La esfera de la ciencia

LA ciencia está íntegramente dentro de la causalidad, cuyas leyes sólo en una pequeña proporción puede dominar. Por esto mismo, un hecho *azaroso* o *casual* rompe la cadena de la causalidad científica conocida y la impele a una rectificación, cuando no a una recusación completa de sus leyes o conclusiones anteriores. Es paradójico que el instrumento — la inteligencia en el sentido bergsoniano — que el hombre posee para establecer la explicación causal o, lo que es lo mismo, racional y lógica del mundo, esté sujeta siempre a las acometidas de lo arbitrario, de lo inesperado, de lo ilógico. Y mucho más paradójico es, que sólo la atención y el asentimiento que el sabio presta a lo que viene a romper o trastocar, muchas veces de modo catastrófico, el mundo habitual en que vive, el encadenamiento causal de su sabiduría, lo haga apto y eficiente para continuar la ciencia, para descubrir y colonizar nuevas zonas de la realidad. De esta suerte, el verda-

dero sabio no es tanto el que se sujeta al imperativo lógico de su ciencia, cuanto aquel que es capaz de dudar de ella, aquel que está en acecho y admite, en cierto modo, el vuelo arbitrario o la irrupción caprichosa del azar o de lo casual. Se puede afirmar, que los hombres no son sabios por lo que saben, sino porque son capaces de asentir, interiormente, a lo fortuito, a aquello que no está engarzado dentro de la firmeza de su sabiduría. Es esta disposición interior lo que ha hecho posible siempre los grandes descubrimientos científicos, aquellos que han sido más fecundos para la especie humana. Por eso Galileo, que supo dudar con aquella duda creadora, que es el escabel de nuevas certidumbres, es el tipo del sabio perfecto. No parece sino que el azar dijera al hombre: "Sólo en la medida que me admitas y me escudriñes con devoción infatigable, podrás construir esos esquemas temporalmente estables de tus leyes científicas, que te permiten vivir y pensar con cierta seguridad, pero que no son sino secciones o recorridos de tu inteligencia sobre la trama incalculable, inagotable y móvil de mi ser mismo, que es la esencia del acontecer cósmico".

La ciencia es eminentemente práctica, está hecha para la acción cotidiana del hombre sobre la naturaleza, sólo tiene en vista sus más imperativas e inmediatas necesidades biológicas y la faena que tiene que realizar para cumplirlas. Sus aplicaciones más asombrosas no son otra cosa que la proyección de nuestros sentidos, el prolongamiento de nuestra acción más allá del campo puramente animal. La radio y el telégrafo prolongan nuestro oído y nuestra voz; el telescopio, el microscopio, el cinematógrafo y la televisión prolongan nuestra vista; la nave, la locomotora y el aeroplano prolongan nuestro aparato motor. El hombre, piensa Bergson, es, por su lado racional, un fabricante de instrumentos. Desde las edades más remotas, el hacha y la flecha son los signos de su dominio sobre el mundo. Aun cuando *especula*, lo hace sobre el modelo de la técnica, que no es sino la actuación práctica del hombre según las leyes de la causalidad, dentro de la cadena de causa y efecto, y según orden y medida lógicos. Por eso la matemática será siempre la ciencia perfecta.

A la ciencia se le pregunta sólo lo que debe preguntársele. Si la interrogamos acerca de un poema nos contará que está compuesto, por ejemplo, de diez mil caracteres, que están impresos en tantas páginas, que la tinta que se ha usado es negra o de otro color, fabricada con tales o cuales materiales, que las páginas son de tal tamaño, que hay tantos párrafos y tantas mayúsculas, que tiene un determinado peso el papel que se ha empleado, que la extensión de la impresión abraza tantos centímetros, etc. Sobre la realidad física del poema ella seccionará todos los recortes lógicos, cadenas causales, causas y efectos, órdenes y medidas que se proponga, pero jamás hallará el sentido y la esencia del poema. Claro que los datos que ella nos suministra nos servirán en la práctica para la confección tipográfica y la impresión del poema, pero nada más. Este ejemplo simplísimo nos muestra cuán impertinente y absurdo es interrogar a la ciencia sobre las verdades metafísicas del arte, de la religión y de la fe, que sólo la intuición puede alcanzar. La ciencia astronómica, pongamos por caso, nos dará el peso y el tamaño de los astros, las distancias que los separan, su composición química por medio del análisis espectral, las mutuas influencias que existen entre ellos, la dirección y extensión de sus órbitas, sus movimientos particulares y universales, pero jamás estará en condición de darnos el sentido y la esencia de la realidad y del acontecer cósmicos.

Sin embargo, el error de nuestra época y, acaso, el de toda la cultura occidental eminentemente *científica*, ha sido interrogar a la ciencia sobre lo que no se debe ni se puede interrogarla. La ciencia no podía respondernos o nos respondía mal. La ausencia de respuestas o las respuestas equivocadas generaron ese angustioso desequilibrio moderno que ha roto la armonía total de nuestro ser. Atenazada nuestra conciencia por sus preguntas, las ahogaba, las yugulaba, las arrojaba al inconsciente y de éste tornaban hacia fuera en forma de obsesiones patológicas o de neurosis dilacerantes. Se superestimó la ciencia y con ella el alcance de nuestra facultad racional, usurpando nuestras valías espirituales; de la misma manera que se superestimó la teología en la Edad Media, usur-

pando nuestras valías racionales y científicas. Hoy se pregunta a la ciencia por Dios, o se le niega; ayer se preguntó a la Providencia por las leyes científicas, o se pretendía extraerlas de ella, que es como negar totalmente la ciencia.

El hombre contemporáneo está pidiendo a gritos un nuevo ajustamiento, una nueva armonía, una nueva salud, que no puede encontrar sino superando sus anteriores desplazamientos: el de su razón, por un lado; el de su alma, por otro. Por eso, porque es un ser psíquicamente enfermo, las tensiones vitales en que vive reclaman polarizarse en una nueva síntesis armoniosa.

IV. La esfera del arte

EL arte, en su esencia característica, está fuera de la causalidad, porque las realidades que crea son únicas y absolutas. El arte no es un recorte de la inteligencia sobre la irrupción fluyente de lo arbitrario, no lo constituyen esquemas causales y fijos que forma el raciocinio del hombre. No es sugerencia lógica, ni hipótesis explicativa y promisor de verdades. El arte por sí mismo es creación, es verdad y fluencia; está fuera de la causalidad porque el ser de la obra estética es viviente, imprevisible y se basta a sí mismo. Mientras la ciencia busca lo general sin haber logrado nunca captarlo completamente porque no puede agotar la realidad en un esquema; el arte busca y crea lo único, que capta siempre en su totalidad porque es lo concreto de la vida, porque es aquello que sólo se hace posible por el artista mismo que lo crea, si bien aprovechando los elementos que le ofrecen la realidad y la naturaleza.

Y lo que se dice del arte puede decirse también de la religión y de la fe, que no son contrarias a la ciencia sino distintas. Mientras la ciencia es impotente para crear y concluir un mundo racional completo, el arte, la religión y la fe son por sí mismos mundos autónomos. Mientras la ciencia, moviéndose siempre dentro de la naturaleza cósmica, es esclava, en gran medida, de lo repentino y lo arbitrario, a pesar de la lógica y de la causalidad, válidas sólo dentro de un sector pequeño; el arte, la religión y la fe crean naturalezas y mundos vivientes que están fuera

de las leyes causales, por consiguiente también fuera de lo fortuito, del azar o de lo caprichoso. Son mundos a través de los cuales podemos percibir la realidad profunda del Espíritu, fuente inagotable de conocimientos y valores absolutos.

El conocer de la ciencia es un conocer provisional, válido mientras la actividad cotidiana y práctica concuerde con sus generalizaciones lógicas, mientras la parcela del mundo sobre que operamos se inserte dentro de nuestros conceptos. Pero, cuando el hombre se aboca a lo repentino, que es la lonja nueva de la realidad que se incorpora a su experiencia, tiene que variar el cuadro de sus leyes causales, y construir otros esquemas generalizadores que le permitan operar con alguna certeza y seguridad sobre el acontecer cósmico que en las nuevas circunstancias reclama su acción. Nuestro saber científico será, pues, según el modo con que reclamemos a la realidad, según el foco de luz que nuestra atención proyecte sobre el mundo. Sólo será visible para nuestro conocimiento — que tomará la forma que esa experiencia le imprima — la pequeña zona que iluminamos, desgajándola del todo, deformándola en cierta manera, mientras el resto — que es el inmenso predio de lo desconocido — permanecerá sumido en la penumbra y en la más densa obscuridad.

Cada pueblo y cada cultura tienen sus proyectores peculiares, que no sólo alumbran distintas realidades, sino que también tiñen o coloran las realidades conocidas con luces distintas. La inteligencia humana no es un instrumento monocular y fijo, sino una cabeza de innumerables pupilas, que abren y pliegan los párpados para dejar entrar en sus retinas sólo las experiencias que necesita en su actividad práctica. Así se explica que la física, la matemática, la biología sean diferentes según los supuestos experimentales de la cultura o pueblo en que se desarrollan: ora el griego, ora el chino, ora el árabe, ora el europeo.

En gran medida, nuestra ciencia y nuestra experiencia están predeterminadas por las exigencias de nuestro conocimiento racional, por el sentido y la capacidad de nuestras generalizaciones, es decir, por las coordenadas

de nuestra existencia en su lado operante y práctico. En otras palabras, no podemos tener otra experiencia que aquella para la que estamos adaptados en una circunstancia dada de nuestra actuación.

Por el contrario, el arte, la religión y la fe no tienen nada de presupuesto, no operan sobre planos fijos, que han sido tajados o delimitados sobre la fluencia móvil del acontecer, sobre la *duración real*, que decía Bergson, su mirador: ellos constituyen el Todo; desde las ventanas de luz que abren, el hombre se asoma al infinito, a la fluencia misma de lo absoluto.

La ciencia siempre será contingente porque opera sobre lo contingente, que no puede agotar jamás la realidad desde el concepto o desde la teoría. Con trozos o recortes abstractos es imposible reconstruir el todo vivo y fluyente, que siempre está deviniendo con una multicoloración volátil e imprevisible. Es verdad que el arte y la religión también se tiñen con la sensibilidad y, por decirlo así, con el cromatismo peculiar de las culturas y de las razas, pero es una coloración que deja entera la fluencia, que no sacrifica la movilidad de la vida por la fijeza de los conceptos, que no detorsiona la integridad del ser y del existir, cercenándola en parcelas. La ciencia, para avanzar, tiene que construir tabiques que la razón construye, ilumina y hace transparentes para sorprender a la vida en su fluencia creadora, para comprobar su presencia, que siempre está adviniendo dentro de una melodía entera. El arte conoce por *simpatía* y como introduciéndose en el sentido interno de las cosas, a la manera como el amante conoce el amor de la amada penetrando en su alma, consubstanciándose con ella.

V. El punto de concordancia

EMPERO, ciencia y arte, raciocinio e intuición, acción práctica y contemplación desinteresada son nada más que formas e instrumentos por los cuales y a través de los cuales nuestra vida total alcanza o puede alcanzar su expresión última. Toda ciencia presupone un arte y todo arte presupone una ciencia. En el fondo de toda vocación cien-

tífica hay algo que no puede enseñarse o aprenderse, algo que reside en la visión y en la inspiración internas, un ale-tazo de intuición que dirige la actividad concreta del in-vestigador, que le da sentido a su experiencia, que orien-ta su raciocinio, que le imprime un ritmo y una melodía vitales, que le abre una ventana a la irrupción del infini-to; que crea su fe y sostiene su esfuerzo con la impreg-nación del espíritu. Puede afirmarse que sólo un investi-gador que sea también un grande artista, es el que es-tá efectivamente capacitado para ser un verdadero sa-bio. De la obra de un Newton, de un Claudio Bernard, de un Einstein, surge una inspiración que jamás pudo alcan-zarse por el puro ejercicio racional o por la mera actividad de la inteligencia discursiva. "Del juicio más agudo, dice un gran pensador, jamás puede brotar una nueva verdad". La ciencia en sus aplicaciones concretas tiene que dejar a un lado la cadena causal de sus generalizaciones y ejerci-tar su percepción intuitiva. El médico, cura, en verdad, no por su ciencia generalizada, sino por su "ojo clínico" que hace aplicable su saber al caso concreto y único. Des-pués de su esforzada y necesaria tarea de generalización científica, la medicina concluye en el apotegma de que no hay enfermedades sino enfermos. Y al enfermo llega el médico y comprende su caso individual, no tanto por el esquema lógico de su abstracción científica, cuanto por su capacidad intuitiva de *simpatizar* con el paciente. Podrán perfeccionarse los instrumentos y los métodos diagnós-ticos hasta un grado sumo, pero jamás estarán en condicio-nes de reemplazar a la intuición profesional, al *arte* con que el médico se encara ante el paciente y ante la enfer-medad. Al gran cirujano no lo hace su ciencia, que todo el mundo puede aprender, sino el arte y la maestría con que opera, que es un don personal que no puede aprender de nadie. Si la ciencia no fuera también un arte, bastaría que cualquier hombre de inteligencia mediana ingresara en la Universidad y se aplicara a sus estudios con ahinco pa-rra alcanzar las alturas del genio.

De la misma suerte, todo arte presupone una ciencia. El escritor y el pensador necesitan apoderarse de sus me-dios de expresión: estudiar el lenguaje y los distintos ma-

tices de su vocabulario; estudiar su gramática, las inflexiones de las palabras, saber las leyes del pensamiento, organizar su cerebro para ser capaz de pensar con claridad y eficiencia, aprender la ciencia de su época para explicarse y dar un cuerpo de expresión racional a su pensamiento. El pintor necesita saber los efectos químicos de los colores y su degradación en el tiempo, adquirir una técnica operatoria y ser capaz de dominar sus materiales. Y lo mismo puede decirse del escultor y del músico y, especialmente, de éste, que para llegar a la expresión perfecta de su arte debe dominar la complicada ciencia del contrapunto y de la armonía, estudiar los efectos de los sonidos y las relaciones de los sonidos entre sí. Un arte no puede realizarse jamás sin una ciencia previa, cuya adquisición requiere muchas veces largos años de esfuerzo, de preparación y de estudios penosos.

Por eso, ciencia y arte son dos formas de actividad vital, pero que se completan y se integran en una unidad que es el hombre. No pueden existir y desarrollarse aisladamente sin cercenar o deformar la fluencia indivisible de la vida. Un mundo entregado a la pura ciencia, si fuera posible en absoluto, se convertiría en un mundo deshumanizado, incapaz de una obra concreta y viva, porque sólo se movería dentro de fórmulas matemáticas o de esquemas geométricos, dentro de generalizaciones escuetas y frías. De idéntica suerte, un mundo abandonado al puro arte, no pasaría jamás de la esfera de las improvisaciones intuitivas y estaría a merced de las acometidas contingentes e inmisericordes de la naturaleza que pronto lo precipitarían en la destrucción y la muerte. El hombre para poder realizarse integralmente necesita de una cierta seguridad práctica, que se la da su conocimiento científico. Necesita también *simpatizar* con las cosas, introducirse, de cierto modo, en el alma de ellas, poseerlas espiritualmente, como se poseen y se compenetran dos amantes, y eso se lo da su conocimiento intuitivo.

Y la congruencia de estos dos conocimientos corresponde a dos fuerzas vitales y universales, que actúan permanentemente en nosotros. El desplazamiento de cualquiera de ellas fuera de su justo lugar y de su cabal ubi-

cación dentro de la vida humana, engendra un estado patológico que arrastra incalculables y desastrosas consecuencias. Necesitamos que la base de nuestra vida vuelva a encontrar un nuevo equilibrio. El racionalismo deshumanizante de nuestra edad nos ha precipitado hacia un malestar angustioso, arrojando al desván del inconciente las fuerzas creadoras de nuestra alma. Necesitamos *simpatizar* otra vez con el mundo; hacer surgir del fondo profundo de nuestro ser la euforia y el éxtasis del amante.

Para América, de modo especial, se plantea esta tarea grandiosa en la época contemporánea. Se puede afirmar, sin temor de caer en un mesianismo ingenuo, que el mundo espera encontrar su salud con ella y a través de ella. El mundo viejo se precipita cada vez más dentro de una caserna guerrera, deshumanizada y eruptiva que está pronta a estallar. ¿Estaremos los americanos a la altura de esta misión humana, que es también la altura en que debemos encontrar la razón y la realización más profundas de nuestro ser histórico? En los hombres y en los pueblos, por una congruencia maravillosa, su vocación esencial de servicio humano coincide con las raíces más profundas de su ser y de su vida mismos. No parece sino que del seno más hondo de la vida emerge este mandato: "NO PODRÁS SER SIN SERVIR, NO PODRÁS REALIZARTE Y VIVIR TU VIDA PLENA SINO ENTREGÁNDOTE EN HOLOCAUSTO AL MUNDO".

Y la salud espiritual — y aun la salud física, si se la mira en su significación más honda de poseer para dar — es sacrificio. "Pierde tu vida, dice Jesucristo, y la ganarás".

Antenor ORREGO

Pedro Salinas, Español del Exodo y del Llanto

A Pedro Salinas no ha de costarle mucho trabajo pasar por anglosajón en las calles de las ciudades estadounidenses. ¡O es que no les costó mucho trabajo a los Estados Unidos pasar por españoles en la amplia anatomía de Pedro Salinas! Imaginábamos, desde las pulcras páginas de la "Revista de Occidente", a un español más típico, no del señoritismo, sino de la Junta para Ampliación de estudios en el Extranjero o de la Residencia de Estudiantes de Madrid; medido hasta en la presencia, como José Ortega y Gasset, regulador de aquella generación. "¡Que haya pasado aquello!" piensa en voz alta Salinas, y mira en torno, como si temiese que algún indiscreto lo hubiese oído. ¿Confesaremos que nos parece bien la estampa anglosajona del poeta? Ahora nos lo explicamos mejor: es grandote y un tanto desgarbado, como todos los hombres comprensivos y generosos. Disuena con su estampa una irreprimible tristeza y una constante desconfianza de las corrientes de aire, como si estuviese en guardia contra algún duende. Pero no olvidemos, diría León Felipe, que es un español del éxodo y del llanto.

—¿Desterrado? — le oímos preguntarse a sí mismo a Salinas en un mediodía memorable del Salón de Grados de Letras de San Marcos, y responderse también: — En verdad, no podemos decir que estamos desterrados, ni trasterrados, los españoles que recorremos tierras donde seguimos hablando nuestro idioma.

Pero, si hubiese recordado a León Felipe en aquel momento, habría dicho aquello. El éxodo y el llanto explica

— y cómo — su tristeza, aunque quizás crea él mismo que siempre anduvo algo triste por haberlo alejado demasiado la cronología, de San Juan de la Cruz, de Garcilaso y tal vez del CANTAR DEL CID. Y la prueba es que, de pronto, se da vuelta e interroga angustiado:

—¿No me ha llegado correspondencia? — y confiesa su preocupación, pues partirá dentro de unas horas y teme que la correspondencia ya no le llegue jamás. No es correspondencia de Carlos V^o; es de la familia, a la que sin embargo va a encontrar ahora. Pero precisamente por eso, porque es de la familia; pues perdida la patria ¿cómo perder la familia también? Y una carta querida que no le llega al expatriado, es una inmensa sustracción familiar, un momento común que no se vivió. El español del éxodo y del llanto sabe eso. Y sabe más:

—Vivimos una época agónica — dice Salinas, en respuesta y ampliación a quien le ha dicho: "Vivimos en permanente incertidumbre".

En otras épocas, el hombre vivió para vivir. En la presente, vivimos para morir. Sólo tratamos de mantener iza da una idea. Y esto ¡qué adentro lo siente el español del éxodo y del llanto! No jeremiada: protesta, aviso, para lo que pudiera servir.

Pero, en fin, Salinas tiene una profesión también y no la descuida, porque es el trámite. Al llamarle poeta replica:

—Hombre, no me digan ustedes poeta, díganme amigo. Poeta lo es uno mientras escribe una poesía, es... (pareciera querer decir: es un instante íntimo). Pero luego es uno como todos. Compañero me honra más.

Compañero, porque estamos entre profesores. Lo es él, con perfección que pudimos comprobar en lecciones magníficas, de literatura española, y nada más que de literatura española, por contracción a la zona más frecuentada, no a la única, desde luego, que pudiera profesar con maestría también. Y de esa profesión nos habla en sus lecciones formales, dejando para las "informales" (digámoslo a la yanqui) los ayes agónicos, las blandas interjecciones admirativas para Lima, para el Perú.

—Calle usted: anda uno cien metros y jadea, y aquellos hombres de sesenta años recorrían el Continente, plantando ciudades, y no se cansaban. Uno quisiera descender de ellos, pero no lo merece. Sólo al ver estas tierras, la inmensa costa árida, los altos Andes, la tierra infinita, advierte uno la anchura de la hispanidad. Yo he llegado a creer que el español que no sale de España, que no conoce América, es un español provinciano.

Lima le parece una ciudad donde acaso no haya extraordinarias obras arquitectónicas, pero donde tampoco hay disparates. Y aun, después de vista la quinta Presa, dirá que hay, por lo menos, una casa encantadora: "Esa escalinata, esa galería..." Lamenta tener que irse de la ciudad sin ver otras cosas. Pero no olvidará nunca el olivar de San Isidro, las amplias avenidas. "En otras partes, hasta el espacio parece haber encarecido".

Entre los acompañantes de la rápida excursión urbana, va un argentino. Al llegar frente al palacio de la embajada de la gran nación rioplatense, donde flamea la bandera blanca y celeste centrada por el sol — por el sol de los Incas, téngase en cuenta, pues tal fué la intención histórica — dice el argentino acompañante:

—Ahí tiene usted la enseña de uno de los pueblos más dichosos de la tierra: libertad para todos, llaneza, riqueza...

Otro del éxodo, aunque siga en jurisdicción del idioma. Hace la advertencia de que habla en pretérito. Alguien se pone alerta, porque teme la aparición de la intrusa en un ameno paseo. Pero Salinas, escamoteando mágicamente el tiempo, zanja con elegancia la situación:

—¿Sabe usted que eso es lo que se refleja en el "Canto a la Argentina" de Rubén Darío? He concluido un libro sobre Darío, y allí digo que el "Canto a la Argentina" es el más hermoso canto civil de la poesía española.

Bien, bien: si los poetas no lo redimieran a uno de la discreción municipal ¡qué reglamentada andaría por el cielo la niebla! Pero pasemos a la literatura.

Por la mañana, en el salón del Consejo de la Facultad de Letras, se efectúa una reunión. Preside el decano, Dr. José Jiménez Borja; asisten profesores y estudiantes. En-

tre los profesores (quizás él prefiriese entre los estudiantes) el rector, Dr. Luis Alberto Sánchez. Plantea su problema Pedro Salinas:

—¿Creen ustedes o no que sufrimos una crisis en la enseñanza de la literatura?

Se conviene en que sí, con el apoyo del decano, que concreta: "Falta vivencia en la literatura que se enseña". Todos los profesores presentes se acusan a sí mismos, sin que falte quien tiene también algún reproche que hacer a cierta falta de interés literario de los estudiantes, ni el que pregunta si se ha definido bien el objeto de la enseñanza literaria y si en otras épocas no hubo la misma crisis actual, ni el que sostiene que vivimos un mundo periclitado, sobre todo el español, y que, no expidiendo ya en las cátedras (en todas, con excepción de algunas técnicas) más que una especie de manufactura, sólo traerá una solución de fondo la revolución social. Salinas precisa:

—El historicismo (que yo respeto mucho en otros aspectos) ha perjudicado a la enseñanza literaria, apartando la atención de los textos en beneficio de la biografía de los autores. Norteamérica ha dado la voz de orden: "Volvamos a los textos", en lo cual sólo cabe la sorpresa de comprobar que alguna vez nos separamos de los textos. Y tengamos una serie limpia y manuable de textos literarios españoles, que no tenemos.

Lee sorprendentes opiniones de científicos norteamericanos sobre la vitalidad de la enseñanza literaria. No es la enseñanza de una técnica: es la enseñanza de la vida misma, que se acumula en las obras literarias. ¿Podríamos reemplazar pues el conocimiento directo de esos sedimentos vitales con ningún otro?

Opina entrecortado por la timidez pero seguro en sus ideas un alumno: hay que leer las obras mismas, limitándolas a las más eficaces, y buscar en ellas el depósito de vida más que el depósito de profesión.

El rector hace un resumen de lo tratado: la literatura es la vida, previa exclusión de todo aquello que no es realmente literario aunque se llame tal, pero sin convertir en "clásico" nada de lo que quede, por enseñarlo en "clase"; no son el problema mayor los textos: hay cómo procurar-

selos; lo importante es enseñar la literatura como vida: "Yo desconocí el QUIJOTE hasta los treinta años, en que lo leí por mi cuenta, después de haberlo leído tres veces en clase como ejemplo gramatical".

En una hora ha habido tiempo hasta para peroraciones. El comentario lo continúan los estudiantes en los corredores, al pie de la pila del patio...

Salinas ha dado sus conferencias sobre "Garcilaso y la poesía del amor", "Una metáfora en tres tiempos", "En busca del lector desaparecido (Psicología de la lectura)" y "Lo que debemos a Don Quijote de la Mancha". Tiene que partir. Lo hace con pena que le mitiga un tanto — ¿o le acentúa aún? — la investidura de catedrático honorario de la Facultad de Letras.

Es sábado, a mediodía. Atestan el salón de grados de la Facultad los estudiantes de la casa, profesores, visitantes. En el estrado, presididos por el rector de la Universidad, el cuerpo docente de la Facultad y profesores extranjeros, el Dr. José Giral entre otros. Lee desde la tribuna un sustancioso trabajo sobre Salinas poeta, crítico, profesor y hasta traductor, el Dr. Estuardo Núñez. El rector, con parca palabra, entrega al recipiendario las correspondientes insignias. Agradece Salinas, empezando por llamar "compañeros" a los catedráticos de la casa, ahora, sí, dice, con derecho que lo honra y lo halaga.

Salinas, temeroso de que se le pueda considerar simplemente lisonjero, realiza un visible esfuerzo por lograr que se le comprenda. No agradece un honor más. Hace años que peregrina por las universidades del mundo; pero su paso por San Marcos se le grabará en la memoria particularmente.

En otras épocas, los profesores recorrían las universidades europeas — Bolonia, París, Oxford, Salamanca — y en todas podían entenderse con los colegas en un idioma común: el latín. Hoy, el profesor español expatriado apenas puede sentirse desterrado ni trasterrado, pues va de universidad en universidad, por América, y en todas halla el mismo instrumento de expresión del pensar y del sentir: el español.

La satisfacción que proporciona ese hecho, aumenta con el hallazgo de la libertad. Por no tenerla en la patria, debe peregrinar, pues "yo, como el ilustre colega que me acompaña en estos momentos (alude al Dr. José Giral), no creo posible sin la libertad la obra del espíritu". Mientras llega la hora del regreso, aprovechan el mundo hispánico y libre para trabajar. Es la honra con que esperan volver a la patria: la obra. A la misma honra se refería el Cid al decirle a Minaya Alvar Fáñez, trasponiendo las fronteras natales: nos echan de Castilla, "mas nosotros con gran honra hemos de tornar a ella".

El año en que España descubría a América, publicaba en España la primera gramática romance Antonio de Nebrija. Al mismo tiempo, Nebrija, como lo dice él mismo, "ponía tienda de latín" en la patria. Recordándolo, Salinas dirige la mirada al techo decorado del salón, antiguo oratorio. La alegoría cristiana prevalece en las figuras; pero entre ellas hablan los dichos latinos y se introducen amorcillos griegos; y tras ellas está la nación, el Perú. He aquí un techo simbólico de nuestra cultura. Bajo él puso también su tienda Salinas. Las puertas del foro y laterales estaban abiertas. El claustro se había franqueado y daba por todas las puertas al patio inmediato con jardín y techo de cielo: daba a la natura. Por consiguiente, natura y cultura junto a su tienda. ¿No era la suprema hermosura, tal como está escrito en el techo del salón: *Tota pulcherrima est?*

Revisamos nuestra impresión anglosajona del primer día frente a la figura de Salinas. En busca de la belleza, que es el bien, su palabra ha tomado vuelo místico. Más español que anglosajón parece el suceso. Y la verdad es que ahora, Pedro Salinas, de talla elevada — más elevada aún que la que le vimos a un pronto — ofrece, no sabemos si formas o rasgos o gestos, de español imperial, pero con imperativo de verbo y de ética, que no es el de las armas, desde luego.

—Caramba, qué lástima, quisiera poder hablar algo más con usted... — nos dice, al despedirnos, "puesto ya el pie en el estribo", y deja pendiente la cláusula, como si aun pudiera hallarse remedio, cuando sabe que lo es-

pera el avión. Pero es que, español del éxodo y del llanto, está diciendo: —Bueno, esto del avión es un accidente; no lo será más la muerte; ya nos veremos, ya nos veremos.

¡Qué duda cabe, Salinas!

J. G.

Alonso Quijano el Bueno, en Lima

UNA niebla fría cubre la ciudad y oprime a los hombres. Corre el mes de Setiembre, dicen primaveral, vana ilusión en esta ciudad virreinal donde sólo se conoce un verano prolongado y un invierno incansable. La niebla juguetona, tajante, corre por las calles estrechas, penetra en los patios de la Universidad sanmarquina, impregnando sus vetustas paredes. A pesar de este ambiente de humedad, se nota la presencia cálida de gentes que se agolpan en el Salón de Actos de la Facultad de Letras. Se distingue la presencia de jóvenes intelectuales. Hay calor (calor humano) en el Salón, en el cual no penetra la niebla. Lo frío, lo húmedo se detiene en el patio.

Son las 7 y 10 minutos de la noche, del día 16 de Setiembre de 1947. Un nutrido aplauso, una exhalación de alegría se desprende de la multitud apretujada que ocupa el Salón y los corredores que lo circundan. Un fervoroso entusiasmo se lee en el rostro de la concurrencia y una ansiedad loca en los ojos. La intelectualidad limeña avanzada y jóvenes universitarios saludan la presencia de un alto valor de la poesía española; de una auténtica voz de la España del Cid: en el estrado, se halla nada menos que una encarnación de Alonso Quijano el Bueno.

Alonso Quijano el Bueno ha llegado a Lima, a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, para decir su mensaje. Esta vez no ha viajado sobre Rocinante; ha sido un avión el que lo ha conducido, porque se trata de uno de los modernos Quijotes que actualmente andan diseminados por el mundo.

Estos Quijotes no son otros que los mejores caballeros que salieron de la tierra cervantina a consecuencia de la vorágine de la guerra civil española de 1936 a 1939. Tremendos años en que la inteligencia en fiero combate con la barbarie dejó en las barricadas muchas lumbreras y otras atravesaron los Pirineos y en nuevas aventuras por la cultura universal caminan por los horizontes del mundo conduciendo la antorcha de la España verdadera y de la justicia.

Estos modernos Quijotes caminan infatigablemente por todos los rincones del mundo, y cuánta alegría en los corazones universales en cada encuentro con estos Quijotes, cómo vibra el alma con la voz esperanzada de esta España Peregrina, cuánta enseñanza en esta tragedia española, que es tragedia de la humanidad.

Las tierras del Perú no podían ser ajenas a estos Quijotes. Las más conspicuas figuras de esta moderna caballería han visitado el suelo peruano. Una de ellas es la auténtica encarnación de Alonso Quijano el Bueno: el poeta Pedro Salinas. De aquí el entusiasmo de la concurrencia, la fiebre en los cuerpos y el caluroso ambiente en contraste con la niebla que se arremolina en los patios sanmarquinos y el frío viento que sopla por las calles virreinales.

Pedro Salinas, alto, no muy flaco, de largas piernas y brazos igualmente largos, la cara delgada, es nada menos que un moderno Alonso Quijano el Bueno; pero no sólo el aspecto físico lo mancomuna al famoso manchego: es también el espíritu, el afán entrañable de luchar por el bienestar humano, el amor a lo bello, el "desfacer" entuertos profesando la enseñanza.

Contemplando la cara de Pedro Salinas, un tanto secas las mejillas, los ojos vivaces, la nariz larga y afilada, la frente despejada, la cabellera rala, se presenta a la memoria la figura célebre de Alonso Quijano el Bueno.

Qué expresiva la mímica de Pedro Salinas. Siempre se recordará la mueca de su boca, al exclamar un ¡Ah! prolongado: se forman ligeros pliegues en la frente, muestra la boca cuan grande es y arroja chispas en la mirada. ¡Qué expresiva toda la faz! Los músculos de la cara,

cuando habla el poeta, también hablan. Los brazos, qué ágiles, qué inquietos. Los lentes suben y bajan incesantemente, cuando tiene que leer alguna cita escrita o mirar al auditorio.

No nos vamos a referir a sus libros, a su calidad poética, o a reseñar sus conferencias; nos limitamos a dar la noticia de su presencia, del contacto mudo y visual de su persona.

Otra tarde de este invierno inacabable, parece increíble, Pedro Salinas se hallaba solo en el establecimiento "El Naranjito", pero no tan solo, pues lo acompañaban esos eternos amigos: los libros. Llevaba un paquete de libros bajo el brazo. Tenía puesto un abrigo gris, un sombrero cabritilla que hacía juego con el color de su cabello y de su cara, y fumaba un habano.

Pedía un jugo de papaya.

—Y esto ¿qué es? — interrogaba señalando un frasco que contenía líquido violáceo.

—Fresas, señor — respondía solícito el empleado del establecimiento.

—¿Qué tal la papaya y las fresas? — inquirió Pedro Salinas.

—Muy rico — contestaba el empleado.

Otro de los empleados saludaba con mucha amabilidad y varios parroquianos daban preferencia a Pedro Salinas. Y es que su personalidad irradiaba cariñoso respeto.

Coge el vaso que contiene la mezcla de los jugos de papaya y fresas y toma asiento.

El habano desaparece, las gafas están guardadas.

Qué sencillo este hombre. Su rostro fino expresaba una serenidad cabal. Una de sus manos acariciaba el paquete de libros. Sus ojos paseaban por todo el establecimiento, observando la gente que entraba y salía. Este moderno Quijote, en esa posada, estaba silencioso, mientras bebía el jugo, cavilaba, como si extrañara la ausencia de Sancho. El propio Salinas ha dicho que no puede concebirse un Quijote solo, o un Sancho solo, ambos se consubstancian. Qué tragedia la de los Sanchos que se han quedado en España, anonadados o reclusos, hasta que sus Caballeros retornen a la Mancha y los liberen de la opresión.

La seriedad de Pedro Salinas es la paciencia del Quijote. La paciencia, ha dicho el poeta, es una de las enseñanzas que nos brinda el Quijote. Miguel de Cervantes Saavedra, con maestría sin igual, nos ha dejado un Quijote muchas veces aporreado, molido, becado, pero nunca desalentado, siempre con la ilusión de nuevas aventuras, con el deseo insatisfecho a cuestas. Esta paciencia, no es en ninguna manera una derrota, es una forma irónica de considerar los avatares como un eslabón que nos conduce a la satisfacción de nuestros deseos.

Así, Pedro Salinas dijo que conllevaba esa paciencia con no pocos amigos, y los reveses sufridos había que soportarlos como un Quijote: Quijote trashumante, como buen español y republicano, como todo auténtico español.

Este moderno Alonso Quijano el Bueno ha permanecido escasamente una semana en esta Lima frívola, donde los periódicos apenas dieron noticias de su presencia y casi casi guardaron un silencio franquista, comulgando con ese grito bárbaro de "¡Abajo la inteligencia, viva la muerte!"

Pedro Salinas, uno de los más altos poetas castellanos, ha honrado con su presencia esta vieja casona sanmarquina y ha dejado una estela de su cultura humanística; nos ha mostrado toda la raigambre de su sabiduría hispánica.

Así hemos conocido a la moderna encarnación de Alonso Quijano el Bueno, al republicano insigne, al poeta Pedro Salinas.

Temístocles BEJARANO

André Maurois no Quiere Dejar de Ser Escritor

EN torno de una mesa bien puesta, una treintena de universitarios. Llega el *gâteau* y todos los comensales vacilan al servirse. Cuando le toca el turno a André Maurois, se ve blandir con agilidad un cuchillo en una mano y una cuchara en la otra; la cáscara achocolatada que parecía un envase se destroza, y brota la blanca crema, en seguida oronda en el plato. La superioridad mundana del escritor francés ha quedado patente, aun frente al colega limeño que le hablaba en su idioma por serle totalmente extraño al visitante el español. Fué la superioridad mundana que André Maurois mostró en sus conferencias de Lima, y realmente no correspondía pedir más.

Maurois, como todo escritor, pero especialmente como los biógrafos novelistas de nuestro tiempo, tiene partidarios y de los otros. Hay quien no le perdona haber escrito el LORD BYRON, y hay quien opina que el DISRAELI vale una consagración. Sin duda, terciaremos nosotros, el CHATEAUBRIAND es un señor libro. De lo demás o de mucho de lo demás ¿por qué extrañarse cuando el escritor tiene que vivir de la pluma en un mundo que no es "el centro de las almas"?

Físicamente, es el francés característico, con ojos algo más claros: de talla mediana, ancho, brazo pendiente, desgarrado sin desaliño y con vocación de longevo. Lleva los sesenta y pico mejor de lo que parece en las fotografías. Sólo extraña verlo un poco arisco, nunca descortés, por cierto. Antes de que escape, lo atrapamos.

—Señor Maurois, díganos algo mano a mano, no para el público, es decir, claro que para la publicidad, pero como si se lo confiara usted a un amigo íntimo: ¿se recupera Francia realmente después del abatimiento de la guerra?

Responde:

—Las destrucciones causadas por la guerra en Francia —ciudades, casas, ferrocarriles, puentes y sobre todo vidas humanas— son tales que la recuperación será lenta. Pero ya, desde 1945, se ha llevado a cabo un trabajo inmenso, y Francia lo continúa con valor.

¿Una evasión, a pesar de todo? Naturalmente que no era eso lo que le preguntábamos, aunque no deje de interesarnos el estado de la mampostería. Tal vez Maurois no viene más que a cumplir y, dentro de tal propósito, es irreprochable su respuesta. Hagamos otra tentativa, pues también nosotros tenemos nuestro propósito:

—La recuperación ¿en qué zona es más rápida y segura? ¿en la política, en la economía, en las costumbres, en las letras, en las artes, en la ciencia?

—En el dominio de las letras, de las artes y de la ciencia, la recuperación es total; políticamente, las instituciones funcionan con la humanidad; económicamente, la recuperación exigirá años.

En fin, algo es algo. No podemos perder de vista la posición del interrogado, diferente de la nuestra. Hay recuperación... etc. etc. Algo hemos sabido. Pero ¿y las costumbres, que reflejan la espontaneidad y la totalidad de un pueblo? Sin embargo, un silencio también es una respuesta. A otra cosa:

—¿Hay mucha diferencia entre los problemas actuales de Francia y los problemas del mundo?

—Francia tiene algunos problemas que le son particulares, verbigracia la vecindad de Alemania, el carbón del Ruhr; pero sus problemas generales — la paz, la moneda, los intercambios — son los mismos que los de todo el mundo.

Bien: la pregunta no era demasiado sagaz tampoco, de manera que estamos a uno.

—¿Cree usted que Francia ha perdido o ha visto disminuir su ascendiente espiritual en las Américas?

—Inevitablemente, los años de guerra han causado un receso; pero desde ya se siente renacer la influencia espiritual de Francia. Francia no siente celos por la influencia espiritual de las otras naciones. En el dominio del Espíritu, no se lucha, se suma y se comparte.

Esto está bien dicho. Celebramos haberle dado al maestro la ocasión de una fineza. En fuerza de buscar la utilidad, habíamos descuidado la elegancia, olvido imperdonable tratándose de un francés. Con todo, insistimos en conocer algo útil:

—¿Cuáles son sus planes de escritor para el futuro inmediato?

Repetimos que la presencia física de Maurois es consistente. Pero no podemos olvidar los datos cívicos. ¿Se pueden hacer proyectos de obra a determinada edad, sobre todo teniendo ya un haber bastante copioso? Nuestro amable interlocutor nos disipa toda duda: va a publicar una HISTORIA DE FRANCIA (que deseamos más profunda y más viva que la HISTORIA INGLESA) y tiene en preparación, óigase bien, una larga novela social sobre la Francia de 1939-1947. He aquí una lección de optimismo que recogemos. Y como por contraste, se nos ocurre esta otra finta:

—¿Cree usted que el escritor influye hoy en la marcha del mundo?

Francamente, lleva su matiz de rabia la pregunta, matiz que no hace falta definir, siendo escritor el que la formula. Y francamente, nos resulta un tanto mecánica la respuesta de Maurois:

—Sí, es claro: hoy, como siempre, el escritor tiene influencia sobre la marcha del mundo.

Si no fuera alevoso detener en el marco de una puerta a un viajero, durante uno o dos siglos, haríamos un cotejo de títulos librescos — de títulos no más — y de hechos humanos, y quién sabe si se confirmaría la afirmación del afamado biógrafo e historiador. Casi como si el cotejo hubiese sido verificado, hacemos la pregunta consiguiente:

—¿Preferiría usted ser político, militar, o poseer otra cualquier profesión que la de escritor?

—¡No, no! Desde mi niñez, he querido ser escritor.

—Bueno: ha querido; pero ¿quiere aún?

No está en nuestra duda, y no es posible detenerlo a la puerta uno o dos siglos. Para despedida, pues:

—Hemos visto que el periodismo francés de la postguerra es excelente y abundante. ¿Piensa usted que el periodismo americano en general tiene que aprender del europeo, y viceversa?

Es que, en Lima, donde un tiempo hubo periodismo superior, experimentamos hoy la preocupación por el buen periodismo. Además, pensamos que nos ciega a todos la justificada admiración por el periodismo norteamericano.

—Los grandes periódicos americanós — opina Maurois — son excelentes e iguales a los mejores de Europa.

¡Hum!... No es que queramos refutar la opinión del ilustre escritor; es que parece haber dejado resbalar nuestra curiosidad. Pero aun le faltaba por decir esto:

—Un rasgo original de la prensa francesa, es el de dar especial importancia a los artículos de ensayistas, por ejemplo Mauriac, Camus, Aragón, que ejercen notable influencia espiritual en el público. Quizás sea algo que podría imitar la prensa americana.

No lo hemos perdido todo. En efecto, el escritor, individualmente, cuenta poco en la prensa americana, aun en el caso de los "columnistas", cuya gravitación no les corresponde tanto como a las columnas editoriales en que se sustentan. Terminemos la especie de atraco — todo interrogatorio lo es — con esta ingenua expresión de deseos de André Maurois, a quien en seguida estrechamos la mano, quedándonos con cierto afecto, además de lo que reteníamos de sus libros:

—Me gustaría encontrar en los periódicos americanos más noticias de Francia.

Eso, por supuesto, mientras anda por América. Cuando se halle de regreso en la patria, recogeremos su deseo los que estamos por acá. "Con mis enormes dolores, / hago mis pequeños versos" decía el poeta. Quisiéramos conocer más a menudo los pequeños versos de los enormes dolores de Francia, la Francia de la purificación.

ROLANDO

Con una Lupa en la Mano y un Interés en la Mente

SIEMPRE existirán espíritus que se complacen en caminar hacia el cumplimiento de esa noble cita en que se propone armonizar la personal cultura con el desenvolvimiento integral de la visión humana.

Esos espíritus tratan de superar la confiscación que suele producir ese trabajo de fría curiosidad científica, propia del coleccionista y analizador de los cuadros de la Naturaleza, agregando a dicho trabajo el caudal de un filósofo, es decir de un hombre que valora sustancialmente las cosas y los hechos observados.

El trabajo intelectual científico no es conquista que se limita a esos mezquinos placeres de la utilidad y del egoísmo. Es mucho más. Es camino de observación, con postura de seriedad, porque la salud del espíritu humano está en sentirse en capacidad de estudiar, de interrogar o de formular una explicación en torno a la realidad visible que la rodea. Y si la verdad no fuese ampliamente alcanzada, entonces surge un nuevo interés y es el de la postura de honradez intacta que hay que poner frente a un múltiple y diverso campo de observación. El saldo que recoja en todo caso el hombre de estudio será siempre favorable, al ampliarse su cosmovisión, al encenderse la aptitud meditativa y al adherirse más a un realismo de ideas y de hechos, jugando menos con las palabras.

¿POR QUÉ despreciar — interroga un naturalista — por pequeños o mezquinos, ni la brizna, ni el insecto, ni el ba-

ro, pobres cosas y, sin embargo llenas de verdades? Y por otra parte, interroga también el amante de la verdad moral: ¿Por qué despreciar esa acción oculta de la palabra esperanzada como instrumento de reforma de las almas? ¿Es que no cabe una visión constelada en la mente de un especialista? ¿Es que la visión estrictamente científica debe confiscar la mente hasta hacerla indiferente a otras meditaciones de la Naturaleza, de la vida, del espíritu?

Pero con un nuevo esfuerzo en la mente y una lupa en la mano, nuestra observación alcanzará un mayor horizonte. Al través de todo escrutar desde esa torre de observación, podrá complacerse nuestro espíritu en despejar toda cortina de egoísmo, que es la fuente de todas las quejas humanas, fuente del quebranto y del dolor del hombre. En la misma naturaleza observaremos, junto al afán de la lucha por la existencia, afanes de solidaridad y de cooperación. Observaremos una progresiva actividad diferenciada en la cadena de los seres cuyos diversos episodios de existencia constituyen una interesante historia natural. Por lo mismo que ama el sabio la verdad científica, tiene que amar también otras verdades. "Para encontrar la verdad científica — escribía H. Poincaré — lo mismo que la moral, es ineludible despojarse por completo del prejuicio y de la pasión y llegar a la más absoluta sinceridad. Quien las persiga está condenado de antemano a no conocer el descanso".

Ha sido por medio de una lente que ha penetrado la mirada humana en detalles de cosas y de seres desconocidos, poniéndonos al frente de dos infinitos: el infinito microcosmos y el infinito macrocosmos. Así se ha ampliado ilimitadamente el horizonte de la civilización. Se han hacinado leyes que explican los fenómenos y que acreditan el imperio de la ciencia.

Es deseable así que estas adquisiciones del ingenio humano realmente representen un universal patrimonio y que pertenezcan al hombre corriente, al hombre de la calle, atareados en la lucha por la vida. Que respondan a ese ritmo, comprobable en la misma naturaleza, de solidaridad y de cooperación.

Mucho ha andado el hombre moderno en el sentido de comprender la importancia educativa de la observación de la naturaleza, laboratorio de todo hombre culto. Esa preferencia y esa emoción se explican ya desde muy antiguo por el hecho de que las pupilas infantiles se impresionan primero en la realidad de la naturaleza, y sólo después, por la religión, por la educación, por la cultura, aparece esa otra hermosa realidad del espíritu, como realidad posterior.

En este doble juego de actividad proveniente de la visión externa y de la interna, está, pues, el interés de la construcción de una mente lúcida.

Cuando nuestra mirada ronda en el firmamento el eterno espectáculo celeste, deberíamos interceptar, entre nuestros ojos y las estrellas, un sistema de lentes para agrandar nuestra visión y hallar la explicación del hecho distante. No me es difícil adivinar el encanto que rodeará a un hombre puesto en este ademán de noble contemplación. Si la observación del hecho distante tiende a complacer la ansiedad humana elevándola sobre los prejuicios y las incomprensiones de la calle, no son menos interesantes aquellas otras observaciones de mil diversos hechos minúsculos que todos los días ocurren no solamente allá en la selva, entre música de frondas y de follajes y aguas rumorosas, sino aún en el pequeño sembrado de nuestro huerto, donde también se agita un mundo imperceptible de seres desconocidos.

¿Cuántas veces en mis correrías infantiles sorprendía, allá en apacible y solitario rincón, entre menuda hierba, correr en fuga precipitada, una araña sosteniendo una carga esférica de blanda seda? ¡Pobres arañas perseguidas y que dejaban, ante mi tenaz capricho, su carga única!

Asistía después a la ruptura del albo saco del arácnido, curioso de conocer su contenido: ¡Eran millares de pequeñísimos hijuelos!

Varios años después, todavía pude comprender toda la belleza y toda la grandeza que encierran estos minúsculos episodios de la vida campesina, debido a la pluma de Fabre, por la lectura de los RECUERDOS ENTOMOLÓGICOS.

Nada se acomoda más al afán de meditación y de ciencia de un joven, que este peregrinaje por los caminos de la naturaleza, con una lupa en la mano y un interés en la mente.

Con un martillo y una lupa cumplirá observaciones de naturalista. Caminará. Se detendrá ahí donde pueda ver, cual enorme herida en la tierra, un gran tajo que le permita estudiar sus estratos, que son archivos de lejana historia descifrable, como lo sería un depósito arqueológico para un historiador.

Al golpe del martillo descubrirá unas impresiones fósiles sobre algunas rocas sedimentarias. Los restos de vidas animales y vegetales desaparecidas, no solamente dan la visión propia para una tarea de anticuario. Y así el trabajo de excavar ocultos secretos de la Naturaleza, significa algo más que el anhelo de reeditar instantes o episodios definitivamente pasados.

EL observador escucha a la naturaleza, decía Cuvier. Tal instinto de honradez científica será el fervor que acredita bella y sólidamente todo afán de interpretación.

Pero luego aparece una realidad más profunda, a la que no se llega ya, con una lupa en la mano, pero sí con el alma de un químico. Entonces aparece el experimentador. Recordemos la frase completa de Cuvier: "El observador escucha a la naturaleza; el experimentador la interroga inteligentemente, desgarrando sus velos".

Esto indica desplazarnos hacia un nuevo campo con un nuevo interés en la mente. Encerrado dentro de los muros de un laboratorio, el químico trabaja para la formación de su espíritu.

El químico necesita tener el espíritu, cuando investiga la verdad, lejos de toda preocupación innecesaria. Prosigue su labor analítica hasta encontrar todos los elementos de que está constituida la sustancia que examina y — por una serie de descomposiciones — tiene que identificar cada uno de aquellos elementos y, aún, determinarlos en cantidad.

Es decir que el criterio del químico, cuando obra dentro del recinto de su laboratorio, tiene que guiarse de un ojo

realista, de una impasibilidad crítica. Trabaja ajustando su lógica a los hechos y no acomodando los hechos a su lógica.

Tal sentido realista es operante y engrandece todo cuadro de estudio y de meditación. Es operante sobre todo en la comprensión del dolor del hombre.

Pongo por caso el trabajo del químico cuando actúa para hallar o crear un remedio.

Si el negocio no perturbase la amplitud del concepto del medicamento, tendría el mundo mejores expresiones para esta sagrada tarea de crearlo o de elaborarlo. Yo acaricio el pensamiento de que adviene un porvenir cercano en que será visible el engrandecimiento del concepto social que involucra el trabajo científico de crear el medicamento. Constituir el medicamento es tarea sagrada y tan grande, a veces, como es grande la angustia de esa hora en que una madre se nos muere. Es tarea sagrada aquella que se cumple devorando horas de vigilia, agitando como Suertturner, como Caventou, como Pelletier, hasta que consiguieron, con noble porfía, hacer llorar a plantas desconocidas unas gotas de sustancias que la humanidad ha recibido y aprovechado en deuda aun no saldada.

El trabajo incesante de una Naturaleza vista con una lupa en la mano y un interés en la mente, enciende la curiosidad humana hasta hacerla también infatigable.

Volvamos a nuestro huerto y a nuestras peregrinaciones por los caminos de la Naturaleza. Una lupa en la mano llena de proximidad nuestra visión. En este momento observo un pequeño mundo de la vida de algunos insectos: veo, en efecto, a algunos insectos, cual grandes industriales, con sus vidas encendidas. No hay antinomias en la observación de estos caminos hollados sólo por vidas diminutas. Otros caminos de la Naturaleza ofrecen igual interés. Unos gemelos me sirven para aproximar a mi contemplación diversos y bellos escenarios. La sugestión amable de la montaña, mejor que los libros, lleva mis pensamientos hacia mejores propósitos. Observar es, pues, escuchar a la Naturaleza.

Empero, esta aproximación constante del hombre de estudio a las realidades visibles no obliga nunca a que se sustraiga a esas tareas de ganar con el espíritu esas realidades universales fecundas, invisibles e imponderables. La visión universal es un equilibrio de ciencia y de arte. Ya Fouillée y Guyau afirmaban que la visión universal es signo del arte y de la comprensión del artista.

Una lupa en la mano nos aproxima a la observación naturalista, al método experimental; un interés en la mente nos aproxima a una visión universal.

Observar con una lupa en la mano para obtener visiones realistas, sí; pero a condición de mantenernos apoyados en la mente. Las cosas que vemos son una parte de las que realmente existen y no alcanzamos a ver. Ya no podemos decir con Berthelot, maravillado en los progresos de la química, donde puso sus manos creadoras, que "ya pasó la era de los misterios".

Toda superstición es una imprudencia. La justedad del pensamiento estaría en no renunciar, al lado de la contemplación de estas infinitas realidades visibles, también la visión de esas otras realidades internas invisibles. No basta la erudición y el sistema y no basta gobernar nuestra comprensión por las informaciones de la inteligencia. La realización de las cosas fuera de nuestro yo es *intelecto*, decía un antiguo y sabio filósofo oriental. Es necesario encender otra luz para entender esa corriente oculta de la vida, para entender ese impulso originario dado a dicha corriente una vez y para siempre y a la que Bergson calificaba el *élan vital*.

Una lupa en la mano, es decir un sentido realista, sí, pero no esa imprudente negación de la inagotable productividad del espíritu. Siempre la realidad capitula ante esa fuerza del espíritu si éste se nutre con una ciencia amplia y profunda.

Por eso creo que ninguna cosecha sería para mí más provechosa que conseguir de mis hijos o de mis alumnos que fuesen poseedores de una ciencia amplia y profunda, que yo no pude poseer.

En mi anhelo de que adquieran un alto concepto de seriedad en el estudio y de que no distraigan su ignoran-

cia jugando con las ideas, les pediría que trataran de apropiarse de una lente para enriquecer su mirada con esa observación de una ancha y suscitadora Naturaleza, laboratorio de todo hombre culto.

Es entonces cuando el hombre alcanza a poseer su gloria de comprender y de admirar. Una lupa en la mano le pondrá en contacto con la realidad, y un interés en la mente le hará escuchar a la Naturaleza, para poder recoger armonías cada vez más puras y más altas que izan el alma, según sea la capacidad del auditor.

Fortunato CARRANZA

Poemas

Ejercicio en lo Imposible

*¡C*UANTAS veces, para olvidarme de ti,
como de sepulcro, salgo a mi superficie!
¡Salgo de mi hondura y castigo en mi piel
todas las amapolas que inventaron tus labios!
¡Y decapito el ángel de tu primera risa!

*Pero el cielo se cae de boca en mis pupilas
y repite la carne de tu virtud más dulce.
La Luna baja hasta mi Mar de heridas
y me recuerda cosas que los tres escondimos.
El viento me devuelve tus pañuelos
ahogados de nudos y suspiros.
Y el árbol y el jilguero
juran que no es bueno el olvido.*

*¡Y nuevamente y como siempre
me envuelve tu suave tentación de raíces!
¡No es bueno el olvido!*

Armonía en la Luz

*H*AY mañanas que al levantarme de la cama,
apenas he besado tus manos que derraman la luz
para que se haga el día,
siento que despierta en el bosque de mi sangre
tu presencia de incendio
y que tu sembrío de perfumes ha florecido
llenando mi corazón.

*Esas son las mañanas que soy libre
porque mis palabras gozan de alas
con las que ganan tanta altura
hasta donde no pueden elevarse las dudas.*

*Esas son las mañanas que soy bueno,
tanto, que podría ser metal para campana
y mis huesos más largos dulces flautas.
Esas son las mañanas que soy útil para la alegría,
tan útil, que bien podría distribuir entre los tristes
las sonajas de sangre que brotan de mis dedos
o los racimos de oro que intenta mi voz.*

*Y es cuando me voy sin llamado ni cita
hacia lugar donde parece que me esperan
para alentar trigales de lumbre.
¡Entonces les hablo a los hombres tantas ternuras
que mi propia alegría se desnuda y llora!*

*Y todo lo que toco florece entre mis manos!
¡Y todo lo que digo se transforma en paloma!
¡Y todo lo que veo se aluviona de rosas!
¡Y sólo entonces creo que no hay hombres malos!*

Agonía sin Muerte

***P**ARA morirme ahora ya no me falta nada.
Mi actitud de muerte está completa.
Redondez de silencio me ha oído
y raíz de ternura se me apaga en la tierra.*

*¡Tengo en mi pecho rota tal palabra
que me duele como si me doliera el cielo!
¡Mi sangre va quedándose dormida y prisionera
en la niebla que trata de esconderse en mis venas!*

*En mi lengua es perfecto ya el grito final
que ha de caer como manzana madura*

*cuando las manos frías y moradas
me sacudan de adentro y de afuera. . .*

*¡En mi boca están escondidos centinelas
esperando clausurarla con flores amarillas!
¡En mis ojos
esperan dos niños con sus finas agujas
para coser mis párpados!*

*¡Y no sé quién ni en qué rincón de mi
está fomentando vida de principios extraños!*

Julio GARRIDO MALAVER

Nuestra Novela Chola

HACE algunos lustros, cuando tras una larga noche alumbró el intento de diseñar el esquema de la novelística peruana, se creyó haber pisado en tierra firme. Aparte las vigorosas precursoras, la Matto y la Cabello que, con antelación, se internaron o en la riscosidad de los peñascos serranos a exhalar el licor rojo de la sangre impetuosa, o en la carda social de la Lima pelucona, de cuya envoltura recién ahora se empieza a otear nuevos aires y remozado sol. El hecho cierto es que a la luminosa aparición sucedió un prolongado eclipse, tiempo que fué esquilado en cambio a favor del poema, engolfando estéticos destellos o broncas pesadumbres del alma, pero en todo caso denunciante de una peripecia a la sordina, levadiza y al trasluz. Pero la parcela narrativa y comunicativa no hizo aparición más que en algunos arrecifes horadados constantemente por ciclones o conmociones subterráneas. En uno de esos desolados interines se tejió LA SERPIENTE DE ORO, cabecera de novela con la pupila abierta en la jungla, en la que todo está por descubrir, a excepción de su misterio y de su imagen estética de virgen en penumbra.

Aquellos briosos personajes del relato, calemarinos cholos, robustos indios de piel blanca; dotados de la astucia y el tesón de los aborígenes, que cruzan al galope las altas mesetas porque éstas los descubren demasiado, y se escurren por bajíos y canales, por filudas entrantes, llevaron lejos, hasta el seno selvático, el oscuro determinismo de nuestro carácter, creado por un abstruso y artificioso sistema de vida. Pendientes del azar undoso tendido por espadas y por infolios, por tenazas económicas que los

acorralan, vagan estos personajes en busca de su novela, que pueda cantar y comunicar la llama de su vital y perenne angustia.

Digo comunicar, y no expresar, porque en ello reside el cabal secreto de elaboración de nuestra épica novela. Para que ésta cuaje no basta con recoger y seleccionar el material bruto de construcción, y distribuirlo, dentro del concepto unitario, ni con el más alto y riguroso criterio estético. Es más importante en el proceso artístico que se produzca el contagio emocional de lo escrito, la honda emanación terrígena cuyo impulso no siempre se expresa sólo a través de una bella dicción ni de una coordenada precisa, aun cuando no sea otro el espejuelo de la perfección literaria.

Existió siempre, casi de modo fatal, una controversión por parte de los autores respecto a la exhumación del material artístico, y su presentación formal a quienes la obra está destinada. De ahí proviene que, mientras un gigantesco manto de desdichas cubre nuestras ariscas montañas, el misterio verde de la selva y aun los caracoles de nuestro arenal costeño, zapatea por ahí una exótica rapsodia en tono menor, amanecida a remotísimas exhalaciones, pretendiendo, con bridas americanas, uncir extraños corceles.

Y preterido como está — en vida y en arte — el cholo, arquetipo de nuestra formación social, refúgiase en la oscuridad de su azaroso y montonero existir, al filo de la ley, burilando por cuenta propia la viviente novela apocalíptica a la que, en última instancia, se reduce el proceso social peruano. Si se objetara que más al fondo, en la entraña maternal de todos los tipos, se encuentra el indio monolítico, caballero y señor del ande, habría que responder afirmativamente, subrayando esta salvedad: que aquel ser legendario, signo de su roca, imagen de la tierra americana trocada en ficción literaria, virtió en el mestizo, es decir en el cholo, su sabiduría y su genio y pervive a través de él, enriqueciéndolo permanentemente de hondo lirismo e hirviente epopeya.

Añádase a la secular tragedia del indio, la quebrada y ritual existencia del hombre medio costeño, soportando una pesadumbre que gira ya al rededor del dolor moder-

no de la civilización, es decir del tedio mental prodigado por la máquina o el supérstite aire opresivo de los feudos, y surgirá sin esfuerzo la silueta protagónica de nuestra novela: chispeante, cual ancha risa negra, en los mulatos y bozales que deslien una mueca agria en el ruedo de una marinera; viril y combativa en el cholo, tras la estría de llanto escapada a los pliegues de la endecha nativa; sobria, estoica y cerril en el indio de bronce, ceñido a la miel de su roca, desde donde un día alumbrará la luz de su viejo sol.

A esta alucinada visión de renacimiento del esplendor indígena es a lo que tanto se teme del lado de las bellas y doctas letras, creyéndose sin razón que la tersura estética puede estar divorciada del hontanar del pueblo, de su vena india, su curtida piel y su dolor de Dios. El arte y la vida social nunca han constituido barajas repelentes. Al contrario, intransferible y permanente levadura la una, flor y zumo el arte, su conciliación data desde el primer brote de ingenio humano para crear y apreciar las excelencias del espíritu. No es, por eso, objeción valedera aquella que cree rechazar en la literatura chola los fermentos que hacen visibles la hosca existencia del hombre o su crispación en latencia. Ello denota, más bien, el esfuerzo vital a cuyo calor germina la perdurable obra escrita. No existiendo el fuego inmanente literario, que "emociona" al lector, descártase toda garantía, no ya de perdurabilidad sino del mero interés. Para asistir a una ilusionista procesión de manirroto fantoches, aun cuando guarden simetría y proporcionalidad en la acción exterior, no hay necesidad de llegar a la literatura; basta con perfeccionar el arte fotográfico. De ahí que bruñidos relatos sobre la vida indígena, tejidos allá lejos, con prolija elegancia y al compás del estilo, pero exentos de la ancestral cuerda quechua, ayunos de tristeza viril, carezcan del elemento primordial que junta almas y descubre pasiones. Ello cuadra bien como material de exportación, destinado a deleitar castillos y cenáculos. Pero la novela, y la chola, tiene auditorio más extenso. Y más profundo. Y para que esto se haga posible, preciso es que el artista provenga de la propia masa cuya savia se quiere estilar.

Pluma de mestizo, de cholo de buena ley, se ha hundido en el puneño mundo comunitario del norte para exhalar cortantes y filudas novelas en *Ciro Alegría*. Veteando la cordillera no será difícil encontrar otros novelistas y cuentistas que afilan su punzón en la roca, que es su avatar. Julio Garrido se asomó con *LA GUACHA*, eglógica y evasiva en el alma, áspera e incivil en la trama; otros jóvenes, nimbados todavía con la rosada marca del verso, merodean las aristas del relato. Pero pronto ha de cuajar la epopeya que por ahora relampaguea en la vida real.

Entre tanto, vaguen sueltos los hombres barbudos del norte, bandidos nobilísimos, con la hoja de acero al cinto, en perpetuo éxodo por las tierras de nadie; masque el indio su dolor y su sabia coca y tramonte crestas puneñas en pos de vanas cintas de tierra comunera; deslian todos, cholos de alba o morena tez, el ansia vital de impetuosos bríos, silbante en cada faena diaria o en el romance que fulgura ardiente en los corazones.

Estos factores inevitables y estas condiciones en las que germinan los tipos, habrán de cincelar de manera fiel la curva estética de nuestra novela, sin disminuir en lo menor su palpitación humana por los requiebros cerebrales. Será menester en todo caso entonar la obra de arte en función de actualidad, extrayendo sustancias permanentes y esencias vitales, y separando todo ese efímero color con que a menudo suele embadurnarse la severa figura de nuestros hombres de tierra adentro.

En cuanto al errado mote de lo "criollo", más exactamente lo limeño, hay la necesidad de no confundirlo con el acierto folletinesco o literatura de paja. Por debajo de la ácida socarronería del "criollo", de su aguda gracia y su sensual latido afro-indo-ibero, existen hondas inquietudes existenciales, cuyo análisis requiere de una pluma balzaciana, para calar en el detalle y en la perspectiva microcósmica; con verdadera "paciencia de señora", como dijera cierto crítico refiriéndose a los exámenes de Proust de su sociedad.

Y no se diga que el aspecto social aparece avasallante en la obra, ni que las épicas batallas descritas en los libros de *Alegría* pertenecen al pasado histórico. Mentis

elocuente es que Nicanor Quispe, mi amigo comunero de Chala — sólo a 300 kilómetros de Lima — acaba de llegar procedente de su amarga puna, escapado a una cacería de indios perpetrada por armas de la civilización terrateniente. Un centenar de seres morenos de esta comunidad se incrusta noche y día en las prietas peñoleras andinas, ante el despojo de sus surcos maiceros. Ante ellos se dibuja ahora la perspectiva del éxodo definitivo, de trotar lejos, hacia mundos más hostiles, sin voltear la mirada a sus pircas y sus espinas que abatidas cayeron.

Aquí está el sempiterno argumento de nuestra novela, quemante y vivo, erguido en las niveas cumbres serranas, sediento de configurarse en obra artística, con todas las primordialidades de su paisaje y el esquemático elemento humano con caracteres de eternidad. Oculta está la trama de oro en las filudas vetas montañosas, en la piragua audaz que taja la selva verde y en la espiral desértica costera que aprisiona a nuestra gran aldea.

F. M. ARRIOLA GRANDE

El Problema Industrial

EL Dr. Frank Tannenbaum, profesor de historia de la cultura americana en la Universidad de Columbia de Nueva York, ha dado este año un intenso curso de conferencias sobre su especialidad y sobre materias de sociología y de industrialización, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Finalizadas sus tareas limeñas, al filo de la partida y vibrante aún de la emoción que le ha producido una rápida visita al Callejón de Huaylas (el más hermoso paisaje del mundo, afirma rotundamente) lo interrogamos y nos responde con suma atención:

—*¿Cuáles son, a su juicio, los problemas capitales que afronta el mundo de la postguerra?*

—A mi juicio, el problema básico del mundo de hoy es reconocer la personalidad moral y la cualidad jurídica de las pequeñas naciones del mundo. Hasta que se dé a los pequeños pueblos una posición jurídica y moral igual a la de los grandes, no habrá posibilidad de organizar la paz mundial. Aquí, en este hemisferio, hemos tratado de obtener una base internacional de igualdad entre las pequeñas y las grandes naciones para la estructura común. Es necesario obtener una base semejante en el resto del mundo, a fin de que cada país, por pequeño que sea, se sienta igual a los demás en los asuntos internacionales. Solamente entonces surgirán con firmeza el entendimiento y la fraternidad entre los pueblos.

—*¿Cree Ud. que todos los países americanos deben industrializarse indistintamente, o concibe la necesidad de un plan continental al respecto?*

—La industrialización es un hecho complejo que está condicionado por mil factores, dentro de los cuales los pla-

nes tienen muy poca influencia. La industrialización responde a los recursos naturales, a los mercados posibles, y a la costeabilidad del proceso. Planes de gobierno pueden influir más o menos, desde luego; pero en el fondo, es la posibilidad de costear el proceso lo que determinará su éxito. Si tal posibilidad no existe, el proceso no durará y los esfuerzos del gobierno por crear una industrialización sin bases económicas reales, solamente lograrán empobrecer al país. Es como echar agua en un pozo seco, con la esperanza de que salga agua.

No quiero decir con esto que el gobierno no tiene ningún papel en el proceso de industrialización, sino que esa función es secundaria, y si no existen las bases materiales, ningún gobierno, por rico y fuerte que sea, puede industrializar.

Históricamente, el proceso industrial ha sido espontáneo: se agruparon los recursos, apareció la técnica, se abrieron mercados. El hecho aumentó los instrumentos de trabajo, que son el verdadero capital del país y de la industrialización auténtica. Esta tendencia a aumentar los instrumentos que el hombre tiene en sus manos, es el factor más notorio y significativo del proceso. Y si no se aumenta el capital instrumental, no se está industrializando y no se puede aumentar el *standard* de vida del pueblo.

Fomentar pues la industrialización por países o por continentes, sería como intentar coordinar bases costeables. Es decir, que cada caso dará resultados propios: en algunos, se podrán adoptar bases continentales; en otros, solamente particulares, limitadas a un área específica.

—¿Puede considerarse económicamente sometido un país especialmente agrícola?

—Me parece que esta pregunta lleva en sí un juicio subjetivo. El hecho es que el mundo siempre ha sido en un 99 % agrícola, que la mayor parte del mundo es agrícola todavía, que la mayoría de la gente se gana la vida trabajando la tierra, y que la agricultura es casi el único recurso básico del hombre, del cual no puede prescindir: si no tiene agricultura, parece todo lo demás. Considerar pues sometida esta actividad, no me parece correcto. Toda la industrialización que ahora tiene el mundo, es cosa

reciente y puede ser pasajera. Lo que no es pasajero es la agricultura. La misma ciudad grande, tan conspicua, es seguramente un fenómeno pasajero.

Claro, la agricultura no permite un rápido aumento del capital instrumental, siempre más lento que el proceso de capitalización industrial. Pero la tierra, si está cultivada, proporciona al hombre la seguridad económica y una independencia que no aparece a través de la historia del industrialismo. Es un hecho seguro que las grandes civilizaciones antiguas, como por ejemplo la incaica, estaban cifradas en la agricultura. No creo que se pueda exigir de la naturaleza lo que no tiene; el hombre está obligado a construir su casa en el ambiente en que se encuentra y con los recursos que tiene a mano. Un país agrícola, puede ser así más independiente y más feliz y, en el fondo, más rico de las cosas esenciales de la vida. Siempre, es claro, que conserve la tierra y le saque el mayor provecho. El ejemplo incaico es muy elocuente en este sentido.

—¿Qué problemas agrícolas e industriales debería plantearse y resolver inmediatamente el Perú?

Para mí, el primer problema del Perú es el problema agrícola, el problema alimenticio; y hasta que se resuelva esto, será muy difícil encarar con éxito los demás problemas del país. Por la actuación del S.C.I.P.A. me he dado cuenta de que se están desarrollando en todo el territorio nacional actividades que conducen a la solución del problema alimenticio. Quisiera ver multiplicadas mil veces esas actividades, porque se necesitan empeños para contrarrestar las fuerzas destructivas y de erosión que operan aquí, y para difundir los hábitos de producción. Los demás problemas son más fáciles. El que hay que encarar con toda decisión es el alimenticio. Sin alimento suficiente, no hay salud; y sin un pueblo sano, no puede haber una economía vigorosa.

L. G. M.

Juegos Florales Universitarios

POR disposición superior, se celebran periódicamente juegos florales en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima. El nombre de la justa es viejo. A la justa misma se ha procurado darle un contenido nuevo: que en vez de personales desahogos románticos, los concursantes presenten obras poéticas, narrativas y críticas de estudio y de inspiración. Y los estudiantes sanmarquinos, para quienes se verifica el torneo, han respondido cabalmente. Muchísimos trabajos fueron los presentados al concurso de 1947, tanto de poesía como de novela y de crítica. Todos revelaban un propósito muy superior al de una simple efusión individual de adolescencia o de juventud. El jurado debió pues meditar detenidamente para discernir premios: podían merecerlos a títulos muy próximos, si no iguales, varios de los presentados. Luego de un prolijo examen, se resolvió por unanimidad premiar en primero, en segundo y en tercer término de cada una de las tres secciones del certamen, a los siguientes competidores:

Poesía

- 1º Gustavo Valcárcel.
- 2º Luis Carnero Checa.
- 3º Oswaldo Jiménez Rojas.

Novela

- 1º Porfirio Meneses Lazón.
- 2º Carlos Eduardo Zavaleta.
- 3º José Remar Arana.

Ensayo

- 1º Manuel Pareja Buño.
- 2º Felipe Santiago Lanegra.
- 3º Sara Larrabure de Montero.

Damos a continuación, en primer lugar el dictamen del jurado, que puede servir de instigación y de guía para jurados literarios y docentes, muy inclinados a dar fallos sin declarar fundamentos; y en segundo lugar, parte de los trabajos premiados en primer término en cada una de las secciones, el poético, de un intenso sentido lírico, el narrativo (un cuento), de una gracia y una hondura extraordinarias, y el crítico, de una agudeza superior.

Dictamen del Jurado

Lima, 30 de Setiembre de 1947.

SEÑOR Rector de la Universidad:

En cumplimiento de la misión que nos fué encomendada por Resolución Rectoral Nº 6756 para calificar los trabajos presentados a los Juegos Florales Universitarios del presente año, presentamos a Ud. nuestro dictamen sobre los referidos trabajos.

Los suscritos recibimos para su calificación un total de Noventa y Un trabajos, cuyos títulos fueron publicados oportunamente en los periódicos y que habían sido calificados según los géneros literarios de Poesía, Novela y Ensayo, en conformidad con las Bases del Certamen, correspondiendo 53 a Poesía, 12 a Novela y 26 a Ensayo. Uno, perteneciente al Segundo Grupo, fué retirado por su autor antes de iniciarse la tarea del Jurado.

POESIA

MÁS del sesenta por ciento del total de trabajos presentados pertenecen a este género. El número de los que poseen valor literario, sin embargo, es bastante reducido; pero comparativamente alcanzan éstos un nivel a todas luces más alto que los consignados dentro de los otros dos géneros en lo que atañe a inspiración, calidad expresiva y personalidad.

Efectuada la selección respectiva, convínimos en otorgar el Primer Premio a los poemas reunidos bajo el título de *Extensión y Deleite de Tortura* y suscritos por "Lucifer", seudónimo que resultó corresponder al señor Gustavo Valcárcel, alumno del Segundo Año del Colegio Universitario. Trátase de un conjunto de doce sonetos de muy fina expresión y agradable musicalidad; todos ellos lucen una notoria riqueza de imágenes, que vierte en los rigurosos moldes de sus estrofas la moderna sustancia, propia de una poesía flúida y sugerente, desarrollada en torno del matiz y las transiciones sutiles y en la cual las diversas tonalidades de la emoción, hasta la amargura misma, cobran luz y medida de perfecta serenidad y seguro equilibrio.

Cabe añadir que el nombre de Gustavo Valcárcel está ligado a otra composición poética cuya singular calidad no ha pasado inadvertida. Dicho alumno ha presentado, en efecto, una *Elegía a César Vallejo*, de positivo mérito. La componen seis poemas de forma libre y bien entremezclados ritmos; en los que la inspiración del autor brota a orillas de la nostalgia y la angustia, exteriorizándose en más vigoroso lenguaje.

Han merecido nuestra consideración para el Segundo Premio las poesías firmadas por "Juan del Norte" en el volumen que titula *Libro*. Usó dicho seudónimo el señor Luis Carnero Checa, alumno del Cuarto Año de la Facultad de Derecho, cuyos poemas revelan un lirismo enraizado en la Naturaleza, aferrado tenazmente a la tierra y hasta encendido, a veces, al calor de las fuerzas vitales. La imagen deliberadamente difusa en *Apenas nube*, el acento romántico en *Sueño*, la íntima amargura y el dolor exaltado en *Patética*, son muestras elocuentes de una fibra poética sincera y encomiable.

Como en el caso anterior, también el señor Carnero Checa presentó al concurso una segunda colección de poemas que ha merecido atención especial del Jurado. Son diez sonetos cuyo conjunto tiene por título *Narva*, y en ellos desarrolla el autor una poesía musical y esmerada, quizá menos honda y vigorosa, pero igualmente poseída de un afilado sentido de penetración en la Naturaleza, a través de la cual filtra siempre, en plásticas imágenes, sus emociones íntimas y un permanente dejo de roszántica nostalgia.

El tercer Premio ha correspondido a los *Poemas* enviados por "P. Brizna", seudónimo usado por el señor Oswaldo Jiménez Rojas, alumno del 3er. Año de la Facultad de Letras. Hay en sus composiciones, como en las del señor Carnero Checa, una constante aproximación a la Naturaleza, sólo que más elaborada e intelectual, no idénticamente nacida al inmediato impulso de la imagen. Bajo títulos como *Niño Invierno*, *Canto a la Espiga*, *Cetro a la Piedra*, etc., y descubriendo, como no pocos participantes en el Concurso, clara influencia de Neruda, el señor Jiménez Rojas desenvuelve una poesía de corte moderno y ágil expresión, aunque no siempre pareja en calidad.

NOVELA

ES habitualmente este género, como bien se sabe, poco favorecido en calidad y número, no sólo en concursos como el presente, sino dentro del íntegro panorama de la producción literaria nacional. Tal circunstancia ha proyectado lógicas consecuencias sobre el certamen de los Juegos Florales Universitarios, al que han sido enviados solamente una docena de trabajos, varios de los cuales ni siquiera son propiamente novelas, ya que, conforme a las Bases respectivas, entran en este grupo igualmente las narraciones o cuentos de menor extensión.

Por su estilo, moderno y simple a la vez, por su peruanísimo sabor y la variedad de sus motivos, hemos juzgado merecedores del

Primer Premio a los breves relatos, reunidos en el volumen *Campos Marchitos*, cuyo autor, tras el seudónimo de "Quilli Huara", resultó ser el señor Porfirio Meneses Lazón, alumno del Segundo Año de la Facultad de Educación. *El Secreto*, *Tifus*, *Campos Marchitos* y *La Viuda*, que constituyen el trabajo elegido, antes que revelar particular imaginación o habilidad técnica para el Cuento, acusan una moderada tendencia a la estampa, en virtud de la cual el autor confiere a sus relatos leves acentos costumbristas o acertadas notas de ambientes característicos, manteniéndose a distancia, sin embargo, de la literatura folklórica habitual. La superioridad de *Campos Marchitos* sobre los demás trabajos, a nuestro juicio, reside en la calidad de su prosa sobria y espontánea, que, esperamos, pueda llegar a desarrollarse sobre el área menos fácil de la novela propiamente dicha.

El segundo Premio, ha recaído en *El Cinico*, novela presentada por "Edgardo Najá", seudónimo del señor Carlos Eduardo Zavaleta, alumno del Segundo Año de la Facultad de Medicina. *El Cinico* posee muy plausibles cualidades, sobre todo en lo referente a la moderna agilidad de su estilo, a su incursión por los terrenos de la literatura psicológica y al intento de asimilar procedimientos típicos de la novela contemporánea, derivados principalmente de Joyce, Huxley, Dos Passos y Hemingway. No obstante, en la abundancia de estas características precisamente dilúyese algo — en vez de definirse — la personalidad del autor. Y esta impresión termina por afectar también la esencia misma del asunto, que requería un desarrollo más concreto. Creemos, sin embargo, que merece aprobación y estímulo el hecho mismo de significar *El Cinico* un ambicioso esfuerzo en un campo tan necesitado de nuevos aportes como el de la Novela.

Nos hemos inclinado en favor de *El Licenciado Quispe*, suscrito por "J. Mor", para el Tercer Premio. Con el citado seudónimo, el señor José Remar Arana, alumno del 1er. Año de la Facultad de Derecho, ha participado en el Certamen con un trabajo que, si bien evidencia imperfecciones y cierta simplicidad en la exposición de las bases mismas del tema, tiene en cambio la ventaja de desarrollar una acción y animar personajes en forma esencialmente propia del género novelesco.

ENSAYO

DENTRO de la tercera calificación, hemos señalado para el Primer Premio una interesante glosa que su autor, el señor Manuel Pareja Bueno, alumno del Cuarto Año de Literatura (Facultad de Letras) tituló el "*Moby Dick*" de Herman Melville o *Una Mitología Moderna*. Aunque no pretende ser un estudio exhaustivo de esa obra norteamericana, el trabajo del señor Pareja Bueno penetra eficazmente en su verdadera esencia y desarrolla una sugerente interpretación de los motivos alegóricos que en ella encuentra, haciendo resaltar la importancia de este aporte de Melville a la literatura univer-

sal. En sustento de nuestra selección cabe añadir que hay una elegante medida y una grata fluidez en la prosa del señor Pareja Bueno, aparte del interés propio de la idea que desenvuelve en torno del simbolismo de Moby Dick.

El Segundo Premio ha correspondido al trabajo titulado *Drama Social*, que suscribe el señor Felipe S. Lanegra, alumno del Primer Año del Colegio Universitario, y que versa sobre las novelas de Ciro Alegria. En cierta forma, la composición del señor Lanegra aproximase más bien a la nota bibliográfica que al Ensayo bien entendido; pero ofrece indudablemente una acertada sinopsis de las creaciones del novelista peruano, que puede servir de orientación y base para un más detenido análisis.

El estudio titulado *Horacio y sus Epístolas. El "Arte Poética" y su Trascendencia* ha merecido el Tercer Premio; y cabe encomiar en su autora, la señora Sara Larrabure de Montero, alumna del Cuarto Año de la Facultad de Letras, su más cabal sentido de Ensayo, género que implica una responsabilidad mayor que la que parecen concederle la mayoría de los participantes en el Concurso. El trabajo de la señora Larrabure de Montero revela honda investigación y esmero en la presentación ordenada de sus apreciaciones sobre Horacio. Para equilibrar los aspectos relativos a la forma con el indiscutido valor de su contenido intelectual, habría sido necesario, sin embargo, una mayor soltura expresiva, algo menos de esquematismo en el estilo y mayor seguridad en el propio dominio del idioma. Desde todo otro punto de vista, el ensayo es fruto de un plausible esfuerzo, y su autora exhibe en su disciplinado desenvolvimiento un certero criterio didáctico.

Tal es, por unanimidad, el dictamen de los suscritos, que ponemos en su conocimiento, con la satisfacción de haber contribuido al desarrollo de una actividad tan estimulante para la Cultura Nacional como esta de los Juegos Florales Universitarios.

Manuel BELTRÓY — Rodolfo LEDGARD
Augusto TAMAYO VARGAS
Estuardo NÚÑEZ — Alcides SPELUCIN

Trabajos premiados

Extensión y deleite de tortura

SI pájaro de amor de amor moría
era su amor el ala que volaba
geografía amorosa la surcaba
aérea remembranza la envolvía.

Su pico temporal se estremecía
al recuerdo de rama que anidaba
dulce aroma en la noche que cavaba
en pos de cuello, amor que amanecía.

El cielo en su plumaje desplegado
el viento en lejanía moribundo
a pluma de nostalgia desterrado.

Sola moría el ave bajo el mundo
y la estrella en su pico iluminado
era trino de amor ya moribundo.

Gustavo VALCARCEL

Campos Marchitos

(LA VIUDA)

AL enviudar Eusebia Aramayo de su primer matrimonio experimentó, en medio de la consiguiente pena, cierta satisfacción. Y no porque el pobre Jacinto Huilca hubiera sido un mal hombre. Muy al contrario, había sido un marido ejemplar, como quieren las mujeres: callado, dócil y trabajador; sin embargo, para mal recuerdo, no le había dado hijos. Esta circunstancia había disgustado profundamente a la Eusebia. Porque ella tenía sus razones para creerse muy capaz de alumbrar cuando menos media docena. Sobre todo para taparles la boca a las vecinas lenguaraces que solían decirle:

—¡Machorra!

En la más insignificante riña.

Dios sabía lo tentada que estuvo siempre de obtener un hijo, aunque fuera ajeno al hogar conyugal. Pero se lo habían impedido su fidelidad y honradez, heroicamente sostenidas por una fealdad irremediable. Bisaja, picada

de viruelas, vozarrona, no había hombre extraño a Jacinto que soportase mirarla.

Cuando el sufrido esposo aprovechó el primer tifus que se presentó por la comarca para librarse de la vida perulularia que le hacía pasar su despechada consorte, ésta se puso a pensar. Había llegado la oportunidad de cumplir su viejo anhelo.

Reconociendo al difunto el tiempo de servicios y los bienes con él conseguidos, le hizo un buen entierro. Y, luego, se aprestó a casarse otra vez. Osada pretensión, por cierto, para quien no tuviese los bemoles de la Eusebia.

Y es que ella, además, tenía muchas propiedades: tierras, ganados, alhajas antiguas, con todo lo cual podía muy bien preparar su red. Esto lo hizo con gran esmero. Tomó muchos cargos en los días grandes, fomentó muchas fiestas, y no desperdició ocasión para insinuarse ante el que más manso y tupidito de alcohol le pareciera:

—Don Mauricio, ya no quieres tomarte conmigo. Este vasito de molle está bueino.

—Cómo no, mama Eusebia. Gracias...

—¿Por qué no sientas aquí, mi lado?...

—Está bien. Tomarás, señora.

—Salú, pues. ¿Por qué tú solo te andas hasta aura? Casarías, pues.

—¡Uf! Es que casamiento es mucho molesto. Hay que lidiar con mujer todos los días. No serve.

—Habiendo pues un buen mujercita... con plata...

—Oh, no, mamay. Que me venga plata solo está bien, pero con mujer, ¡yuca!

—Sonso habías sido. Yo quisiera servir un hombre así bueino y jornal como usted, siñe Mauricio. Yo puede...

—¿Qué dices, señora? ¿Tu mi mujer? Todavía no me ronda mi muerte. Esperamé, aurita rigreso...

—Pero no te vayas, pues. Tomaremos otro mollecito.

—Ya no, mamay. Lo perdería mi cabeza.

—¡Runa de porras! — quedaba mascullando la viuda al ver su fracaso.

Reveses tales se sucedieron por varios meses. Pero el destino tiene sus diabluras, y hete aquí que un día cayó un gallo en el garlito. El infeliz se llamaba Filomeno Chincho, que sería el nombre que inscribió el cura en el libro de partidas. Las gentes del lugar lo llamaban simplemente Jelomeno. El tal era un tipo con toda la barba; un cholo desparpajado, de esos que se pasan la mayor parte del año timando, bebiendo y durmiendo. Todo ello sin perjuicio de ser un mujeriego de cuenta, que sabía rendir a las cholas con su buena planta y su audacia,

aparte de sus buenos puños para espantar a los rivales que quisieran cruzársele por la esquila.

Este mozo modelo les echó el ojo a los bienes que la viuda Eusebia se empeñaba en mostrar, y decidió hacerse de ellos, aunque se le revolvía la bilis de sólo pensar en cargar también con la propietaria.

Se echó el alma a la espalda y resolvió ir al cruento sacrificio matrimonial exigido por la Eusebia. Para insensibilizarse ante el dolor de su aventura, lo hizo todo anestesándose con el más fuerte cañazo desde los primeros escarceos hasta el instante trágico. Al hacer la propuesta había bebido, él solo, media botella de aguardiente. Para hacer los preparativos, tenía una entre pecho y espalda. Y el día fatal se hallaba bajo los efectos de casi una cuartilla, dosis que conservó por varios días. La Eusebia se había casado con una cuba, pero estaba feliz, de ese modo rudo e inexpresable que es tan propio de nuestras mujeres andinas.

Dejó que su marido se embalsamara tranquilamente por tres o cuatro días con amigos ocasionales o antiguos. Al quinto día consideró que ya era suficiente libertad la concedida, y quiso dar validez a la autoridad que acostumbrara ejercitar sobre su marido anterior. Pero se dió con la horma de su zapato.

—Jelomeno, ándalo pues a buscar peón para corear nuestro mais. Su tiempo se está pasando.

—Todavía señora. Para lunes empesaremos, o si no para martes. Hay tiempo.

—Pero hasta cuándo vas estar tomándote namás. Yo también me he alegrado dos días, pero usted vas a completar una semana ya.

—Es que yo no me alegra, señora. Yo estando triste.

—¿Cómo triste? Cuánto se quesieran otros casar conmigo.

—Eso avisarás a mi burrito. Bueno, no me hablas más que tengo que curar mi cabeza.

—Pero toma pues aquí en tu casa. Adónde todavía vas.

—Adónde también me iré yo. Has tus cosas callada namás.

—No vamos estar muy bien, siñó Jelomeno...

—¡Silencio! Aquí yo manda y hace lo que me da mi gana.

—¡Ah! ¿Y este hombre? — se encendió la Eusebia —. Yo no te voy aguantar, hombre liso y ocioso.

—Cállate, mujer del demonio. No hablas más porque si no tu lomo lo voy a bajar.

—¡Lisura, ah? Ni mi otro marido me hablado fuerte siquiera, y tú ya también quieres pegarme. Haslo namás y veraste. Tu pata lo rompería...

—¡Vaya, carambas! ¡Toma! ¡Toma! Aura vas aprender a ponerte lisa conmigo. ¡Toma!

—¡Huay! ¡Jesús! ¡Ananay! ¡Este hombre mi mata! ¡Vecina Rosa! ¡Mi mata!

Gritaba la mujer como el más escandaloso chivo, pero tenía asido de los cabellos a su marido. Éste en realidad no estaba enojado, pero la tundía por precaución, para prevenir ulteriores intentos de mando. Tal vez había también algo de desquite en ello, como si la mujer lo hubiera ofendido con el casorio. Ella seguía:

—¡Por Diosas! ¡Me voy morir! ¡Mama Vicenta, doña Tiodora! ¡Huay! ¡Don Guirinimo!

Dejó el cholo de golpearla, pero no por eso ella lo soltó. Prendida de su cabeza con una mano, con la otra le había estado abriendo rasguños en las mejillas. Llegaron entonces los vecinos, que a duras penas pudieron desprender a la tigresa. Empezó luego el llanto para los testigos. La inocente paloma, ofendida en lo más sensible, dió rienda suelta a sus lágrimas. Apenaba verla, dolorida, remangarse su faldón, coger el fuste rojo, sonarse las narices, enjugarse los ojos, hipar estremecida.

—Cómo pues, don Jelomeno — dijo una de las apaciguadoras —, se están peliando ustedes antes de los ocho días siquiera.

—Esa mujer es muy levantada, mama Vicenta. Antes no estoy con mal humor, si no...

—Para eso yo pobre me he casado — gemía Eusebia —. Para que me pegue como a su perro. Ni nunca había sufrido así. Ay, mi pobrecito Jacinto adónde estará...

—Calla ya, mamay — consoló la nombrada Vicenta —. Perdonanse y viven tranquilos. Nada pasa. Abrásanse. Ayúdame don Guirinimo para amistarlos. Traeló a tayta Jelomeno.

Y llevando de la mano a la Eusebia la acercó a su marido, poniendo la mano de la una sobre el hombro del otro y viceversa. Se juntaron los esposos sin efusión mientras, diligente, el vecino don Guirinimo (Gerónimo era su nombre), servía copitas de la botella que Filomeno había dejado sobre una mesa.

Habían entrado muchos otros vecinos. Bebieron la hostia líquida de la concordia, mientras hacían sus recomendaciones de paz, tiñéndolas de filosofía casera en un runruno tal que no podía saberse quién entendía a quién. Sin embargo, parece que era posible sacar en limpio que la mujer debe respetar al marido y que, como lo dijeron

en la hora de las chanzas, a éste podía reconocérsele el derecho de administrar, cuando más, una paliza mensual.

Después de esta golpetina de muestra, que fué seguida a tiempos cortos por otras de marca mayor, las cosas en el hogar de la Eusebia marchaban como no había ocurrido antes. De todo el trabajo se encargó ella como en felices años se había encargado Jacinto. Su voz, que antaño fuera imponente y decisiva, se había convertido en algo así como un susurro. Apenas se permitía una que otra observación tímida, que inmediatamente era retirada si Filomeno no convenía en ella. Como única ventaja, a fuerza de exigencias, había obtenido lo que tanto ansiaba: dos parvulillos.

La segunda vida conyugal resultó para ella un fracaso. El cholo se pasaba la vida bebiendo y haciéndose de queridas. Dicharachero, lisote, guapo, gustaba a las cholas, que complacidas sólo le presentaban resistencia simbólica. Después de temporadas de juerga volvía a la casa a no admitirle ni un chis a la Eusebia, y a levantar con el dinero disponible. Si emprendía algún negocio, regresaba con sólo las noticias.

Tenía, además, una parentela angelical: una tropilla de tías, primos y hermanas que cooperaban con entusiasmo en la tarea de desplumar a la viuda casamentera.

—Pobre Jelomeno, está en mi casa — venía diciendo la tía Paulina —. Dice que tú no lo atiendes nada. Cuánto nos pesamos de haber dejao que se case contigo.

—No me insultas, doña Paula. Ese borracho habla lo que quiere. Ni siendo quién me puedes insultar.

—Lo que es cierto namás te digo, y tienes todavía cara para renegar. Dice mi sobrino que aurita me darás un carnero para hacerle su caldo en mi casa. Tú ni siquiera ves nunca cómo estará.

—Yo no doy ni cuerno tostado para que salga de aquí. Si quiere comer por qué no viene a su casa.

—Verás, Eusebia. Aurita me tienes que entregar si no quieres que le avisa y te dé unos cuantos lapos tu marido.

—Sí, pues. Hasme asustar con eso. Cárgate el carnero y con su carne que te lleve la trampa.

Sin esperar que la viuda terminase de hablar ya la tía estaba en el corral cogiendo el carnero. De igual manera los otros familiares se llevaban una lampa, un pico, o se tomaban una chacra para sembrar, o cosechar lo ya sembrado.

—Para qué le sirve a esa fea animal — decían al llevarse algo —. Esto es su trabajo y su sudor de mi hermano. Tengo derecho para llevarme.

El cholo Filomeno, a consecuencia de sus parrandas, enfermaba a veces. Ello daba linda ocasión para que sus parientes invadiesen la casa con pretexto de atenderlo, y se llevasen cuanto estuviera a su alcance. Si algo decía la Eusebia, diez voces la hacían callar. Entonces optaba únicamente por encender sus velitas, a ocultas, pidiendo a Dios que la librase de aquel zanguango. Mas el tuno era duro de pelar y salía de cada enfermedad con nuevos bríos. Pero una vez enfermó el cholo muy gravemente. Todo hacía esperar el fatal desenlace. Ya los parientes, a los lados de su lecho, discutían el reparto de los bienes en tono más o menos acalorado. Eusebia no tenía ni voz ni voto en el asunto, porque para ellos, todo cuanto había era del pobre Filomeno, cuyos herederos se llamaban.

La mujer se dispuso a jugárselas de una vez por todas. Una tarde se presentó donde el juez de paz del distrito llorando amarga, inconsolablemente.

—Taytay, señor juez, mira mi desgracia; qué será de mí. S'está muriendo mi marido.

—¡Pobrecito! ¿Qué le pasó, qué tiene?

—De lo que ha estado chupando en una fiesta ha venido muy mal, y dos semanas ya no puede levantarse. Qué será de mí, virgen Rosadio.

—¡Caramba! ¿Qué lástima! — se compadeció el juez. —Pero, ¿en qué te puedo ayudar yo? Hubieras ido a Huanta a traer un médico.

—Para qué ya, tayta. Lo ha estado curando la doña Celica, lo hemos hecho el uyhuachi y no sana. Ya no va vivir, todos dicen. Qué es ya pues mi suerte. ¡Ayl... — y lloraba a mares la pobre mujer.

El señor juez sentía desmenuzársele el corazón al ver tanto dolor. Las lágrimas le merodeaban los ojos de pensar en que la desdichada esposa iba a perder, sin duda, el único sostén y aroma de su existencia. Ya sacaba el probó funcionario su pañuelo para enjugarse, cuando:

—Taytay, he venido para que lo hagas un testamento — rogó Eusebia.

—Ah, caray, esa era la cosa. Pero yo no tengo que hacer testamento sino tu marido.

—Así es, pero tú lo escribirás, tayta. Si no, sus parientes se lo van a llevar todo.

—Ah, ya. ¿Por eso era que llorabas?

—Sí, taytay. Nos vamos quedar con mis hijos sin nada. Ya s'están sacando las cosas de la casa. Tú pues arreglalo para que no me quitan. Ese hombre no tenía ni un pellejo de cabra cuando nos casamos.

—Pero debías llamar a un notario. En Huanta hay varios, por ejemplo podría venir don...

- Tú namás haslo, señor. Yo pagaré.
- ¿Cuánto vas a dar? ¿Siquiera ochenta soles?
- Bueino, tayta, si me lo haces. Yo te llamaré cuando no están sus parientes.
- Está bien, pero me adelantarás algo...
- Aquistá trenta soles.
- Bien, bien. Entonces, espero tu llamada.
- Sí, tayta, gracias. Me iré.

Al amanecer volvió furtivamente la mujer y dió aviso al juez de que podía seguirla, porque los cuidadosos parientes se habían ido, posiblemente a deliberar mejor.

Llegados junto al enfermo, la amante esposa — que había tomado valor — arrancó de su marido todas las respuestas convenientes, ya sacudiéndole de los brazos, de los pelos, o golpeándole el pecho, mientras el juez hacía las anotaciones con todos los ítem del caso. El enfermo estaba casi exánime, y, aunque no creía en su próxima muerte, no tenía aliento para decirlo. A fuerza de zamarreos y de grita, lo convenció su mujer de la noticia, y le hizo convenir en la necesidad de dejarle todos cuantos bienes había, para ella y sus hijos. Él fué diciéndolo todo con monosílabos, es cierto, y ello bastaba, porque los aderezos y menjurjes protocolarios estuvieron de cuenta del señor juez.

Mientras tanto, en otra casa, los familiares hacían la justa repartición de los bienes del difunto (también ellos le daban por tal). Del fundo de puna, de tal a tal lindero, para la Angelina; de tal a tal otro, para Isidro; veinticinco llamas para Romualdo y doce alpacas para tayta Zenón. Las chacras de Luricocha y Ocana, las dos casas y el resto de los animales se repartían entre Eluarducha, Josefacha, Atanasio, Mariana y otros, por partes que entre ellos fijaron y juraron respetar. A la viuda la dejaban llanamente en el arroyo, con libertad para bostezar y santiguarse.

Asegurados de esta manera los bienes, el único trámite que faltaba era la muerte de Filomeno. Este, correspondiendo a todas las expectativas, se murió unos días después o, al menos, pareció haber muerto.

Velado el cadáver un día y una noche, con gran profusión de coca y de aguardiente, fué colocado al amanecer en un cajón que, al parecer, no era de muy buena factura.

Partió luego el cortejo en medio de la mayor pesadumbre hacia el panteón, que distaba unos dos kilómetros. Todas las mujeres iban llorando. La viuda caminaba acongojada; sus manifestaciones de dolor no eran para descritas. Había tal expresión de pena en su rostro — ese

rostro que de por sí invitaba a la tristeza — que se hubiera dicho por cualquiera que aquella mujer perdía no sólo a un ser querido. Y en verdad que eran ya dos los maridos que despachaba. Los acompañantes decían, entre hi-pos y mocos, y en todos los tonos, que Filomeno había sido bueno. Buen padre, buen sobrino, buen hermano, y mejor difunto. Fluían las anécdotas, los recuerdos. Las mujeres más viejas lucían su especialidad en ayes lastimeros, en invocaciones doloridas.

Estaban ya acercándose a las puertas del cementerio, cuando se sintió un ruido en la caja mortuoria y se vió, luego a la tapa saltar súbitamente. Se asustaron algunos acompañantes, pero viendo incorporarse al muerto se repusieron para preguntar, airados, quién había clavado tan mal el cajón. Filomeno, despertando, sin duda, de algún sueño cataleptico, miró sorprendido sus hábitos, al cortejo todo, y preguntó a su vez:

—¿Cómo? ¿Qué pasa? ¿Dónde mi llevan?

La sorpresa y disgusto de los circunstantes era cada vez mayor. Uno de los cargadores dijo a la viuda:

—Y aura ¿qué hacemos? ¿Lo regresamos?

—Pero cómo, pues — repuso ella —. Si todo el gasto también yastá hecho.

En ese momento había comunidad de intereses. Oficialmente, Filomeno había muerto ya. Los familiares se sentían poco dispuestos a ser defraudados por el parientito ese que no quería morir de veras. De modo que uno de ellos, presionándolo por un hombro, obligó a Filomeno a echarse de nuevo, mientras otro cubría el cajón con su tapa. Sujetando ésta con las manos incitaron a los cargadores a apurar el paso. Ellos obedecieron, pero tan atropelladamente que se enredaban pisándose las ojotas unos a otros.

El asunto pasaba de castaño oscuro para Filomeno. Consciente del peligro en que se hallaba, hizo un acopio de fuerzas — todas las que aun tenía — y dió un voltereta por sobre la samaritana gente tan empeñada en darle sepultura. Se rompió el cajón, se agitó el cortejo; hubo un revuelo de ponchos, sombreros y palos. Hombres y mujeres corrían en todas direcciones gritando y jurando, pero sin alejarse demasiado. Cuando se hizo la calma, pudo verse de nuevo a las gentes llenas de unción y sentimiento. Unos cuantos recogían al rebelde Filomeno envuelto en unos trapos blancos, y lo acomodaban entre los restos del ataúd del mejor modo posible, amarrándolo con cinturones. No se veía la cara del muerto pero las sábanas mostraban, por el lado de la cabeza, algunas manchas de sangre.

Prosiguió el cortejo su marcha. Las gentes lloraban de nuevo, caminando lentamente. No parecían ya tener mucho apuro, tal vez por llevar la seguridad de que no volvería a levantarse el difunto.

Porfirio MENESES L.

El MOBY DICK de Herman Melville o Una Mitología Moderna

«**L**AMAME Ismael. Hace algunos años — no importa cuántos exactamente — con poco o nada de dinero en mi bolsón y nada de particular que me interese en tierra, pensé que podría navegar un poco y ver la parte acuosa del mundo. Es una manera que tengo de alejar el *spleen* y regular la circulación. Cada vez que siento subir la tristeza a mi boca, cada vez que hay un noviembre húmedo y de llovizna en mi alma; cada vez que involuntariamente me detengo delante de almacenes de ataúdes o cerrando la cola de cada funeral que encuentro; cada vez que mi hipocondría necesita una mano de mí mismo, que requiere un fuerte principio moral para prevenirme de salir a la calle deliberadamente y botar al suelo los sombreros de las gentes — considero que ha llegado el momento de hacerme a la mar lo antes posible. Este es mi sustituto para la pistola y la bala. Con floreo filosófico Catón se arrojó sobre su espada; yo meramente me embarco. No hay nada sorprendente en ello. Si sólo lo supieran todos los hombres en su categoría, tarde o temprano acariciarían como yo los mismos sentimientos hacia el océano”.

Así comienza MOBY DICK, el relato de un hombre que se hace a la mar para disipar la tristeza de la futilidad de su existencia. Su puerto de embarque es Nantucket, en el extremo noreste de Norteamérica; su barco el “Pequod”, barco ballenero a cuyo comando está el capitán Ahab, perteneciente, como los fundadores del puerto, a la secta de los Cuáqueros, “los más sanguinarios de todos los marineros y cazadores de ballenas; cuáqueros luchadores, cuáqueros vengativos”. “Un día de invierno, frío y corto, dimos tres gritos llenos de corazón y ciegamente nos lanzamos como el destino en el solitario Atlántico”.

Ahab es un personaje hecho para la gran aventura del mar, con una voluntad mórbida en el fondo de su naturaleza que es la fuente de su grandeza. “Oh, joven ambición, toda grandeza mortal no es sino enfermedad”. MOBY DICK, más que una novela es el épico relato de caza-

dores de leviatanes y dentro de él la tragedia de un hombre que busca la verdad, busca descorder el velo detrás de la nada para sólo encontrarse consigo mismo, con la oquedad de su conciencia que en su afán de salirse de sí misma sólo puede volverse sobre sí misma. MOBY DICK es una novela multiforme, es una enciclopedia de la ballenería y un texto de consulta para balleneros. Su trama poliforme se desenvuelve en el misterio microcósmico del "Pequod" que parte de Nantucket llevándose los pesares del mundo en busca de consuelo en la infinitud del mar; pero no todos regresan. Este último e imposible objetivo los hace ambular por los remotos mares en pos de Moby Dick, la blanca ballena. Ismael es para Ahab como su sombra y el único sobreviviente del desastre final. Para Ismael un buque ballenero fué su Yale y su Harvard; todo el honor y toda la gloria es para él cazar ballenas.

MOBY DICK es un relato del misterio de la creación, cuyo secreto está encerrado en la ballena blanca, en Moby Dick. Cazar la ballena significa descubrir ese misterio. Los caracteres de la obra están forjados según su actitud frente a la ballena. El conflicto de Ahab es tener que luchar con fuerzas que están fuera de él. Su tragedia es la de un pobre y viejo cazador de ballenas desprovisto de toda esa fantasía de trajes y de mansiones de que están rodeadas las obras de Shakespeare. Ahab apenas está adornado con la tristeza salina de Nantucket, sus ásperas ropas marineras y una pierna de marfil. MOBY DICK es una de las grandes mitologías de la literatura moderna y aunque su atavío es el del siglo XIX, está encarnada en los más prehistóricos presentimientos de la conciencia humana.

Después de que el "Pequod" ha estado navegando por muchos días, Ahab hace su aparición sobre cubierta y advierte a sus tripulantes que a pesar de la comisión que lleva el barco, él ha emprendido el viaje con un propósito secreto porque tiene una venganza que cobrar. En uno de sus anteriores viajes había dirigido la caza de una ballena él mismo; repentinamente la ballena se dirigió sobre sus asaltantes volcándolos al mar y haciendo astillas los botes. La ballena era Moby Dick. Moby Dick había segado de un mordisco una pierna de Ahab. La venganza secreta de Ahab es tomarse la revancha por esta mutilación. Y les dice a sus hombres: "Para eso han sido embarcados, para perseguir esa ballena en ambos lados del océano hasta que brote sangre negra y flote su aleta a superficie".

Ahab, la ballena y el inmenso e insondable mar, son las creaciones de Melville. Ahab es el héroe pero Moby

Dick es el carácter principal, que no está sino en algunos capítulos de la obra y que sin embargo está siempre presente en la febril y mórbida imaginación de Ahab y en el viaje interminable y lleno de angustia de los tripulantes del "Pequod". Es el mar el gigantesco escenario donde Ahab y la ballena se ponen frente a frente; el infinito y azulado mar que los abraza y les da vida. "Adviertan ustedes la sutileza del mar; sus más temibles criaturas se deslizan en su mayor parte imperceptibles bajo el agua, alevosamente ocultas tras los más encantadores tintes del azul; el fulgor diabólico y la hermosa de sus especies más feroces; por otra parte, el universal canibalismo en él reinante, a cuyo influjo todos los seres se devoran mutuamente y están empeñados en una guerra perpetua desde el principio del mundo. Consideren todo esto y luego vuelvan la mirada a esta verde, benigna y docilísima tierra y comparen: ¿No les dicta el sentimiento una extraña analogía? Porque al modo como el terrorífico océano circunda la amable tierra, existe también en el alma humana una isla Tahití, plena de paz y de gozo, pero rodeada por todos los horrores del oscuro vivir — ¡Dios te guarde de alejarte de ella; ya no podrás volver a encontrarla!".

He aquí la trinidad. Ahab es un hombre que con toda su humana estatura se yergue contra el inmenso misterio de la creación simbolizado en la ballena blanca, encarnación de la voluntad extrahumana que gobierna todas las cosas. "La ballena blanca es la forma corpórea en el mar de la antigüedad y la magnitud que se muestra en los países montañosos. Huellas de este espíritu que pervade lo geológico, lo marino y lo celeste se encuentran en los cielos estrellados". Moby Dick es el símbolo de lo misterioso en la inercia de las cosas y en la ciega belleza de la naturaleza. Y luego está el mar. El mar es el elemento de verdad y de grandeza de las aspiraciones humanas; es el elemento peligroso, la tumba de la muerte marina, el indómito océano, salvaje, remoto, que nos ofrece como la muerte la fascinante tentación de probar lo ignoto. Ismael al embarcarse obedece a su instinto de muerte; su muerte está llena de sugerencias mortales. Desde la iniciación de su aventura hacia lo extraño tropieza con signos de una predestinación sombría; en New Bedford el dueño de su posada se llama Peter Coffin¹; Queequeg, su compañero de viaje, canibal de la Polinesia, tiene por cama un ataúd. "En este negocio de ballenas está la muerte, una fusión inefablemente caótica de un hombre con la eternidad". Si, está la muerte en este perecer anónimo frente a este lla-

¹ Pedro Ataúd.

mado del mar, pero está también la gloria porque "todas las lámparas y cirios que se encienden en todo el globo, se prenden como ante tantos adoratorios, a nuestra gloria!", porque la caza de ballenas da luz al mundo y el aceite de esperma está en la coronación de los reyes.

La tierra tiene sus peligros pero de otro orden. "En tierra dormimos, en la tierra está el *comfort*, la seguridad, la comida, calientes frazadas y amigos y todo lo que es bueno a nuestras mortalidades". En tierra también está la apatía y el decaimiento; en tierra los hombres beben y se embriagan de muerte espiritual. Sin embargo, la tierra es dadora de vida y la nutre. Frente a la imaginaria salpicada con la sal pungente del mar está la imaginaria terrestre de la vida. La tierra es el calor de la emoción en el afecto, el marco donde ambula el marco finito del hombre. El mar es la angustia en el horizonte; es del hombre su anhelo de infinito en lo lontano. En la tierra está su fe y en el mar su agonía.

"¿Por qué — se pregunta Melville — casi todo muchacho sano y robusto, con un alma sana y robusta dentro de sí, en algún tiempo u otro está loco por hacerse a la mar?". Su instinto marino debe ser contrarrestado por su instinto terrestre si no quiere exponerse a terribles peligros. "Considera la tierra y el mar, ¿no hallas una extraña analogía a algo en ti mismo?". Al embarcarse Ismael en el "Pequod" — buque de cubiertas con sabor a cosa antigua, gastadas y arrugadas, enjaezadas como cualquier emperador africano con su museo de trofeos — Ismael se enfrenta a lo desconocido y no le queda otra cosa que escoger entre la creencia, el camino de la fe, y el antagonismo, el camino de la duda.

Ahab, rey de los mares, es rey por derecho natural; su ira es la expresión de su nobleza. "¿Quién está sobre mí? La verdad no tiene confines" "Veo en la ballena blanca una fuerza ultrajante con una malicia inescrutable que la articula — eso de inescrutable es principalmente lo que odio". Ahab es lo humano convertido en ira. Sobre el puente del "Pequod" está la mirada de Ahab que expresa su más firme fortaleza y su más inquebrantable voluntad de triunfo. Todo un abismo de cielo y espacio marino se abre a su alrededor. En ese abismo aprehendido por su mente comprueba que la única verdad es la de que no hay más verdad; pero él continúa navegando. Ahab dice: "Crean que estoy loco, mas yo soy la locura enloquecida". La ballena es la maldad que Ahab trata de destruir, pero no es la maldad de la ballena sino su propia maldad simbolizada en el cetáceo. Es de Ahab la maldad que ve reflejada en la ballena; la conciencia que se proyecta fuera

de sí y vuelve a encontrarse en sí misma. *MOBY DICK* es un simbolismo del solipsismo de la conciencia, la explicación del inescrutable misterio de la creación: lo que el hombre ve en la creación no es sino el espejo de sí mismo...

El climax de la novela se aproxima en el capítulo titulado "Sinfonía" cuando la ballena blanca ya ha sido avistada y se va a producir la caza. Ahab necesita la simpatía de sus hombres para que le sirvan de apoyo moral en su magna empresa. Pip y Starbuck le dan ese apoyo que necesita. El día está claro "como un día de bodas del cielo y la tierra". La ira de Ahab se aplaca y Starbuck se le acerca; la simpatía de Ahab fluye hacia Starbuck y los envuelve en su común humanidad: "Acércate, acércate, Starbuck, déjame mirar dentro de un ojo humano; es mejor que contemplar el mar o el cielo; mejor que contemplar a Dios. Por la tierra verde, por la piedra brillante del fogón; este es un mágico cristal, ¡hombre! veo a mi mujer y a mi hijo en tus ojos. ¡No, no, quédate a bordo, a bordo! No bajes tu bote cuando yo lo haga; cuando el marcado Ahab quiera dar caza a Moby Dick. No correrás esa suerte; ¡no, no, no, con el hogar distante que veo en tus ojos!" Y Starbuck le responde: —"¡Oh, mi capitán! ¡Mi capitán! ¡Alma noble! ¡Gran corazón, después de todo! ¿Por qué tiene alguien que dar caza a ese odiado animal? Ven conmigo, ¡huyamos de estas aguas mortales!" Pero Ahab sigue su destino y se separa de Starbuck. Toda su angustia interior se revela en la búsqueda voluntaria de su propia destrucción. La ballena provoca el naufragio y los botes del "Pequod" son despedazados por los aletazos del cetáceo. El barco comienza a hundirse. Ahab muere solo en el momento de lanzar su arpón sobre el cachalote. Adelantándose a su inevitable sino habíale dicho a Starbuck: "¿Qué amo y señor embaucador y oculto, qué emperador cruel e implacable me tiene bajo su dominio, para que yo contra todos mis amores y deseos naturales insista en empujarme y atormentarme todo el tiempo, obligado temerariamente a realizar lo que yo mismo en el fondo de mi corazón ni siquiera me atrevo a soñar? ¿Es Ahab? ¿Soy yo? ¿O es Dios o algún otro quien levanta este brazo?" En las últimas palabras de Ahab está concentrada su furia mortal: —"Barco glorioso en la desgracia, ¿estás condenado a perecer sin mí?... Oh, muerte solitaria de una vida solitaria; ahora comprendo que mi mayor desgracia reside en mi mayor dolor. ¡Ay! ¡Ay! De tus límites más remotos llegan ahora a borbotones olas audaces de toda mi vida pasada, y cubren esta ola encrestada de mi muerte. Hacia ti avanzo, cachalote destructor e incon-

quistable; hasta el último momento luchó contigo. Desde el corazón del infierno te apuñalo y por ser tan grande el odio que me inspiras te escupo mi último suspiro. Que todos los ataúdes y los féretros se hundan en una fosa común, y ya que ninguno podrá ser mío, déjenme ser remolcado en pedazos para seguir persiguiéndote, aunque atado a ti, ¡cachalote maldito! ¡Así entrego mi lanza!"

¿Por qué Melville hizo a la ballena de su relato blanca? Él nos lo explica en uno de sus capítulos: "Fué la blancura de la ballena la que sobre todas las cosas me sobrecogió". Lo blanco resalta la belleza; lo blanco está asociado con la realeza; también está asociado con la alegría, con la inocencia, con la santidad, con la pureza. Pero luego, lo blanco connota la ausencia de todo color; su vaguedad incolora sin fondo y sin límite es la representación de la nada, de la inmensurabilidad del universo, de la aniquilación; un espeso manto de nieve sobre la tierra tiene la gélida fascinación de una invitación al suicidio... A pesar de todas las asociaciones honorables y sublimes de lo blanco, hay, al decir de Herman Melville, algo de ilusorio y seductor en la idea de lo blanco, la que provoca en el alma la sensación del pánico mucho más que lo rojo de la sangre. ¿Y no es el albatros, ave antártica, el símbolo de los desiertos polares, símbolo de nubes de maravilla y pálido terror como un fantasma que navega en toda imaginación? "No fué Coleridge quien primero reveló su hechizo, fué la grande y laureada de Dios, la naturaleza". La misma ambigüedad simbolizada por lo blanco está en el azul, anhelo de infinito en el universo, anhelo de muerte y de gloria en el mar. Él es también el símbolo de los huesos calcinados en trance hacia el mundo eterno del espíritu. El horror de lo blanco es el horror de la muerte, y el horror del alma por su próximo fin es el horror de sí misma. La conciencia a través de la cualidad maravillosa de ser conciencia de su propia conciencia, tiene conciencia de su propia finitud y en ella siembra la semilla de su destrucción. Lo blanco es el símbolo de la luz, de las cosas espirituales, de la verdad, de la idealidad, de Dios como concepto de Verdad suma. Ante la confrontación de la verdad con la luz del alma, toda satisfacción terrena no es sino "vasos coloreados y colorantes". Pero el alma insatisfecha quiere saberse y por eso busca en todas partes lo que está más allá para sólo tropezar consigo misma en el blanco abismo de la nada.

A la inversa del concepto wildeano de que la vida puede convertirse en una obra de arte, Ahab realiza con su muerte su obra suprema. MOBY DICK no es sino el soliloquio de un hombre lleno de profunda congoja, congoja re-

vestida con ropajes de cinismo y que solamente puede agotarse en el suicidio. Ahab modeló su propia creación artística a través de muchos años de navegar en el inmenso mar destilando su propia destrucción. Ahab es un artista supremo del suicidio; es el tipo dedicado a preparar su propio desenlace en su propia ruina. Ahab no puede darse muerte y es la ballena el instrumento de su fin. Moby Dick es para Ahab meta y rumbo y hacia ella se dirige Ahab con el estoicismo inexorable del hombre que presencia su desastre. Ahab es el tipo que despoja a su cuerpo de todas aquellas cosas que pueden traerle pasajera satisfacción. Arroja su pipa con furia; cuando baja al interior del "Pequod" sufre la sensación de entrar a un socavón del que nunca fuera a regresar. El temor que los marineros del barco sienten por su capitán, únicamente será aliviado con la caza de la ballena, la fuente de la ira de su capitán.

La lectura de MOBY DICK provoca una conmoción extraña que solamente encontramos en el HAMLET de Shakespeare o en la COMEDIA de Dante, porque MOBY DICK está entre las obras geniales de la literatura; es una obra maestra porque su fuerza de tragedia pervade toda la obra y porque afinidades de tanta potencia de arte en el sufrimiento humano las encontramos únicamente en Dostoiéwsky o Dante, Shakespeare o Cervantes. Como visión del mundo tiene de la DIVINA COMEDIA y de la tragedia griega. El conflicto de Ahab es el mismo de Agamenón, Clitemnestra y Orestes. Herman Melville es un Dante al revés, porque su obra es producto de la duda, mientras que la de Dante es de la fe. De Shakespeare carece de los arreos externos y sólo posee su estructura interna. Como dice Clifton Fadiman, MOBY DICK no puede leerse como una novela, sino como un mito. Una novela es una mera ficción; un mito es una manera disfrazada de expresar los más profundos terrores y anhelos del hombre. MOBY DICK es la tragedia del mal y del dolor consciente que provoca. Es el relato del dolor que proyecta su sombra en todos los rincones del alma. El "Pequod" es como una prisión flotante en la cual cada uno vive su aislado e inaudito sufrimiento, porque todos al abordar la escala del barco ballenero han comprado un pasaje hacia el infierno.

MOBY DICK es una obra maestra porque solamente las obras maestras toman la muerte como tema; sólo la muerte nos asombra y nos deja atónitos. En las obras de arte es la muerte el elemento que les da sublimidad y máxima fuerza de expresión porque en la muerte el alma se separa del cuerpo y no sabemos nada más de ella. El arte es solamente grande cuando expresa el sufrimiento y será

tanto más grande cuanto mayor y más extraño el sufrimiento. Y no hay sufrimiento más extraño que el presentimiento que tenemos de acabarnos. Por ello, *MOBY DICK* es la más grande contribución de la literatura norteamericana a la literatura mundial, porque *MOBY DICK* proviene de la época de oro de la literatura norteamericana, de la época de Washington Irving y Fenimore Cooper, de William Cullon Bryant y Edgar Allan Poe, de William Gilmore Simms y Brockden Brown, de Emerson y Thoreau, de Nathaniel Hawthorne y Mark Twain, de Longfellow y los Websters, de William Prescott y Walt Whitman.

Manuel PAREJA BUENO

Páginas Irreverentes

Reflexiones sobre el mal gusto

MOTIVO de estudio para todos los aficionados a la Estética ha sido siempre el tan debatido problema de la belleza y, en consecuencia, del *gusto* o apreciación de ella; pero —entiéndase bien— del buen gusto. La introducción aquí intentada, quizás no del todo inútil, se permite señalar que son escasos los que se han ocupado del fenómeno opuesto y mucho más frecuente: el mal gusto. No hablamos aquí de la estimación de lo feo artístico, que precisamente por ser tal, posee, a pesar de su fealdad, un valor estético positivo. El mal gusto como aberración va a ser el tema de estas poco circunspectas reflexiones.

En primer término, ¿qué es el mal gusto? La respuesta que más rápida acude a la pluma es que se trata de un estado de ánimo colectivo. Ciertamente que la definición no es completa, y que además necesita explicación. Pero la experiencia es dolorosa consejera en este sentido, aunque remitirnos a ella —a situaciones específicas y cercanas— implicaría una referencia un tanto inelegante, con lo que incurriríamos en lo que desde ya es nuestro propósito criticar. Basemos, pues, nuestra especulación en temas que, por lo generales, puedan ser entendidos como abstractos.

El mal gusto es una característica inherente al concepto gregario de la vida. La masa está dispuesta tendenciosamente a emocionarse, pero ello en el instintivo sentido de la *emoción* y no en su implicancia *emotiva*. La emoción pura —bruta— es, desde luego, conmoción interna en lo

que a la vida anímica global se refiere, mas no en lo que afecta al sentimiento estético. La emoción es un estado estéticamente superficial: no es un aprehender de contenidos, ni siquiera de formas, sino el simple sacudimiento ante lo formal o intrínsecamente supuesto como valioso. Y lo valioso no ha de entenderse acá en su acepción axiológica, sino meramente utilitaria. De ahí los efectos de la propaganda sobre la masa. De ahí, también, la carga negativa de resentimiento y desborde, característica de las reacciones gregarias.

Masas y musas no parecen haber estado siempre de acuerdo. Es decir, las musas buscaron fuente de inspiración en las masas, pero éstas no se preocuparon mucho por apreciar debidamente a las primeras. (Otro ejemplo más del caso de la amada ingrata, tan detestablemente típico y común). El arte de inspiración colectiva es casi siempre aprehensión por lo superior de lo inferior, y rara vez ascensión espontánea de éste. Lo gregario, lo masivo, puede ser bello, mas no tener la conciencia de su propia belleza... ni de la ajena.

La razón fundamental se halla en la unidad y ubicuidad *personal* de la apreciación estética. Lo bello es gustado como inclinación captativa íntima, y no como contagio. No es posible dosificarle la belleza al pueblo o divulgarla mediante recetas. El buen gusto se forma como una integración más en la estructura esencial de la persona. El mal gusto es, en cambio, la dilución de esta capacidad estética en la informal comunidad del cardumen. La masa procede instintiva o volitivamente; el gusto se desarrolla intuitiva y apreciativamente: de ahí el carácter colectivo del extravío estético.

Pero el mal gusto puede ser, además, una deficiencia en la formación misma de la persona. Si la masa como tal, carece de capacidad para discernir estéticamente, son muchos los individuos aislados que se hallan en idéntica condición. El fenómeno de la captación de la belleza no ha sido precisado aún en su peculiar funcionamiento; no cabe hablar de la existencia de una fenomenología en este campo. Pero si el refranero popular se atreve a sugerir que "sobre gustos y colores no han escrito los autores",

no deja de reconocer que hay gustos que merecen palos. Y palos merece, en efecto —por lo menos en un sentido figurado— la apreciación personal identificable como aberración estética.

En cuanto a si el mal gusto es tolerable o no; si puede explicarse e incluso disculparse, preferible es no discutir. Doloroso es derrocar al criterio democrático de la acepción noble del vocablo, y otorgarle el peyorativo de gregario y —¿por qué no?— de vulgar. Sócrates y Platón, hace muchísimas centurias, nos hablaron este lenguaje que, política y socialmente, no suena grato a nuestros oídos. Pero hay algo de patético en el renunciamiento a ciertos ideales igualitarios, cuando es preciso admitir que lo estético es privilegio único y odioso de una *élite* reducida.

Y, si bien resulta un tanto sarcástica la certera observación de que los más contumaces apologistas de las *élites* sean quienes abrigan la pretensión, abierta o no confesada, de incluirse en ellas, no es menos penosa la falta de valentía que hoy muestran los círculos intelectuales más capacitados para reclamar lo que en justicia es privilegio suyo.

Juan ZEGARRA RUSSO

Dibujo de Respaldizza

UNMSM-CEDOC

Talleres Gráficos de la
Editorial Lumen S. A.
Pescadería Nos. 133-137
— Lima, Perú —

UNMSM-CEDOC

COLABORACIONES

que SAN MARCOS publicará en sus
próximas entregas:

- PRELUDIO CERVANTINO
por *Luis Alberto Sánchez*.
- CERVANTES ANTE LA PSIQUIATRÍA
por *C. Gutiérrez Noriega*.
- CERVANTES, SÍNTESIS DE LA CULTURA
ESPAÑOLA
por *Augusto Tamayo Vargas*.
- TRES NOTAS CERVANTINAS
por *José Gabriel*.
- EL DERECHO PENAL EN LA UNIÓN
SOVIÉTICA
por *Luis Jiménez de Asúa*.
- LA CULTURA Y LA PAZ
por *Jesús Silva Herzog*.
- PROPIEDADES DEL VENENO DE
LACHESIS MUTA
por *Jehan Vellard*.
- MEMORIA ARQUEOLÓGICA PRESENTADA
A LA ILUSTRE UNIVERSIDAD DEL CUZCO
por *Franz Tamayo*.
- EL CENTENARIO DE LA
GRAMÁTICA DE BELLO
por *Estuardo Núñez*.
- IDEA DE AMÉRICA LATINA
por *William C. Atkinson*.
- LA EDUCACIÓN EN EL PERÚ - II
por *R. Mac Lean y Estenós*.
- CÉSAR VALLEJO
por *Antenor Samaniego*.
- UNA FIGURILLA
por *Carlos Eduardo Zavaleta*.
- EL PAPEL SOCIAL DE
LAS MATEMÁTICAS
por *Carlos A. Clavo Rivera*.



SAN MARCOS

*Instituto de Periodismo
de la Facultad de Letras*
UNIVERSIDAD NACIONAL
MAYOR DE SAN MARCOS

Lima

—

PERÚ



International Petroleum Co. Ltd.

Lima (PERÚ)

S/o. 4.—

Moneda Peruana

Talleres Gráficos de la
Editorial Lumen S. A.
Pescadería N^{os}. 133-137
— Lima, Perú —

UNMSM-CEDOC